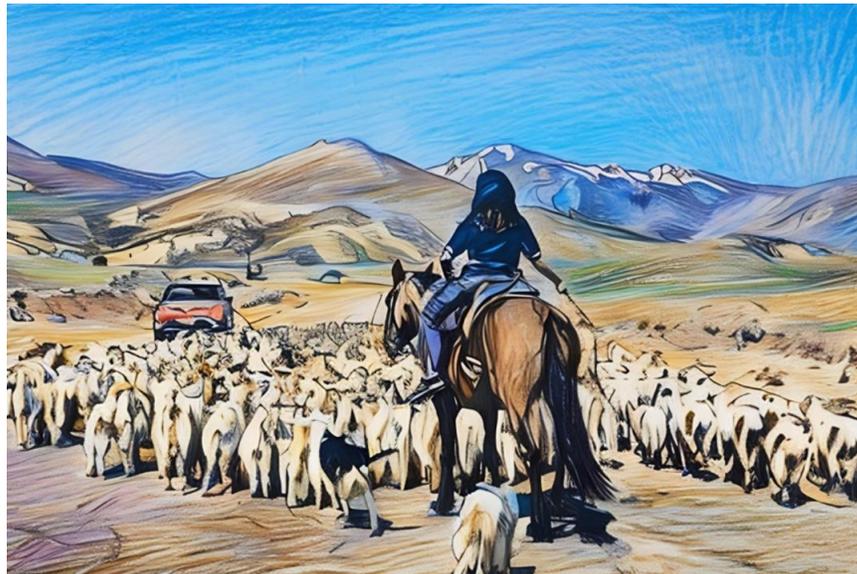


Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Licenciatura en Trabajo Social

Tesis de grado

**“Jóvenes puesteras y estrategias de permanencia en la zona rural
de Malargüe”**



Tesista: Samchuk Ramires Rocío Catalina

Director: Dr. Soto Oscar

Co-directora: Dra. Pessolano Daniela

Agradecimientos

A mi familia, por su incondicionalidad e incentivarne a concretar cada meta. A mis padres, Amalia y Walter, por acompañarme con amor y compromiso en cada trayecto de mi vida. Su esfuerzo cotidiano, me permitió transitar la educación superior. A mis hermanos, Victoria y Alejo, por su motivación y ser mis compañeros en este proceso.

A Oscar y Daniela, por asumir este trayecto con compromiso y una mirada crítica. Su invaluable guía, aportes y conocimiento sobre las comunidades rurales, enriquecieron el camino transitado.

A mis familiares, amigas/os y a cada persona que fue parte de este recorrido. Este logro compartido es posible gracias a una red colectiva que contiene y sostiene. En especial, a mis abuelos por estar presentes desde que tengo memoria.

A las jóvenes entrevistadas, quienes con amabilidad y entusiasmo relataron sus trayectorias, deseos y proyectos. Sus aportes hicieron posible esta investigación y permitieron visibilizar otras realidades. Como nieta de puesteros, fue significativo realizar esta tesis.

A los/as profesionales por transmitir sus conocimientos, información y compromiso con la ruralidad malargüina.

A la Educación Pública y al Trabajo Social, por abrirme las puertas a otros mundos posibles desde una mirada crítica que tenga como eje los derechos humanos. Al igual que mis padres, quienes fueron primera generación de universitarios de mi familia, este sueño habría sido muy difícil de concretar sin el efectivo acceso a este derecho.

ÍNDICE

Introducción.....	3
Decisiones teórica metodológicas iniciales	8
Estrategias de permanencia, el género y lo generacional: puntos de partida	8
Estrategia metodológica	12
Capítulo I. Modelo de producción pastoril. Formas trabajo y producción de las familias puesteras, residentes en el distrito de Río Grande.....	16
Contextualización y caracterización de la zona de estudio	16
Acceso a los servicios básicos: alcance y limitaciones	20
Campesinado y comunidades puesteras	28
Modo de vida puestero	32
Capítulo II: Organización del trabajo y la producción pastoril según género y edad	51
Cursos de vida de las jóvenes puesteras	52
Producción, reproducción y trabajo doméstico	55
División del trabajo según la edad	59
¿Con qué valores se asocia la actividad productiva?	73
Juventudes intersticiales.....	79
Capítulo III: Factores que inciden sobre las estrategias de permanencia en las mujeres jóvenes de la zona rural.....	86
Curso de vida de las jóvenes: tejiendo estrategias	87
(Re)pensar las estrategias de permanencia: factores y tensiones	109
Conclusiones	120
Referencias bibliográficas	130

Introducción

El propósito de este estudio, de carácter cualitativo, se orienta a comprender cómo factores multicausales (económicos, educativos, jurídicos, familiares, culturales) inciden sobre las estrategias de permanencia en las mujeres jóvenes de la zona rural de Malargüe, donde el género juega un papel preponderante y, en ocasiones, se presenta como un condicionante. La ruralidad malargüina se caracteriza por la presencia de comunidades puesteras dedicadas a la producción ganadera pastoril extensiva, su unidad socioeconómica de producción permanente es el puesto, constituido por la vivienda, las instalaciones pecuarias como los corrales y el campo de pastoreo. En gran parte del territorio del departamento, se practica la ganadería trashumante, que consiste en el traslado del rebaño durante el período estival (noviembre/abril) a valles cordilleranos de altura, que albergan agua y pasturas. Según la época del año y siguiendo el ritmo de las estaciones, las actividades se desarrollan en dos tipos de unidades productivas domésticas: la invernada y la veranada. En la cotidianidad, estas comunidades puesteras enfrentan diversos problemas tanto de índole socioeconómica, como jurídica debido a la tenencia precaria de la tierra, y de accesibilidad a servicios y equipamientos, que se agudizan por las grandes distancias físicas y la escasa e ineficiente infraestructura vial. Esta actividad pastoril históricamente ha sido percibida por los gobiernos y el Estado como marginal a los sectores más dinámicos de la economía mendocina.

En general, se puede constatar que las indagaciones acerca del mundo rural se han caracterizado por ser marginales en América Latina y especialmente, sobre la juventud rural. Sin embargo, en las últimas décadas han surgido múltiples investigaciones (Durston, 1995, 1997; CEPAL, 1998, 2002; Dirven, 2000; Caggiani, 2002; Donoso, 2001, 2003; Weisheimer 2002; Brumer et al. 2002; Caputo, 2006; Kessler, 2006, González Fernández et al., 2021) en vista de las transformaciones que se han generado en la ruralidad en nuestra región, algunas de estas tendientes a una reconversión de las fronteras productivas en pos de la maximización y acumulación del capital, la consecuente expulsión del campesinado de su tierra, la privatización y lógicas de resistencia por permanecer en los territorios, que generan desiguales disputas entre los actores. Se resaltan aquellos estudios que giran en torno a determinar las múltiples causas que inciden sobre la permanencia, especialmente de la población joven, destacándose dentro de las principales problemáticas la ausencia de “posibilidades de permanencia para gran parte de las nuevas generaciones” (Dirven, 2000,

p. 16, como se cita en Ruiz Peyré, 2008, p.10), relacionadas con la dificultad en el acceso a servicios básicos, oportunidades laborales y educativas, irregularidades en la tenencia de la tierra, envejecimiento poblacional, entre otras.

Pese a estos avances, existen escasos estudios poblacionales en América Latina que contemplen cómo las desigualdades por motivos de género inciden en esa decisión, lo cual cobra especial interés si se contempla que la migración rural - urbana es prominente en mujeres, especialmente en jóvenes, tendencia que se presenta en distintas localidades de la región y del país. Zapata Donoso (2001, 2003) refiere a que las mujeres están sobrecargadas de tareas productivas y reproductivas; además, presentan más obstáculos que sus pares varones para acceder a la vida social y laboral por fuera de las unidades domésticas. Por lo tanto, las mujeres jóvenes de las zonas rurales atraviesan una doble situación de marginalidad, por un lado, persisten altos grados de invisibilización y naturalización de desigualdades frente a sus pares masculinos y, por otro, la juventud rural no ha sido un tema prioritario dentro de la academia.

Resulta fundamental, rescatar algunas indagaciones referidas a la temática en tanto posibilita contextualizar y comprender los puntos de partida utilizados en esta investigación. En primer lugar, se destaca que el interés sobre la juventud rural incrementa a partir de los años ochenta, logrando conformar un incipiente campo de investigación (Kessler et al. 2007) mediante estudios mayoritariamente cualitativos orientados a comprender las problemáticas y los desafíos contemporáneos de las juventudes, sus potencialidades, la configuración de la identidad, su relación con el territorio, los espacios educativos y el rol que ocupan en la comunidad. Pese a esta creciente preocupación proveniente del campo de la Sociología, Antropología y Ciencias de la Educación (Kessler, 2005), la juventud de los espacios rurales latinoamericanos es bastante desconocida (Caputo, 2006). Para el caso argentino, el estudio sistemático de esta temática constituye un terreno disperso, pero en consolidación, en especial en los últimos 30 años, en los que se dio una producción continua y en expansión (Chaves, 2006, 2009). Resultan prominentes los enfoques orientados hacia las metrópolis que presentan un sesgo urbanocéntrico, los cuales entran en tensión con otro tipo de cosmovisiones que “no necesariamente se mueven con lógicas de costo-beneficio, de costo-eficiencia, o con pautas de riesgo de corte urbano-occidental, dado que la lógica que prima es lo experiencial” (Caputo, 2006, p. 4).

Sin embargo, recientemente se distinguen algunas modificaciones en torno al interés por la temática, de esta manera la autora Roa M. (2017) sostiene que gran parte de

los estudios toman a los/as jóvenes rurales como actores estratégicos para el desarrollo rural. En otras fuentes, se remarca el valor que presenta la juventud como actor social destacado para evitar el éxodo hacia espacios urbanos (fenómeno persistente en la región), además se subrayan aspectos que permitirían mejorar la calidad de vida y construir estrategias que posibiliten la reproducción de la vida en el campo. De esta manera, siguiendo a los autores Pablo Aparicio y Fernando Ruiz Peyré (2011), no se trata de que todos los jóvenes deban permanecer en la zona rural, sino de expandir las posibilidades reales de elección, junto con herramientas para llevar adelante una vida digna y de inclusión social, tanto en el área rural como en la ciudad.

Es así que, si se enfatiza sobre los estudios orientados a procesos migratorios en los/as jóvenes, refieren a un fenómeno multicausal, atravesado por variables de distinta índole que complejizan su abordaje. Se visualiza que:

en los últimos años, producto de la expansión capitalista y de la descampesinización, se ha acentuado esta situación en los jóvenes ante la falta de posibilidades y de estímulos, quienes abandonan el campo y la forma de vida heredada de sus padres, pasando a engrosar los bolsones de pobreza de los centros poblados y provocando el envejecimiento rural (González Coll, 2008, p. 461)

También, en esta misma línea Durston (1995, p. 13) sostiene que la “migración de varones y mujeres jóvenes de áreas rurales depende de cómo se configura el mercado de trabajo”, y su relación con las “posibilidades de llegar a una independencia económica” (Ruiz Peyré, 2019, p. 14). Otro importante aporte a nivel nacional se compone de una serie de compilaciones de producciones académicas condensada en el libro *Arraigo Rural* (2023), donde Lamaisón y Ejarque, en su estudio sobre familias ganaderas en la meseta chubutense, sugieren que el acceso a la tecnología y redes sociales podría influir sobre el arraigo, siendo uno de los factores que desalienta la permanencia de los jóvenes en la región.

En segundo lugar, proliferan diversos estudios orientados a captar las lógicas de persistencia del campesinado latinoamericano y de nuestro país, “como temática distinguida en las ciencias sociales, especialmente centrada en los albores del siglo XXI” (Soto, 2024, p. 37). Aquí se destacan valiosos aportes, de los cuales algunos se retoman en esta investigación: Hocsman (2000; 2011); Domínguez (2008); Bendini y Steimbregger (2010); Torres (2008; 2010); Cáceres (2014); Paz y Jara (2020); y María Eugenia Comerci (2012; 2015; 2017; 2019).

Si bien, en la decisión de permanecer o no en el campo se conjugan problemáticas estructurales y coyunturales de diversa índole (económicas, sociales, culturales, jurídicas, entre otras), se destaca que las desigualdades por motivos de género inciden en dicha elección, es decir, el espacio geográfico no es neutro (Dillon et al., 2003). Así lo refieren los aportes desarrollados por Zapata Donoso (2001, 2003), Díaz Méndez (2005), Camarero y Sampedro (2008), Fernández Gonzalez et. al (2020) y Lamaisón y Ejerque (2023).

En el caso de Mendoza, “los antecedentes sobre mujeres rurales y economía refieren mayoritariamente al mercado de trabajo y a la producción agrícola, principalmente vitivinícola” (Pessolano, 2019, p. 12), quedando marginados aquellos actores dedicados a la producción pecuaria. De esta manera, son sumamente valiosos los esfuerzos de Pessolano (2019; 2020) y Linardelli, Pessolano y Rodriguez Agüero (2021) por adentrarse en las comunidades puesteras del departamento de Santa Rosa con un análisis basado en una perspectiva de género.

En relación a las investigaciones enfocadas en el departamento de Malargüe, se destacan algunas producciones orientadas a comprender las dinámicas y vida de las poblaciones rurales, entre estas Bocco de Abeyá (1988), Mata Olmo (1991), Rivarola (2005), Agüero Blanch (1971) Cepparo et al. (2009), Cepparo (2014), Ramires (2013), Adelma Mamaní (2013), Ovando (2011; 2012), Magallanes (2019) Soto (2020; 2021; 2023; 2024). Mientras que, en las indagaciones abocadas específicamente hacia la juventud rural se reconocen los aportes de Ruiz Peyré (2010; 2019) y el artículo “Jóvenes del campo y colonialismo interno” (2021) de Oscar Soto y Edgars Martínez.

En lo que respecta a la disciplina del Trabajo Social, se destaca que el abordaje de la temática es muy limitado en los espacios académicos y de formación profesional; se presentan dificultades al momento de generar estrategias de intervención que no estén regidas por sesgos urbanocéntricos. Lo cual cobra mayor relevancia si se considera que el campo de actuación profesional se inscribe en el marco de los derechos humanos, sobre todo de los sectores más desprotegidos, tales como las mujeres campesinas, en pos de construir alternativas de acción que incorporen una participación real de las comunidades rurales, mediante la escucha de sus voces y saberes.

Por lo tanto, este estudio resulta ser actual y es de interés social, en tanto invita a reflexionar y construir conocimiento a través de las voces de las mujeres jóvenes, incorporando en el análisis sus saberes, conocimientos y experiencias de vida que

posibilitan ampliar el conocimiento científico en torno a las estrategias que despliegan para permanecer -o no- en los ámbitos rurales del departamento.

Es a partir de lo planteado hasta aquí que surge el siguiente interrogante con los consecuentes objetivos para esta investigación: *¿Qué características adquiere la relación entre las formas de trabajo y producción pastoriles y las estrategias de permanencia en las mujeres jóvenes de la zona rural de Malargüe, residentes en el distrito de Río Grande?*

Con base en estos interrogantes es que esta tesis ha sido desarrollada siguiendo los siguientes objetivos:

Objetivo general

Comprender las relaciones entre las formas de trabajo y producción pastoriles y las estrategias de permanencia en las mujeres jóvenes de la zona rural de Malargüe, residentes en el distrito de Río Grande.

Objetivos específicos

1. Describir las características principales de las formas de trabajo y producción de las familias puesteras, residentes en el distrito de Río Grande.
2. Analizar la organización del trabajo y la producción pastoril según género y edad, en el distrito mencionado.
3. Identificar los factores que inciden en las estrategias de permanencia de las mujeres jóvenes de la zona rural de Malargüe, residentes en el distrito de Río Grande.

La estructura de la tesis se organiza de la siguiente manera: una breve introducción a las decisiones teóricas y metodológicas iniciales, el desarrollo de tres capítulos que responden a cada objetivo específico en pos de proporcionar una mirada situada de la problemática y, finalmente, las conclusiones.

En el Capítulo I, debido a la complejidad que requiere el abordaje de la temática, se orienta a desarrollar lo que implica el modo de vida puestero (Soto, 2024). Para ello, se detallan aspectos fundamentales para comprender el área de estudio (geográficos, históricos, económicos, educativos, sanitarios y socioculturales) y, luego, se describen las características principales de las formas de trabajo y producción de las familias puesteras.

Seguidamente, el Capítulo II se orienta a comprender cómo y qué características adquiere la distribución de las tareas entre varones y mujeres según rangos etarios en las

formas de trabajo y producción de las unidades domésticas de la zona rural malargüina, considerando que todo el grupo familiar participa del proceso productivo.

Finalmente, en el Capítulo III se indaga de manera detallada sobre las distintas dimensiones que inciden sobre las posibilidades de permanecer y desarrollar estrategias a tal fin en las mujeres jóvenes de la zona rural.

Decisiones teórica metodológicas iniciales

Estrategias de permanencia, el género y lo generacional: puntos de partida

Las comunidades rurales se caracterizan por su diversidad y las particularidades que asumen en las diferentes regiones del mundo, lo cual da lugar a múltiples identidades, es decir, “existen muchas maneras diferentes de ser campesino, o para ser más precisos, “ser” campesino implica ser varias cosas al mismo tiempo” (Cáceres, 2014, p. 3). Como reafirmación de esta descripción, es necesario comenzar por indicar que, para nuestra zona de estudio, las poblaciones rurales de Malargüe se denominan “puesteros/as o crianceros/as”.

Se parte de la premisa propuesta por las autoras Bendini y Steimbregger, quienes refieren que “para los crianceros, la tierra es el espacio físico e histórico donde definen y redefinen sus estrategias de reproducción social” (2019, p. 26), “se trata de un territorio íntegramente apropiado por sus moradores, es decir, que en su formación confluyen necesidades, pensamientos, sentimientos y hasta devociones por ese suelo que les acoge” (Mamaní, 2013, p. 12). Por lo que, aparecen luchas y tensiones por conservar la “vida en el campo” y la cultura puestera, que nos invitan a pensar en formas de apropiación y dominio del espacio que posibilitan la resistencia en el territorio. Es decir, desarrollan distintas acciones tendientes a la reproducción social frente a los desafíos del contexto, denominadas por la academia como estrategias de persistencia (Cáceres, 2014; Comerci, 2012).

A continuación, se detalla que bajo esta investigación si bien se retoman los aportes teóricos de los/as autores/as para analizar la realidad, en tanto se considera la categoría “*estrategia de permanencia*” como concepto valioso y pertinente, la misma constituye un punto de partida para comprender lo que significa e implica la permanencia/permanecer

para cada una de las jóvenes, es decir que, una utilización rígida de la noción como tal, obturaría la posibilidad de contemplar otras aristas de un estudio emergente y abierto a la interacción protagónica de las mujeres campesinas.

Primeramente, para comprender la noción propuesta se debe retomar la noción de *estrategias de persistencia o de vida*, definidas por María Eugenia Comerci (2012) como “el conjunto de prácticas, y sus diversas combinaciones, que realizan los sujetos basados en la experiencia, con el fin de lograr la reproducción global (simple o ampliada) del grupo doméstico” (p. 133), Por lo que, la autora propone analizar diversas prácticas que devienen en estrategias tales como formas de apropiación y dominio del espacio, estrategias productivas, prácticas de movilidad y trabajo extrapredial, prácticas de ayuda personal y de organización comunitaria, entre otras. Frente a esta categoría, surgen desde la academia los aportes de Oscar Soto (2024) quien propone e invita a pensar en *estrategias de permanencia* de las familias puesteras, en tanto hace referencia a estrategias socialmente determinadas, que posibilitan “el sostenimiento de la vida puestera, su reproducción biológica y las prácticas económicas indispensables para optimizar las condiciones materiales y no materiales de existencia, sus anhelos, memorias, representaciones, y modo de vida” (p. 43). Es decir, se propone una leve diferencia con respecto a la categoría persistencia, la cual supone acciones deliberadas orientadas a la reproducción global. Esta distinción surge, debido a que, frecuentemente, en la zona de estudio se manifiesta en las poblaciones una permanencia pasiva pero constante, que implican acciones cotidianas (intervenciones productivas, reproductivas y de organización social, política y material) que manifiestan una “voluntad” de trascender, dar continuidad al trabajo caprino y de persistir en el territorio, bajo modalidades que no implican necesariamente prácticas estratégicas o políticamente organizadas.

En relación con esto, se adhiere a una perspectiva epistemológica crítica, que en palabras de Paz y Jara (2020) está orientada a “visibilizar a dicho sujeto no solamente como víctima de la expansión violenta del capitalismo sobre sus territorios, sino también en su papel activo, cuya recreación está ligada a un despliegue de lógicas tanto productivas como organizativas” (p. 35). En consonancia con esto último, Soto (2020) nos invita a pensar que las comunidades puesteras están atravesadas por una reinención permanente que “se expresa en términos de «re-existencia» y que sostiene en la trashumancia” (p. 144).

Por lo tanto, es fundamental que las estrategias sean analizadas en contextos espacio - temporales específicos (Cáceres, 2014), incorporando las relaciones entre

actores y la incidencia de elementos estructurales, debido a que éstas prácticas se configuran a través “de los deseos, aspiraciones, memoria social, representaciones, modo de vida, y de la particular forma que tienen los sujetos de internalizar los riesgos e incertidumbres a los que se encuentran sometidos en el campo social donde desarrollan sus actividades” (Cáceres et ál. 2009, como se cita en Comerci, 2012, p. 133).

Por consiguiente, el análisis situado invita a que los aportes teóricos de los/as autores/as se presenten como horizontes de sentido, por ende, en este estudio la categoría de estrategias de permanencia no es utilizada únicamente para reflexionar sobre la reproducción de la unidad campesina, como sucede habitualmente, sino para analizar las posibilidades, deseos, obstáculos, vivencias y tensiones que implican quedarse en el campo para las jóvenes puesteras. Ellas, se encuentran insertas en el marco de ciertas estrategias de permanencia familiares de las que son parte, por lo tanto, se retoman los aportes invaluable de los/as autores/as al respecto. Sin embargo, analizar el curso de vida también nos invita a reflexionar desde otras perspectivas, donde se insertan vivencias, anhelos y prácticas referidas a la idea de permanecer en el campo que no necesariamente constituyen una estrategia como tal, es decir, se resaltan dimensiones de la vida cotidiana que se vinculan a los proyectos futuros, experiencias que relativizan la relación campo-ciudad, la construcción de vínculos desde la multiterritorialidad (incluido el ámbito virtual), contradicciones y conflictos, entre otros, que atraviesan, estructuran y conforman experiencias en torno a lo que para ellas significa permanecer en ese territorio. Además, bajo este posicionamiento se intenta evitar que se delimiten a priori los conceptos o encorsetar -” encasillar” - la diversidad de experiencias en los enunciados teóricos.

La posibilidad de desarrollar dichas estrategias, presenta como punto nodal las relaciones de parentesco, que dominan las relaciones sociales de producción y las formas particulares de apropiación de los recursos naturales. “El parentesco -relación no económica- determina la configuración socio-espacial, mediante tres niveles interrelacionados: familia nuclear, extendida y la comunidad” (Bocco de Abeyá, 1988, p. 84), donde se conjugan diferentes actividades y roles para cada uno de sus miembros en función de la edad y la división sexual del trabajo. Esta última si bien es universal, según la autora Comas d’Argemir (1995), la forma que adopta en cada sociedad es específica, existiendo una gran variabilidad cultural, dado que “no es la división del trabajo lo que ocasiona las asimetrías sexuales, sino que estas asimetrías se incorporan como elemento básico para la perpetuación de determinadas relaciones de producción” (1995, p. 29).

Si bien, en la decisión de permanecer o no en el campo se conjugan problemáticas estructurales y coyunturales de diversa índole (económicas, sociales, culturales, jurídicas, entre otras), se destaca que las desigualdades por motivos de género inciden en dicha elección, lo cual justifica que la investigación incorpore la perspectiva de género de manera transversal. El *género* es una categoría construida, no natural, que atraviesa tanto la esfera individual como la social, permite analizar el modo diferencial y jerárquico en que hombres y mujeres pueden desarrollarse en el marco de las sociedades de pertenencia, a través de su participación en la esfera familiar, laboral, comunitaria y política. Esto se sustenta en investigaciones que refieren a que las mujeres, no están solo sobrecargadas de tareas productivas y reproductivas, sino que presentan más obstáculos que sus pares varones para acceder a la vida social y laboral por fuera de las unidades domésticas (Donoso, 2001). Incorporar esta perspectiva permite analizar cómo operan las representaciones sociales, los prejuicios y estereotipos en cada contexto social, cuestionando desigualdades que se fundamentan en discursos biologicistas.

Es pertinente destacar que “los grupos campesinos desafían esta mirada binaria de los procesos productivos y reproductivos” (Pessolano, 2018, p. 127), dado que en el espacio doméstico se producen y entrecruzan ambas actividades junto con las tareas de cuidado y de organización familiar. Sin embargo, esta simultaneidad no significa una equitativa distribución de las tareas entre los/as integrantes. Tal como se sostuvo anteriormente, la organización del trabajo y producción pastoriles también se encuentra determinada por la edad de los miembros del grupo familiar, donde la juventud se presenta como un actor privilegiado, depositario de deseos familiares que giran en torno a mejorar la calidad de vida, ya sea en la zona rural o urbana.

Debido a la complejidad del análisis en torno a lo que se define como *juventud*, se parte, como premisa, de que es una categoría polisémica y una construcción social, con diversas connotaciones según la disciplina, campo de estudio y en relación a los distintos momentos socio-históricos, de que se trate. Para su conceptualización, se toma la definición de los autores Margulis y Urresti (2008), quienes reconocen que el término excede la mera categorización por edad, aunque tiene una base material vinculada a esta. La juventud presenta diferentes modalidades según la incidencia de una serie de variables que permiten definir qué es ser joven, las cuales dependen de la edad (crédito energético), la generación (memoria social incorporada, experiencia de vida diferencial), el crédito vital (distancia frente a la muerte), la clase social (como moratoria social y período de retardo), el

género (urgencias temporales que pesan sobre el varón o la mujer) y el marco institucional (ubicación en la familia, donde todas las otras variables se articulan dado que es en ella donde se define el lugar real e imaginario de cada categoría de actores dentro del entorno del parentesco).

Se destaca que la juventud no se manifiesta de la misma manera si se es de clase popular o no, o si los cursos de vida transcurren en ámbitos rurales o urbanos, lo que implica que las definiciones que incorporan únicamente la moratoria social que caracteriza a la juventud urbana y hegemónica, no permite analizar otros grupos sociales.

Finalmente, en esta investigación, se incorporan líneas de pensamiento del feminismo decolonial, que propone utilizar la categoría de colonialidad de género que desarrolla Cubillos Almendra (2014). Esta noción, muestra grados de opresión más dinámicos y profundos que el propuesto por la interseccionalidad, ya que plantea hablar de procesos de exclusión o inclusión que son dinámicos, es decir, estos elementos no son estáticos ni plenos, sino que se modifican según el contexto. Asimismo, reconoce la capacidad de los/as sujetos de gestar espacios de resistencia e introduce otro tipo de nociones que incluyen el adultocentrismo, el capacitismo y la visión centralista. Este último es útil para la propuesta ya que refiere a la diferencias y desigualdades que se generan en torno a la lejanía o cercanía de los territorios, por ejemplo, entre lo urbano y rural.

Estrategia metodológica

Esta investigación se encuadra dentro de un enfoque cualitativo en tanto busca comprender el universo de significados y subjetividades que atraviesan la construcción de sentidos de la vida social de cada uno/a de los/as actores, se parte del supuesto de que la realidad es múltiple y heterogénea. Dentro de la diversidad de tradiciones que se enmarcan en esta perspectiva, se opta por los denominados estudios de casos como estrategia de investigación empírica. Esta perspectiva, que admite procedimientos inductivos y deductivos, permite captar aspectos subjetivos y objetivos de la realidad social, considerando que no existe una única y definitiva verdad sobre el mundo exterior (Neiman y Quaranta, 2006). “Consiste en una forma de investigación empírica que aborda fenómenos contemporáneos, en términos holísticos y significativos, en sus contextos específicos de acontecimiento, orientada a responder preguntas de ‘cómo’ y ‘por qué’

sucedan las cuestiones bajo examen” (p.223), presentando la capacidad de analizar la relación entre el evento estudiado y la complejidad del contexto. Se estructuran “a partir de la lógica que organiza las diferentes instancias y componentes del proceso de investigación” (p.225). Además, frecuentemente utilizan múltiples fuentes de información y procedimientos de análisis, junto con formulaciones teóricas como punto de partida de la investigación, en caso de considerarlo necesario (Yin, 1994).

En cuanto a la selección de la muestra, se caracteriza por ser intencional o basada en criterios, que abarcan a mujeres jóvenes residentes y/o oriundas del distrito Río Grande. Se opta por la selección del distrito mencionado debido a la existencia de unidades domésticas que practican la trashumancia (puesto de invernada y veranada) y por el conocimiento previo de la zona. Para la elección de las jóvenes, se utiliza la técnica de bola de nieve a través de informantes claves que posibilitaron acceder a la unidad de análisis y una serie de criterios pre especificados y otros, que fueron evolucionando una vez iniciado el trabajo de campo, característica de los estudios cualitativos (Valles, 1997), orientados a captar la diversidad de experiencias. Los criterios utilizados fueron los siguientes:

- Edad: rango entre 15 y 29 años, lo cual permite visualizar distintos proyectos y etapas de la vida de cada una de las jóvenes.

- Nivel de instrucción

- Composición del grupo familiar: presencia o ausencia de figuras masculinas, hermanos/as mayores o menores, lo cual modifica la dinámica de las unidades domésticas.

- Lugar de residencia: permite comparar cómo impactan las distancias y el acceso diferencial a servicios según la localidad.

De esta manera, se realizaron seis entrevistas en profundidad durante el año 2024. Las jóvenes y sus grupos familiares se localizan en los siguientes puntos geográficos:

- Chalahuen (invernada) y Colimalal (veranada)
- Agua Botada (invernada) y Salinas Cabeza de Vaca (veranada)
- Mehanquil (invernada) y Potimalal (veranada)
- El Carrizalito (invernada), Potimalal (puesto de primavera) y Laguna Negra (veranada)
- Residencia en el poblado de Bardas Blancas y en El Pehuenche (veranada)
- El Manzano (invernada) y Potimalal (veranada).

Por otro lado, los/as seis informantes claves entrevistados, presentan un vínculo directo con la zona de estudio, ya sea por su origen y/o desempeño de actividades laborales. Se optó por entrevistar a una veterinaria y docente del nivel medio, el director de la Escuela Secundaria Mapu Mahuida de Bardas Blancas, una trabajadora social, dos agentes sanitarias y una enfermera. Éstas últimas tres disciplinas desempeñan su labor en el Área Sanitaria Malargüe, dependiente del Hospital Regional Malargüe.

Para la recopilación de información confiable, se propuso la triangulación de diversas fuentes de información que incluyen la entrevista en profundidad, como técnica privilegiada, junto con la combinación de fuentes de carácter cuantitativo tales como estadísticas y censos en pos de constatar empíricamente datos sociodemográficos de relevancia, por ejemplo, aquellos proporcionados por el Área Sanitaria Malargüe. También, se utilizan fuentes secundarias pertinentes (revisión documental y búsqueda de información en el Archivo Histórico Malargüe).

En lo que respecta al acceso a los datos y al campo de investigación, es pertinente destacar que existe un conocimiento previo a la temática por la presencia de familiares y amistades en la zona, como también la aproximación por medio de distintas experiencias, que incorporan diálogos y vivencias con las familias puesteras. Debido a esto, junto con la existencia de informantes claves y una diversidad de vínculos, que incluyen familiares, pobladores locales, investigadores/as, referentes políticos y de organizaciones sociales, fue viable acceder a la información necesaria para el desarrollo de la investigación. Además, si bien las distancias entre la ciudad de Malargüe y los poblados del distrito mencionado son significativas, fue posible acercarse a puntos de referencia claves, tales como instituciones educativas (escuela N° 4-206 Mapu Mahuida, Bardas Blancas) o centros de salud (N° 132, Bardas Blancas). También, se realizaron entrevistas en las viviendas de las jóvenes y, en el caso de las profesionales, se incorporó la modalidad virtual en algunas situaciones. Se solicitó el consentimiento informado a todos/as los/as participantes para el desarrollo de las entrevistas con la finalidad de garantizar la confidencialidad de la información obtenida, utilizando pseudónimos a fin de proteger la identidad.

Si bien, se enfatiza sobre determinadas variables (formas de trabajo y producción, organización del trabajo y producción pastoril según género y edad, factores que inciden en las estrategias de permanencia de las mujeres jóvenes, tensiones que aparecen en las estrategias de permanencia), este estudio de diseño flexible presentó la posibilidad de

incorporar elementos emergentes no considerados previamente y que resultaron relevantes para comprender la temática, develando otras dimensiones y perspectivas.

Capítulo I. Modelo de producción pastoril. Formas trabajo y producción de las familias puesteras, residentes en el distrito de Río Grande

Remitirnos al contexto y las características particulares que asume el objeto a estudiar es una exigencia, cuasi obligatoria, dentro de los estudios sociales en general, y un aspecto indispensable para la temática en particular. De esta manera, en este capítulo se detallan elementos fundamentales para comprender el área de estudio, los cuales deben ser abordados para analizar las comunidades rurales del departamento; entre estos se incluyen datos geográficos, históricos, económicos y socioculturales, destacando especialmente el acceso a los servicios educativos y sanitarios. Seguidamente, se describe el modelo de producción pastoril, haciendo énfasis en sus singularidades, como lo es la trashumancia, como así también en las formas de organización del trabajo en los distintos momentos del año. Cabe destacar que, el área principal de estudio es la localidad de Bardas Blancas¹, es la más próxima a la ciudad de Malargüe, presenta la mayor cantidad de población, es un nodo estratégico en el distrito, y nuclea a un importante número de familias puesteras que residen en lugares próximos. Por lo que en esta investigación se aborda en mayor profundidad aquellos aspectos vinculados a esta localidad.

Este apartado está orientado a responder los aspectos propuestos en el primer objetivo específico “Describir las características principales de las formas trabajo y producción de las familias puesteras, residentes en el distrito de Río Grande”.

Contextualización y caracterización de la zona de estudio

El departamento de Malargüe es el más austral de la provincia de Mendoza, el de mayor extensión territorial alcanzando una superficie de 41.317 km² y uno de los que menor densidad poblacional presenta. Según datos del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2022, realizado por el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), posee 32.717 habitantes. El origen del nombre “malal-hue” proviene del vocablo mapudungun

¹ Los pueblos originarios mapuches y pehuenches “denominaban en mapudungun a ese lugar como Malal (corral o bardas rocosas) Maya (color blanco)” (Soto, 2024, p. 136).

(lengua mapuche), que combina las palabras “malal” que refiere a bardas rocosas pequeñas (cortadas a pique) y “hue” que significa lugar; esto se debe a que este tipo de formación geológica recubre amplios espacios rurales de la zona (Bustos Dávila, 1979). Esto, nos invita a pensar que el espacio actual del departamento, hasta 1870 aproximadamente, era parte de la territorialidad indígena (Soto, 2021), momento en el que irrumpe la denominada “Campaña -conquista- del Desierto”, por medio de la aniquilación, sometimiento e incorporación violenta de dichos pueblos al Estado Argentino, instaurando discursos que afirman su extinción, junto con las difundidas narrativas oficiales que postulan que su población es masivamente blanca y culturalmente europea (Escolar, 2007).

El Distrito Río Grande, posee un relieve montañoso que corresponde a la unidad geomorfológica Cordillera Principal. En este ambiente cordillerano se ha desarrollado una de las cuencas hidrográficas (río Grande) más importantes de nuestra provincia por su gran riqueza hídrica, en la que se practica desde hace unos 300 años la ganadería pastoril trashumante. “El relieve, la altura, el clima y la escasa edafización del suelo condicionan la vegetación que se dispone por pisos altitudinales siendo los más aprovechados por el ganado el piso de las veranadas y el de las invernadas” (Ramires, 2013, p. 39)

Tal y como se sostuvo anteriormente, el distrito Río Grande es uno de los cuatro que presenta el departamento, junto con Agua Escondida, Río Barrancas y Ciudad, este último homónimo del departamento. Está ubicado al centro-oeste del departamento, se encuentra conectado por dos rutas nacionales, RN40 en sentido norte- sur que lo vincula con la Ciudad de Malargüe, y RN145 de este a oeste que comunica a través del Paso Pehuenche, con la vecina República de Chile. Posee una población que asciende a los 814 habitantes, según datos proporcionados por el Área Sanitaria Malargüe (2024). Su nombre deriva del río más extenso de la provincia, que nace de la confluencia de los ríos Cobre y Tordillo. El Río Grande, es el más caudaloso de la provincia (promedio de 112 m³/seg), los afluentes más importantes son: los ríos Valenzuela, Chico y Potimalal. Confluye con el Río Barrancas, y forman el Río Colorado (límite con la provincia del Neuquén). Los caudales del río en esta zona responden a un régimen nivo-glaciario debido a que el clima es frío de montaña y se encuentra influenciado por el Anticiclón del Pacífico que aporta precipitaciones en forma de nieve que disminuyen de oeste a este y oscilan entre los 900 y 400 mm anuales (Ramires, 2013).

La región, no es ajena a los efectos del cambio climático, que se evidencia, por ejemplo, en sequías prolongadas (aunque los dos últimos inviernos han registrado precipitaciones níveas importantes de 4 a 6 m de altura en alta cordillera), aumento de las temperaturas medias mínimas y máximas y mayor frecuencia e intensidad de los vientos secos del oeste, situación que impacta en la disponibilidad de pasturas y por ende en la producción ganadera y la cotidianeidad de las familias puesteras ya que deben generar nuevas estrategias de adaptación frente a este cambio ambiental. Además, bajo este contexto y en consonancia con la agenda gubernamental nacional y provincial con discursos que giran en torno al “despoblado desierto”, se propicia el despliegue de actividades extractivas, tales como la aprobación de 34 proyectos de megaminería metálica bajo el nombre de “Malargüe Distrito Minero Occidental” (Lana, 2024).

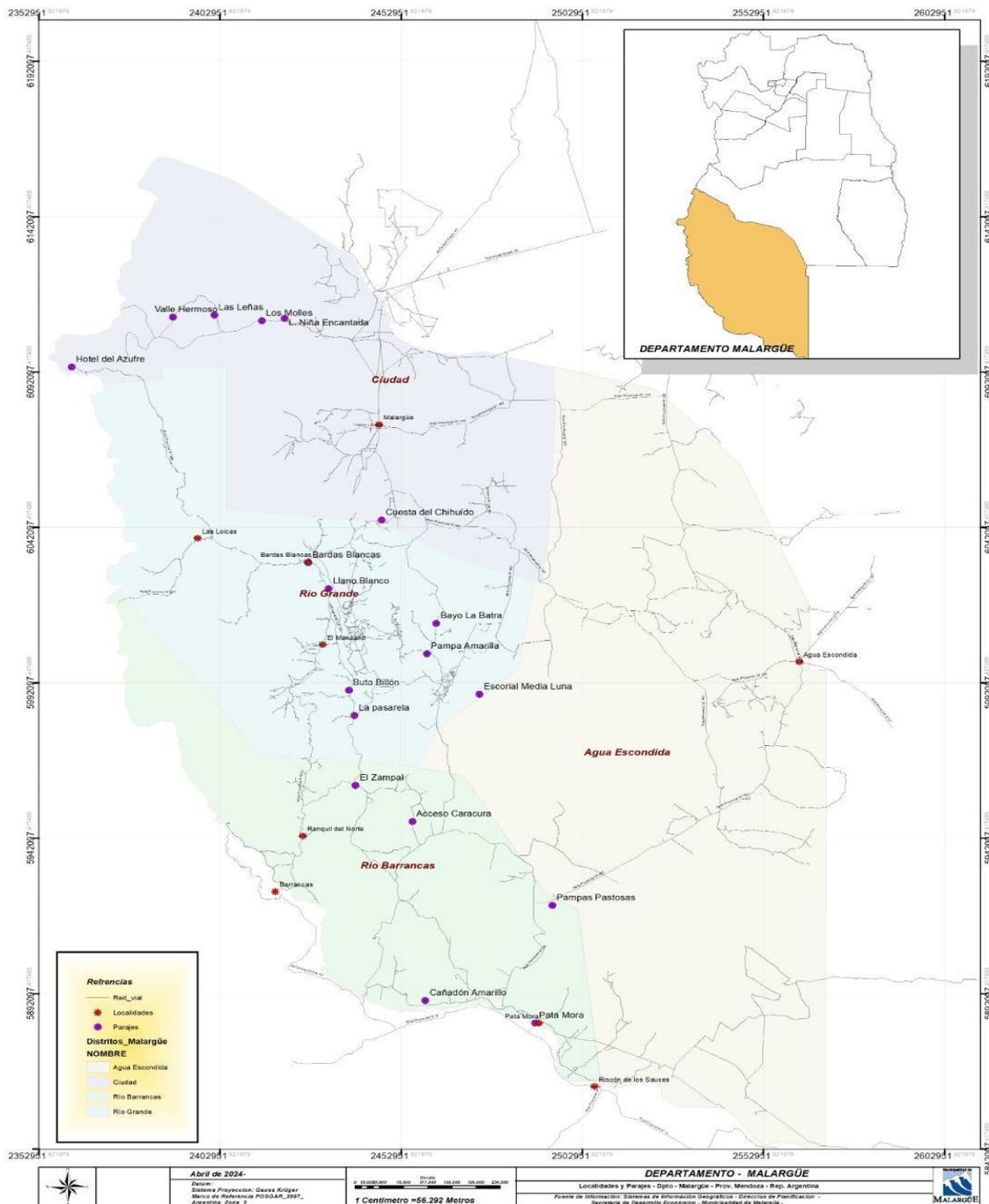
El distrito mencionado, presenta cuatro localidades que concentran la mayor parte de su población: Bardas Blancas, Las Loicas, El Manzano y El Alambrado. Su actividad principal es la ganadería extensiva, también se destaca la explotación petrolera y el turismo, dado que la zona posee numerosos atractivos paisajísticos y una de las cuatro reservas naturales provinciales con las que cuenta el departamento, la Reserva Natural Caverna de Las Brujas.

Ya que venimos describiendo las características geográficas, históricas y económicas de la zona, resulta importante hacer hincapié en los aspectos sociales, permitiendo una comprensión más integral del fenómeno. Las localidades mencionadas cuentan con servicios básicos tales como instituciones educativas, centros de salud, destacamento policial, delegaciones municipales, entre otros, que serán abordados en el próximo apartado. Debido a la centralidad que adquiere en esta investigación el acceso a la educación y la salud,² en tanto constituyen derechos fundamentales e indispensables para el ejercicio de otros derechos humanos, se ahonda especialmente en los mismos destacando el alcance, limitaciones y desafíos que presentan.

² Reconocidos en el Artículo 23 y 25 de la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Campesinos y de Otras Personas que Trabajan en las Zonas Rurales. Asamblea General de Naciones Unidas (2018).

Figura 1

Distritos y parajes del departamento de Malargüe



Fuente: Dirección de Planificación. Secretaría de Desarrollo Económico, Municipalidad de Malargüe (2024).

Acceso a los servicios básicos: alcance y limitaciones

Con respecto a la educación, en las zonas rurales no irrigadas de la provincia, una de las modalidades más difundidas son las instituciones educativas con modalidad de albergue y de frontera. Debido a las grandes dificultades que presenta la población escolarizada y sus familias, para garantizar la asistencia diaria a la escuela, por razones geográficas, climáticas, socioculturales, económicas, por las distancias, como así también el estado o ausencia de infraestructura vial y/o de transporte. Según el Reglamento Escuelas Albergue del Ministerio de Gobierno, Trabajo y Justicia de la provincia de Mendoza (2019), las mismas son creadas “para alojar prioritariamente a los niños/as y jóvenes que por razones de distancia y/o dispersión geográfica, propias del espacio rural no tienen posibilidades de regresar a sus hogares luego de concurrir a la jornada escolar” (p.1). Por lo tanto, se impulsa esta dinámica desde hace 50 años aproximadamente para el nivel primario y 20 para el secundario respectivamente, lo cual dio origen a 50 instituciones educativas de este tipo, distribuidas en Lavalle, Santa Rosa, La Paz, San Rafael, General Alvear y Malargüe. Este último, es el departamento que cuenta con mayor cantidad, alcanzando un total de 14, a causa de su extensión territorial.

A partir de ello, se visualiza que las cuatro localidades del distrito Río Grande cuentan con escuelas primarias albergues, N° 8-511 Peregrina Cantos (Bardas Blancas); N° 8-497 Bernardo Alberto Houssay (Las Loicas); N° 8-513 Alberto Einstein (El Manzano) y N° 8-493 José Rios (El Alambrado). Estas instituciones funcionan bajo esta modalidad desde la década de los 90, a excepción de la primera que data de 1972, conforme a los registros del Archivo Histórico de Malargüe.

Sin embargo, únicamente Bardas Blancas cuenta con educación media, Escuela N° 4-206 Mapu Mahuida, inaugurada en el año 2005, nucleando a gran parte de los/as adolescentes provenientes de las distritos de Bardas Blancas, El Manzano, Las Loicas y algunos/as de la ciudad de Malargüe³. Actualmente, es la escuela albergue con mayor matrícula del departamento, con aproximadamente 94 estudiantes. Cabe destacar que el cupo está completo, el cual se determina en función de la cantidad de camas disponibles

³ Estudiantes que realizaron la primaria en alguna escuela del distrito mencionado o que residían en la ciudad de Malargüe, pero se trasladaron a la zona rural.

en el albergue. La modalidad que presentan es 12 por 18, es decir, 12 días corridos de clases presenciales (albergados) por 18 de franquicia o de receso en el hogar, donde se entregan cartillas con actividades para las distintas materias. Se incorpora este tipo de organización, a causa de que se alterna el edificio con la escuela primaria, la cual desarrolla el dictado de clases los primeros días del mes y, después del día 15 ingresa el personal y estudiantes de la secundaria.

Cabe destacar que es una escuela orientada con título en Agronomía y Ambiente; el plantel docente alcanza un número aproximado de 30, quienes asisten únicamente los días que se dicta su materia (sistema de rotación). Dado esto, el único personal permanente durante los 12 días son el director, preceptores, celadores y dos profesoras. Para garantizar el acceso a la educación, ambos niveles cuentan con un sistema de transporte que realiza un recorrido periódico (un día completo) hasta cada uno de los puestos, permitiendo así, el ingreso a la escuela y el regreso al hogar.

Asimismo, en Bardas Blancas se garantiza el derecho a la educación a quienes deseen retomar o iniciar los estudios primarios y/o secundarios, mediante la existencia de un CEBJA⁴ N° 3-258 y el CENS⁵ N° 3-512, dictando las clases en el Salón de Usos Múltiples (SUM). El impacto es significativo, debido a que es la única localidad rural de todo el distrito que presenta esta modalidad de carácter presencial, aglutinando a puesteros/as de parajes diversos tales como El Manzano o Las Loicas. Por su parte, el CENS cuenta con una matrícula estimada de 12 o 13 estudiantes, concentrando el dictado de las materias una vez por semana; misma variante presenta el CEBJA, alcanzando un registro de 10 adultos/as aproximadamente. Estas entidades son sumamente relevantes, si se considera que, del total de la población, aproximadamente 300 habitantes no cuentan con estudios primarios completos, según los datos oficiales del Área Sanitaria Malargüe (2024).

Finalmente, en lo que respecta al nivel superior universitario y/o terciario existen desigualdades en su acceso, a causa de la ausencia de esta modalidad en el ámbito rural, debiendo trasladarse a la ciudad de Malargüe, donde la oferta, si bien se ha diversificado, continúa siendo limitada y no se ha tenido en cuenta la actividad ganadera trashumante, ya

⁴ Centros de Educación Básica para Jóvenes y Adultos

⁵ Centros Educativos de Nivel Secundario

que no existe ninguna carrera de nivel superior en el departamento que se relacione con esta forma de producción. A su vez, persiste el agravante de la conectividad, debido a que solamente determinados puntos geográficos cuentan con acceso a internet, dificultando la educación a distancia (Samchuk, 2023).

Pese a ello, sin desconocer los avances generados por las políticas públicas educativas en sus distintos niveles, se observan déficits estructurales no sólo para acceder al sistema educativo, sino también para garantizar su permanencia y egreso (Ruíz Peyré, 2019; Soto, 2024).

Figura 2

Instituciones educativas y de salud del distrito Río Grande



Por otro lado, siguiendo lo propuesto por este apartado, cabe mencionar que un punto nodal lo constituye el sistema de salud. El departamento de Malargüe cuenta con un Área Sanitaria, dependiente del Hospital Regional Malargüe, destinada a garantizar el derecho a la salud⁶ de las poblaciones rurales y a atender demandas vinculadas a ésta, como también la gestión de los centros de salud localizados en la ciudad. Debido a la extensión superficial, en el área se dividen en cuatro zonas según los distritos y éstas por sectores; el área de estudio corresponde a la zona N° 2. En esta última, a partir de entrevistas realizadas a profesionales, se identifican en el Río Grande tres centros de salud: N° 132 Bardas Blancas, N° 143 Las Loicas y N° 124 el Alambrado; y una posta sanitaria N° 165 El Manzano. En el caso de Bardas Blancas, este efector alcanza directamente a 100 habitantes del poblado y una amplia zona rural de influencia, tales como El Carrizalito, Agua Botada, Las Chacras y Potimalal. Además, cuenta con servicio de ambulancia de forma permanente, al igual que el Alambrado; si bien esto permite atender urgencias, es insuficiente para abarcar la zona y existen dificultades para acceder ante la intransitabilidad de los caminos. En lo que respecta a prestaciones de salud, no cuentan con un/a médico/a permanente por lo que, se coordina desde el Área Sanitaria con distintos profesionales de la ciudad de Malargüe, que incluyen servicio de clínica de forma semanal y de carácter mensual las especialidades de odontología, ginecología y oftalmología. Asimismo, en el centro de salud se realizan actividades de atención primaria, entrega de medicación para tratamientos prolongados y vacunación del Calendario Nacional. Además, cuenta con un/a licenciado/a en enfermería las 24 horas del día, mediante un diagrama de 7 días de guardia por 23 de receso, rotando entre cuatro profesionales.

En este espacio rural, existe formalmente la figura del *agente sanitario* quien recorre de permanentemente la zona, realizando una visita (ronda) cada dos meses, constituyendo el primer contacto directo entre el/la poblador/a y el sistema de salud. Según la página oficial de Salud y Deportes del Gobierno de Mendoza, los/as agentes sanitarios tienen como función ejecutar acciones de promoción y protección de la salud tendientes a fortalecer la Atención Primaria de la Salud, específicamente en el territorio donde reside su comunidad

⁶ En sentido estricto, la protección de la salud no se reduce a la asistencia sanitaria, sino que se vincula con el ejercicio de otros derechos humanos y depende de éstos, tales como el derecho a la alimentación, vivienda, educación, dignidad humana, vida, no discriminación, igualdad, etc. (Nucci et al., 2018). Aspectos que se enmarcan dentro de los objetivos y funciones de dicha Área.

de pertenencia, proporcionar cuidados esenciales preventivos que incluyen asistencia básica, controlar los registros personales de vacunación y aplicar vacunas, establecer acciones de socorrismo y primeros auxilios ante emergencias y catástrofes, realizar asesoramiento, entre otras. En la zona N° 2, correspondiente al distrito, existen 368 puestos que se distribuyen entre 8 agentes sanitarios, quienes abarcan aproximadamente entre 30 y 50 familias puesteras. Es importante destacar el rol del Estado, que puede implicar políticas públicas efectivas como también la omisión de acciones y/o la falta de operaciones que le competen. De esta manera, se percibe que el derecho a la salud en la zona rural planteada es garantizado por vía de las instituciones nombradas y, especialmente, por medio de la figura de los/as agentes sanitarios, quienes se destacan por el impacto significativo de su labor diaria al tiempo que por las dificultades que se le presentan en torno a la accesibilidad, cantidad y tipo de profesionales que los acompañan. Al respecto, resulta elocuente que actualmente se dispone de una trabajadora social para toda el Área Sanitaria. Esto redundaría en la sobrecarga de tareas y precariedad laboral, además de la insuficiencia en las respuestas a las demandas comunitarias.

Figura 3

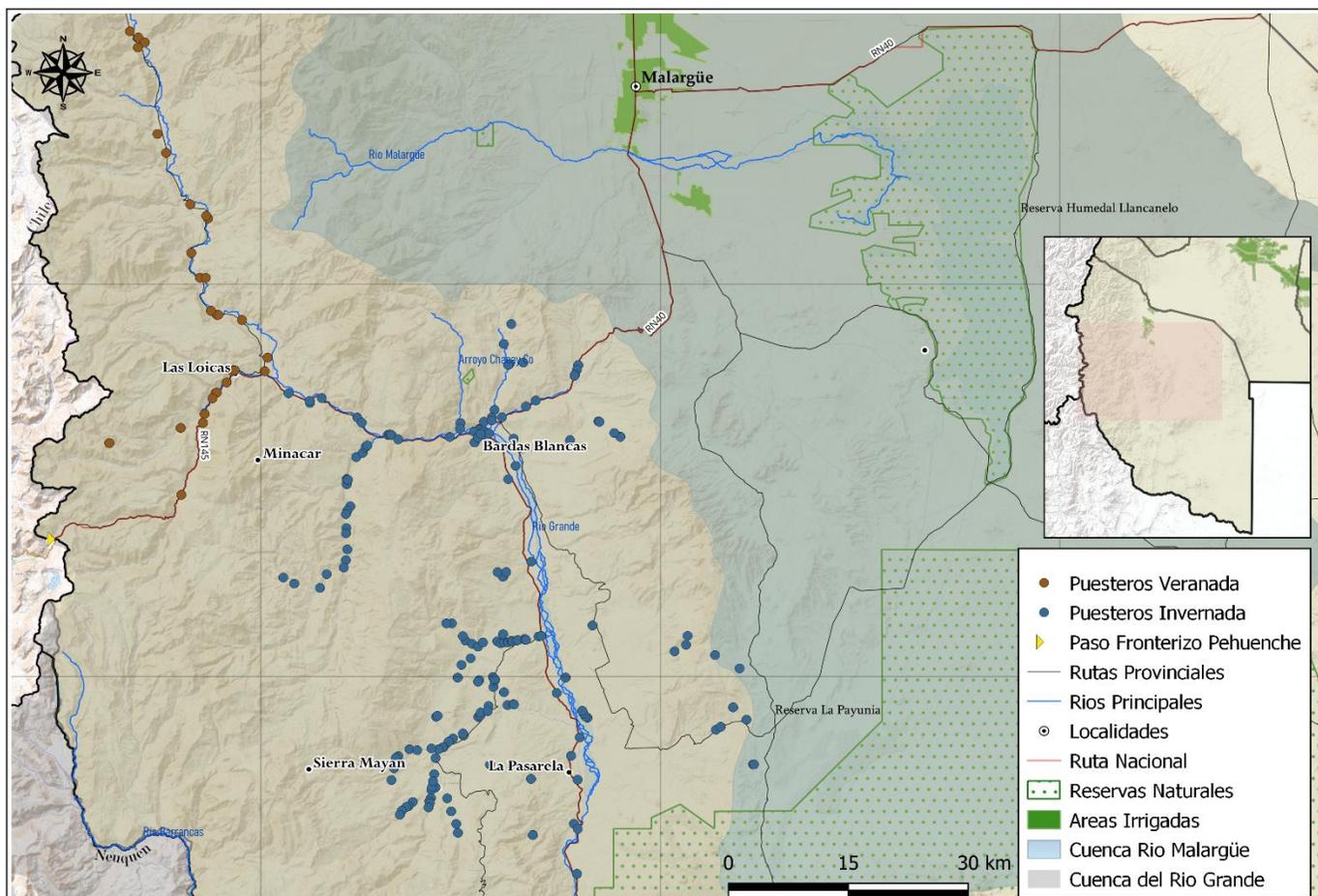
Zona N° 2 correspondiente al Área Sanitaria Malargüe



Fuente: Elaborado por Guibo Chisaki Melissa, específicamente para esta tesis de grado (2025).

Figura 4

Puestos de invernada y veranada en el distrito Río Grande



Fuente: Guirao, Julián Ramírez (2024), específicamente para tesis doctoral de Soto, Oscar “Modo de vida puestero, estatalidad y subjetivación política a comienzos del siglo XXI: ¿ocaso o permanencia campesina en Malargüe? (Mendoza-Argentina, 2000-2020). Mapa elaborado sobre la base de SIAT e IGN.

En cuanto a la disciplina de Trabajo Social, su incorporación en el ámbito de referencia es reciente (3 años aproximadamente), anteriormente la vacante no había sido ocupada por distintas causas, que incluyen la atención de toda la zona rural y los centros de salud distribuidos en la ciudad de Malargüe por parte de un/a profesional, disponibilidad horaria frente a eventuales intervenciones que requieren la permanencia en el campo durante 2 o 3 días, y en ocasiones los fines de semana, bajos salarios y precariedad laboral. Resulta indispensable el ejercicio efectivo de la disciplina, orientada a abordar de manera directa y sostenida distintas problemáticas sociales, tales como abandono de adultos/as mayores, violencia de género, abuso sexual infantil (ASI), situaciones de discapacidad y neurodivergencias, acceso efectivo a derechos de salud y prestaciones sociales, entre otras. Se destaca el trabajo interdisciplinario con agentes sanitarios/as, médicos/as y psicólogos/as, aunque la intervención de ésta última disciplina se limita únicamente a la ciudad, por lo que las derivaciones de la zona rural se realizan en el hospital, aunque se encuentra en evaluación la posibilidad de incorporar la modalidad virtual. La trabajadora social de referencia, concentra sus tareas especialmente en las localidades de La Junta, Salitral Norte, El Alambrado, El Manzano y Las Loicas; destaca el rol invaluable de los/as agentes sanitarios/as no tan sólo por los puntos descritos previamente, sino también para la detección y derivación de situaciones para su intervención, plausibles de identificar por la proximidad con las familias puesteras y la recurrencia de las visitas a los puestos. Esto último no está exento de conflictos, debido al vínculo cercano con las familias y las consecuencias que eso puede generar en la labor diaria del/la agente sanitario/a, en ocasiones dificulta la derivación correspondiente, agravando las situaciones de riesgo.

Es importante destacar que los datos de la Encuesta de Condiciones de Vida (2022) recopilada por la Dirección de Estadísticas e Investigaciones Económicas (DEIE) de la provincia de Mendoza, indica que en las zonas rurales más de la mitad de la población (54,7%) accede al sistema público de salud o a un servicio de emergencia⁷ y, particularmente, en la zona de estudio alcanza al 69% de los/as habitantes (Área Sanitaria Malargüe, 2024). Dicho sistema constituye, en ocasiones, la única posibilidad de acceder al derecho a la salud, sin embargo, presenta limitadas capacidades de respuesta, lo cual

⁷ A partir del 2020, la variable cobertura de salud distingue entre aquellas personas que poseen PAMI, OSEP, obra social o plan de salud privado o mutual (prepaga) y aquellas que sólo acceden al sistema público de salud o a un servicio de emergencia médica (Encuesta de Condiciones de Vida Mendoza, 2022)

da cuenta de la persistencia de problemáticas estructurales en relación al acceso de este derecho.

Resulta importante enfatizar que la calidad de vida de la población, no tan solo implica el efectivo goce de salud y educación, sino que también se vincula directamente con el acceso a otros derechos que incluyen vivienda, seguridad social, participación e información, conectividad, entre otros. Es así que, se percibe que en los últimos años ha mejorado la calidad constructiva de las viviendas y el acceso a prestaciones básicas, especialmente en la invernada, incluyendo red de agua, calefón a leña, energía eléctrica con paneles solares, zeppelin, etcétera. Sin embargo, se presentan diferencias por regiones, por ejemplo el poblado de Bardas Blancas cuenta con línea de energía eléctrica, mientras que Las Loicas presenta grupo electrógeno⁸ y panel solar⁹, implicando limitaciones en relación al tiempo que disponen del suministro (horas específicas al día), junto al tipo y cantidad de artefactos eléctricos que pueden utilizar. Asimismo, se identifica que la población accede a distintas prestaciones sociales, por ejemplo, garrafa social, Beca Progresar, Asignación Universal por Hijo (69%), pensiones, entre otras, que implican un ingreso monetario significativo y fijo para la subsistencia del grupo familiar, en relación a las ganancias obtenidas por la venta de caprinos. Por otro lado, acerca de las instituciones de seguridad (Ramires, 2013) se distinguen dos de mayor relevancia, un destacamento policial con sede en Bardas Blancas el cual cumple funciones para todo el distrito y, una Seccional del Escuadrón N° 29 Malargüe de Gendarmería Nacional, localizado en Potimalal, Las Loicas. En este último, además existe un servicio aduanero vinculado al Corredor Bioceánico Pehuenche.

En relación a la conectividad, para el caso de Bardas Blancas y Las Loicas, estos poblados cuentan con acceso a señal telefónica de las compañías Claro y/o Movistar, como así también conectividad a internet; en el resto de las localidades varía según la zona o

⁸ Un grupo electrógeno es un conjunto de elementos que funcionan en armonía para producir energía eléctrica a base de combustibles como gas, diésel o bencina. Generalmente, se utilizan como sistemas de respaldo para suministrar electricidad cuando la red eléctrica falla, o allí donde el suministro convencional no llega (Camus, 2022)

⁹ Los paneles solares son módulos fotovoltaicos individuales que captan la energía que proporciona el sol convirtiéndola en electricidad. La energía generada pasa a través de un medidor, que la cuantifica. Luego continúa hacia una caja de suministro eléctrico, donde se distribuye hacia la red del lugar (Celsia, 2018)

instituciones, por ejemplo, establecimientos educativos, polideportivos municipales o determinados puestos, sobre todo aquellos que cuentan con emprendimientos turísticos. Si bien existe acceso a señal telefónica en la mayoría de los puestos, se presentan diferencias entre sí, ya sea por las distancias hasta el punto de conectividad o calidad del servicio. También, debido a la débil o inexistente señal, algunas familias puesteras utilizan *handies* (dispositivos de comunicación por ondas de radio). Es importante resaltar que la comunicación radial es un medio fundamental para este sector de la población, especialmente en las veranadas donde, en algunos casos, constituye la única fuente posible de información. Con relación a esto último, los aportes realizados por la CEPAL a cargo de Maia Guiskin (2019) para las zonas rurales de América Latina y el Caribe, contribuyen a interpretar la persistencia de desigualdades en torno a las competencias digitales vinculadas a elementos sociales, culturales y económicos; esto se refleja en casi toda la región donde el acceso a internet en las instituciones educativas primarias es muy inferior respecto de las escuelas urbanas (Jara, 2015).

Pese a la presencia de estos efectores y las innegables mejoras en los últimos años con respecto al acceso a servicios básicos, esta zona, al igual que gran parte del territorio rural malargüino, se encuentra atravesado por problemáticas estructurales y coyunturales de distinta índole, siendo la circulación y la transitabilidad de los caminos uno de las principales causas que refuerzan la marginalidad y aislamiento (Cepparo, 2014). De esta manera, podemos hacer alusión a lo que plantea Oscar Soto (2024) “es una experiencia de carencias lo que configura la subjetividad puestera” (p.181). Para comprender la complejidad de la temática y cómo los elementos anteriormente detallados se manifiestan en la cotidianidad de las familias puesteras, es indispensable ahondar en las formas de vida, trabajo y producción de las mismas, las cuales serán detalladas a continuación.

Campesinado y comunidades puesteras

Si bien, tradicionalmente han prevalecido definiciones sobre el ámbito rural relacionadas con la cantidad de habitantes (menos de 2000 personas) o con la oposición a lo urbano, su conceptualización desde esta línea de investigación excede dichas nociones ya que considera que “lo rural no es un mundo aparte, sino una categoría socialmente

construida” (González Fernández, 2002, como se cita en Méndez, 2005, p. 64), que a su vez “dista de ser homogénea y su construcción es producto de la acumulación histórica de huellas concretas de la sociedad sobre el ámbito natural, que se traducen en distintas formas de organización territorial” (Reboratti, 2000, p. 1231). Razón por lo cual, “no se lo define en función de una actividad dominante, la agricultura, ni de un componente social, la población agrícola; sino en vinculación con el espacio, en tanto concepto integrador más apto para abordar nuevos problemas” (Cerdá y Mateo, 2019, p. 14).

Para dar comienzo a este apartado, es pertinente analizar la categoría puesteros, la cual se encuadra dentro de un tipo particular de práctica campesina. Según Cáceres (2014), el campesinado se distingue por su heterogeneidad, es decir, es “actor social con múltiples y variadas identidades que no encaja en una categoría fija y cristalizada” (p.4). Incluso, a lo largo del tiempo y en relación a los vaivenes del contexto, han tenido que reinventarse como tal mediante distintas estrategias de permanencia, constituyendo un modo de vida histórico (Bandieri, 1990, como se cita en Soto 2024). Esto, nos permite pensar que si bien en nuestro país, los modelos ganaderos caprinos y ovinos de tipo extensivo presentes tanto en la Patagonia como en la región de Cuyo, adquieren características similares que permiten identificar a estos grupos, cada una de estas prácticas asume particularidades según el contexto. De modo que, no es pertinente evocar a una categoría fija o estática para definir a dichos actores, contrariamente, es necesario que sean comprendidos a partir de un sistema relacional que analice las trayectorias considerando, simultáneamente, aspectos coyunturales e históricos (Paz y Jara, 2020).

Los aportes realizados por Hocsmán (2003) y Cáceres (2003), refieren que el campesinado presenta una serie de atributos que revierten las miradas clásicas acerca de producción y reproducción, entre los que se incluyen: 1. El trabajo familiar es un componente decisivo en tanto cumplen funciones productivas; 2. Las unidades domésticas son al mismo tiempo unidades de producción y de consumo; 3. Escasa disponibilidad de recursos productivos y para la acumulación del capital; 4. Control formal del proceso productivo; 5. Posición subordinada. De esta manera, despliegan una diversidad de prácticas que permiten la persistencia del grupo familiar, “como productores culturalmente ligados a la tierra” (Bendini y Steimbregger, p. 40, 2013), a través de lógicas distintas a la propuesta por el sistema capitalista, el cual se rige principalmente por la competitividad y la

acumulación de capital (Chayanov, 1974; Paz, 2006; Soto, 2024). Estas características se presentan como un denominador común en los grupos campesino-pastoriles de nuestro país, recorriendo el noroeste argentino (Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja y Santiago del Estero), el noroeste de Córdoba y norpatagonia (Río Negro, Neuquén y La Pampa) (Pessolano, Linardelli y Agüero, 2021).

Considerar lo anterior, nos invita a pensar que campesinos e indígenas recorren la geografía y la aridez continental desde tiempo inmemorial siempre resistiendo (Comerci, 2010) y re-existiendo (Soto, 2019), construyendo sus propios territorios y mediante la apropiación del mismo. A partir de la convergencia de necesidades, sentimientos, tradiciones, memoria histórica, distintas formas de organización social y devociones por ese espacio, donde los límites se constituyen en fronteras que permiten la interacción con los/as otros/as (Mamaní, 2013) y la construcción de identidad¹⁰. Es por ello que, resulta imprescindible comprender que el territorio es una construcción social, atravesada por relaciones de poder que involucran una diversidad de escalas espacio temporales desde las cotidianas a las más complejas (Lopes de Souza, 1995; Benedetti, 2011).

Tal como sostiene el Doctor en Geografía Alejandro Benedetti (2011), podemos pensar en la existencia de territorios o territorialidades múltiples (multiterritorialidades), es decir, en red y móviles, “en cada sitio, simultáneamente, las personas conviven con diferentes espacialidades, con diferentes formas de experimentar o vivir el espacio” (Lindón, 2007, como se cita en Benedetti, p. 48). Esto, se visualiza en las comunidades puesteras, quienes identifican, reconocen y transitan el territorio de forma diversa a lo largo del año en función de la actividad ganadera, donde los límites se representan a través del imaginario colectivo y se respetan por los grupos mediante las normas consuetudinarias transmitidas generalmente por el discurso oral (Mamaní, 2013). En síntesis, reflexionar sobre la noción de territorio, permite comprender la complejidad espacial que atraviesa la ruralidad malargüina.

¹⁰ La identidad implica una construcción social en el interior de marcos sociales que determinan la posición de los agentes y orientan sus representaciones y elecciones, por lo que es necesario considerar el contexto relacional. La diferencia identitaria no tiene que ver con las características propias únicamente de una cultura, sino con el resultado de las interacciones que se dan entre grupos y cuáles son las formas que producen en sus relaciones para diferenciarse (Cuché, 1999).

Para entender los modos de vida rurales del departamento sureño, Oscar Soto (2024) sostiene que se apela a dos categorías para identificar a las poblaciones campesinas e indígenas malargüinas:

Tanto la noción de “puestero” como de “criancero” constituyen las modalidades más habituales de designar al campesinado local y en particular remiten a un “modo de vida” caracterizado por sus sistemas y unidades campesinas [...] Una de las concepciones remite a sus relaciones de habitabilidad, en tanto la otra expone una connotación eminentemente productiva (p. 10)

Según Bendini y Steimbregger (2013), la noción “criancero” refiere a un “conjunto de productores familiares (mapuches y criollos) en el que predominan productores campesinos o con rasgos campesinos, y que se dedican fundamentalmente a la cría de ovinos y caprinos en condiciones de aguda escasez de recursos naturales” (p.30), con dificultades para acumular excedentes y, frecuentemente, en condiciones precarias de tenencia de la tierra (Comerci, 2019).

Mientras que, para comprender la palabra “puestero” debemos considerar que:

un puesto es una vivienda en la que habita una persona que ha sido “puesta” por otro, que sería el propietario de un campo. El ‘puestero’ tendría la tarea de ejercer la posesión a cuenta de otro, su dueño. Sin embargo, las relaciones entre propietarios y puesteros suelen no tener este carácter de dependencia y sus vínculos, de haber existido alguna vez, se han difuminado con el tiempo” (Liceaga, 2020, p, 27, como se cita en Soto, 2024, p. 10)

De esta manera, reflexionar sobre la categoría “puesteros” en las poblaciones de la zona rural de Malargüe, implica considerar una categoría nativa que refiere a grupos domésticos que residen en zonas áridas y semiáridas de la Provincia de Mendoza, dedicados a la producción ganadera (caprina, bovina y en menor medida ovina) de subsistencia y que suelen ocupar la tierra en condiciones jurídicas precarias (Pessolano,

2019). Analizar el modo de vida puestero (Soto, 2021; 2024), nos invita a indagar sobre los elementos y fenómenos que de manera interrelacionada atraviesan los cursos de vida de estas poblaciones, como lo es el puesto, la invernada, veranada, la trashumancia, el territorio, la identidad, los vínculos y el circuito productivo, que deben ser comprendidos desde un enfoque integral.

Modo de vida puestero

Como consecuencia de estas características contextuales que se vienen describiendo, resulta necesario enfatizar acerca del espacio donde transcurren las trayectorias de las familias puesteras: el *puesto* es la unidad socioeconómica de producción permanente en el que tiene lugar la actividad ganadera pastoril, localizado a cierta distancia uno del otro, donde la distribución espacial es resultado de los lazos familiares, la relación jurídica con la tierra, los recursos naturales, especialmente cursos de agua y pasturas, y la cercanía a caminos y/o rutas. Generalmente, se organiza en tres ambientes diferenciados: la vivienda o espacio doméstico, el espacio que rodea la casa o peridoméstico y el monte o campo abierto (Comerci, 2010, 2017). Es importante distinguir que, según la época del año y considerando las actividades de producción pastoril, se presentan dos tipos de unidades domésticas productivas: puesto de invernada y puesto de veranada o “rial”. De esta manera, podemos pensar que la(s) vivienda(s) “representa una manifestación cultural que permite dilucidar las complejas estrategias de organización social y territorial de una comunidad” (Vigil Escalera, 2014, como se cita en Mostacero y Comerci, 2019, p. 5).

En el caso de la *vivienda o espacio doméstico*, para su construcción, habitualmente, se utilizan materiales locales, por ejemplo, piedra y adobe. Sin embargo, en los últimos años éstos han sido reemplazados por ladrillo, cemento, machimbre, hierro, entre otros. Las modalidades de construcción que realiza cada grupo familiar, son disímiles ya que varían en relación a las “características geográficas del entorno, la actividad económica, la matriz cultural, las posibilidades de acceso a una vía, ruta o caminos de tierra, poder adquisitivo, capacidad de ahorro, la tenencia de vehículos y situación jurídica de la tierra” (Samchuk, 2023, p. 3). Asimismo, la tipología de la vivienda y su calidad constructiva también presentan diferencias de acuerdo a la unidad socioeconómica en la que se encuentren, es

decir, en la invernada o veranada. Pese a ello, ambas son sumamente funcionales. Otro de los ambientes, lo constituye el *espacio peridoméstico* que abarca una variedad de instalaciones pecuarias tales como: -corrales, construidos con materiales de la zona adoptando una forma rectangular o circular; -chiqueros, destinados a la separación de las madres de las crías durante la época de parición, cría y engorde; -galpones; -pesebreras, para resguardo de caballos de carrera; -potreros, cerco pequeño en el que se siembra alfalfa que se usa como forraje para el ganado equino en la época invernal; -gallineros, -huertas, -hornos, -palenque, poste liso y resistente, hecho con madera de arbustos o árboles, clavado en tierra que sirve para atar animales, principalmente los equinos; -el pozo de agua o vertiente y -enramadas.

Finalmente, en lo que respecta al campo abierto o de pastoreo podemos destacar que la extensión superficial es variada, aunque en general presentan grandes dimensiones por tratarse de un manejo extensivo a campo abierto, con muy escasa introducción de forraje artificial, es decir, el principal alimento del ganado lo constituye la cubierta vegetal natural (Ramires, 2013). Si bien, algunos campos presentan alambrados, en otros los límites son definidos en términos simbólicos, es decir, bajo normas consuetudinarias. En cuanto a la tenencia, se presentan marcados conflictos sobre la ocupación de la tierra, en tanto la mayoría de los puesteros/as, ocupan “tierras que no les son reconocidas legalmente” (Mamaní, 2013, p. 2).

Figura 5

Horno de barro y aves de corral



Fuente: Ramires Amalia (2022), puesto de veranada familia Carrasco, distrito Río Grande.

Figura 6

Corrales



Fuente: Ramires, Amalia (2022). Puesto de veranada, distrito Río Grande.

Figura 7

Galpón



Fuente: Ramires, Amalia (2022). Puesto del distrito Río Grande.

Tal y como se sostuvo anteriormente, se presentan dos unidades socioeconómicas: la invernada y veranada, las cuales surgen a partir del despliegue de una actividad particular denominada *trashumancia*. En gran parte del departamento y, particularmente en la zona de estudio (centro-oeste), se practica la trashumancia, la cual consiste en el desplazamiento del criancero/a y su ganado, hacia valles de altura, ubicados por encima de los 1.600 msnm hasta los 2500 msnm, aproximadamente, los cuales presentan mayor disponibilidad de recursos naturales, tales como agua y pastos tiernos, por ejemplo, vegas y mallines (Ramires, 2013). Es importante enfatizar que no toda la comunidad puestera de la zona incorpora está dinámica, presentándose situaciones en las que únicamente existe puesto de invernada.

En Malargüe, la trashumancia representa una práctica cultural histórica y ancestral implementada por los pueblos originarios en el siglo XVI, es decir, este movimiento continuo, pendular (invernada-veranada-invernada) y funcional de un piso ecológico a otro implica una reinención y “re-existencia” permanente de la vida campesina e indígena (Bendini, 2005; Domínguez, 2008; Mamaní, 2013; Soto, 2020). Asimismo, el movimiento es también vertical, en tanto implica “la movilidad de arcos en ascenso y descenso” (Bendini y Steimbregger, 2013, p. 33). Tomando los aportes de Soto (2020) “se diferencia del nomadismo por tener asentamientos estacionales fijos y un núcleo principal sostenido, del que proviene la población que la practica” (p. 135); en este caso los puestos de invernada ubicados en los parajes del distrito Río Grande.

Los autores Ovando et. al (2008) refieren que:

la ganadería trashumante como proceso, no puede ser solamente entendida como una actividad económica, sino más bien como parte de un complejo proceso cultural, que no es posible acotar cronológica ni territorialmente; podría decirse que sus inicios datan de la llegada y domesticación del ganado exótico por parte de las comunidades originarias; ¿pero cuántos elementos de esa / apropiación son europeos? y ¿cuántos son originarios?, y ¿cuántos una mezcla de ambos? (como se cita en Ramires, 2013, p. 157)

Debido a las características que asume esta forma de pastoreo por tratarse de una práctica ancestral y los determinados sitios en los que se practica, en el año 2009, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO)

declaró a la trashumancia Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad. Frente a ello, resulta oportuna la concientización y reconocimiento de los denominados “callejones o rutas de arreo”, sitios por los que trasladan el piño, dado que algunas rutas se solapan con los caminos de arreo, incrementado la probabilidad de accidentes viales y dificultando los desplazamientos. Por ejemplo, estas situaciones se identifican con la habilitación del Corredor Bioceánico Paso Pehuenche¹¹.

Figura 8

Arreo



Fuente: Archivo histórico Malargüe (s.f.)

¹¹ Es un paso de frontera entre la República Argentina y la República de Chile, a través de la Ruta Internacional 145, uniendo las localidades de Malargüe (Mendoza, Argentina) y Talca (Región del Maule, Chile). Según la Página Oficial del Gobierno de Mendoza, este paso internacional configura una vía de comunicación transversal entre las dos grandes rutas nacionales que recorren los países de norte a sur, la Ruta Nacional 40 (argentina) y la Ruta 5 (chilena). Además, presenta una ubicación estratégica de vinculación del Mercosur con la República de Chile y el Sudeste Asiático. Se encuentra dentro de los 3 pasos fronterizos habilitados de la provincia de Mendoza, junto con el Paso Cristo Redentor y Paso El Planchón Vergara, este último localizado también en el departamento de Malargüe y habilitado únicamente en temporada estival y con vehículos 4x4.

En esta práctica, podemos destacar dos elementos importantes que atraviesan las formas de organización del trabajo y del grupo familiar, estas son las fechas de partida y la duración del recorrido, con las cuales se da lugar al arreo (traslado de animales). Con respecto a la primera, se determinan en relación a la distancia a recorrer, la altura, el estado general del piño, la disponibilidad de “arreadores” (personas que pueden colaborar) y fundamentalmente por el ritmo cíclico de las estaciones, de esta manera las actividades desarrolladas en las unidades domésticas de producción –los puestos- se ajustan a ellas (Bendini M. 2005, como se citó en Ramires, 2013, p. 175). En lo que concierne a la segunda, según Ramires (2013) encontramos aquellas de distancia corta (entre mediodía y dos días completos), media (entre tres y cinco días) y larga (más de cinco días), en ésta última el recorrido puede ser de hasta 15 días. En algunos casos el ganado es trasladado en camiones, situación que sólo es posible para unos pocos puesteros/as en mejores condiciones económicas, lo cual depende, de la existencia o no de caminos con entrada vehicular; caso contrario, el traslado se realiza a caballo. Esto, se visualiza en el discurso de las entrevistadas:

...es un día nada más o un día y medio como mucho, pero también depende lo que se van a demorar las condiciones en la que están los animales, si están muy flacos les lleva mucho más tiempo, que si están más o menos lindos (Micaela, 29 años, 2024)

...arriando tienen dos, tres días porque se van de Agua Botada, pasan por Gendarmería, suben a Potimalal hasta llegar allá a la veranada (Florencia, 16 años, 2024)

Es importante considerar que según la cantidad y variedad de ganado que detentan los grupos familiares, se determinará el número de arreos a realizar, según las investigaciones realizadas en la zona rural malargüina por Vicente Agüero Blanch (1971), pueden ser hasta tres tandas, situación que acontece cuando los/as puesteros/as poseen una cifra importante de ganado mayor (bovino, mular y yeguarizo) y menor (ovino y caprino).

Tomando los aportes de las autoras Bendini y Steimbregger (2013), que, si bien están orientados al norte de la Patagonia argentina, presentan similitudes con el sur de mendocino; hasta los años setenta todos los miembros de la familia se trasladaban hacia

la veranada, sin embargo, por necesidades de distinta índole, por ejemplo, la educación de los/as hijos/as, el cuidado del puesto de invernada y la organización del trabajo, esto se modifica. De esta manera, se traslada hacia la veranada el padre o referente masculino con sus hijos, sobrinos o nietos varones, quedando en la invernada el resto de la familia, reorganizando así las actividades domésticas y productivas. Empero, a partir de las entrevistas realizadas, se visualizan cambios con respecto a esta modalidad que implican en algunas situaciones, un traslado nuevamente de todo el grupo familiar. Esto es ratificado por una de las jóvenes, Sofía, con veranada en Colimalal, quien refiere:

Sofía: Y a mi papá le ayudo con los animales, en el tiempo de la primavera. Después, cuando toca arreo, también le ayudo a llevar los animales

Entrevistadora: ¿Sólo van ustedes dos?

Sofía: No, después ya se van mi mamá y mi hermana (Sofía, 18 años, 2024).

Similar discurso sostiene una veterinaria de la zona:

...las mujeres quedan generalmente en el puesto de invernada, a no ser algunas que se trasladan y ahí llevan también sus gallinas, sus animalitos digamos que crían para no dejarlos solos, para cuidarlos, y ahí se mudan completamente toda la familia y se van unos meses a los valles de la cordillera (Roxana, 49 años, 2024).

Por último, es importante destacar que, si bien las comunidades puesteras practican la trashumancia en los meses posteriores a la parición del ganado caprino, en algunas situaciones, los grupos familiares se trasladan en los meses de septiembre y octubre, previo a dicha actividad, por razones climáticas y ambientales, que incluyen, por ejemplo, aprovechamiento de pasturas. Así como se anticipó anteriormente, el despliegue de esta modalidad da origen a unidades de producción diferenciadas y complementarias, con distintas tareas y actividades según la época. La *invernada*, constituye la vivienda base o principal ya que los grupos familiares residen en esta unidad doméstica gran parte del año, entre 7 u 8 meses aproximadamente (febrero/marzo - octubre/noviembre). Generalmente, se sitúan cerca de alguna vía de acceso, por ejemplo, una ruta, un puente o cable carril, siguiendo algún tipo de curso de agua, tales como arroyos o vertientes. La autora

malargüina Amalia Ramires (2013) sostiene que se ubican “en valles bajos de la cuenca por debajo de los 1600 m.s.n.m. o en planicies o mesetas que se extienden al este del departamento donde las temperaturas no son tan extremas y las precipitaciones níveas menos intensas” (p. 164).

En cuanto a la tipología y materiales utilizados para la construcción de la vivienda, no responden a los modelos propios de las zonas urbanas ya que se compone de varios espacios separados y contiguos conectados a través del patio (cocina, comedor, habitación, despensa). Sin embargo, a través del tiempo, este tipo de construcción se ha modificado, reemplazando esta modalidad por la vivienda típica de las ciudades. A su vez, la calidad de vida del grupo familiar ha mejorado a través del acceso a servicios básicos, tales como electricidad y agua potable, y refacciones que incluyen el reemplazo de letrinas por sanitarios, contrapiso, uso de membrana y machimbre que evitan filtraciones y protegen del frío, entre otros. Por otro lado, el material utilizado oscila entre elementos del lugar, por ejemplo, piedra (canto rodado y/o toba), adobe y ladrillos.

Figura 9 y 10

Puestos de invernada



Fuente: Ramires, Amalia (2020). Puesto de invernada Llano Blanco, distrito Río Grande.



Fuente: Cara, Federico (2020). Puesto de invernada Agua Tibia - familia González, distrito Río Grande.

En relación a la producción caprina, en este momento del año las actividades incluyen la recepción de reproductores caprinos en otoño, la gestación que ocurre en invierno y la reproducción que se inicia en primavera (Ramires, 2013); no obstante, ésta última en algunas ocasiones puede llevarse a cabo en la veranada o en los denominados “puestos de primavera”¹². A su vez, las tareas también implican el acondicionamiento y mantenimiento de potreros y corrales, acopio de leña y pasto, cría de aves de corral, horticultura y artesanías (telar y marroquinería). También, durante los meses de abril y mayo se realiza la vacunación del ganado y los rodeos.

Por otro lado, durante la estadía en la internada, las dinámicas familiares están orientadas a la escolarización de infancias y adolescencias, controles de salud y traslados a la ciudad de Malargüe para satisfacer distintas necesidades como también acceder a bienes y servicios. De igual modo, se destina mayor tiempo a la socialización que incluyen visitas a familiares y amistades en las cercanías o en otros poblados o parajes rurales, y en la ciudad de Malargüe. Asimismo, es frecuente participar de las festividades locales, por ejemplo, La Vuelta del Veranador, Puestero Cordillerano, Cristo de las Sierras, Pionero Rural, entre otras.

...la rutina va a depender también de la estación. En invierno, otoño, es re tranquilo el campo, se levantan mucho más tarde. Entonces, por ejemplo, una jornada empieza a las 8 de la mañana o 9. (Micaela, 29 años, 2024).

Sin embargo, esta dinámica se modifica a partir de la actividad de parición en el mes de octubre, ya que todo el grupo familiar se dedica casi exclusivamente a esta tarea:

Y en cambio, lo que es primavera y verano, la jornada, primavera sobre todo, que empieza a las 5 de la mañana, 6 de la mañana, y termina tarde (...), la jornada empieza re temprano y antes que nada se van al corral. Son muy pocas las personas que desayunan antes de irse al corral, todos se van así, sin desayunar, se hacen todas las tareas del corral y después que

¹² Se utilizan exclusivamente en la etapa reproductiva caprina entre septiembre y diciembre, la lógica que los rige es la búsqueda de mejores pasturas y la presencia de agua.

termina vuelven a la casa, desayunan y vuelven a salir al campo (Micaela, 29 años, 2024)

La organización del trabajo y producción, adquiere otras características cuando los grupos familiares o algunos de sus miembros se trasladan a la *veranada*; ésta es una unidad socio-productiva de carácter temporario, utilizada en los meses de verano ya que es inaccesible en invierno, la permanencia varía entre tres a cinco meses, dependiendo de las distancias, las condiciones ecológicas y meteorológicas, tales como bajas temperaturas, heladas, temporales, etcétera. Se ubican cerca de un curso de agua, por ejemplo, arroyos o vegas. Las investigaciones de los años 50´ realizadas por Agüero Blanch y, posteriormente, por Bocco de Abeyá refieren que “las migraciones con el ganado permiten utilizar alternadamente las pasturas de la montaña, del piedemonte -y de la planicie-. Esta rotación obligada es fundamental para el rebrote y descanso de las pasturas invernales” (Bocco, 1988 p. 82). Aquí, la vivienda se denomina generalmente *rial* o *ruca*, un monoambiente de pequeñas dimensiones, donde se ubica en un rincón el fogón y algunos enseres domésticos. Contiguo al mismo, suele levantarse otra ruca o enramada que se utiliza para almacenar insumos que requieren baja temperatura y poca exposición a la luz solar como cueros, grasa, mercancías, etcétera (Ramires, 2013). Se construye al reparo de una barda o arbusto del lugar, “en función de la utilidad estacional y con el máximo aprovechamiento de los materiales de la zona; paredes de piedra y mortero de tierra cruda o adobes o restos de chapa y/o turba; el techo está construido generalmente con vegetales de la región” (p. 171), por ejemplo, chacay (*Ochetophila trinervis*), molle (*Schinus* sp.) o coirón (*Stipa* sp.). Por lo tanto, el espacio habitacional se caracteriza por su practicidad, donde las distancias, el tiempo de estadía, la disponibilidad de elementos del entorno y la accesibilidad definirán las características de la misma. En situaciones específicas, dependiendo de la disponibilidad familiar, ventajas de acceso a ciertos recursos, accesibilidad vehicular y/o puedan transportarse materiales a caballo, se realizan mejoras edilicias que permiten resguardarse de manera más segura del frío, exposición solar, nevadas y vientos cordilleranos. Los puestos de veranada ubicados cerca de alguna ruta o camino, generalmente reemplazan al “rial o ruca”, por una vivienda más confortable, similar a la de invernada y están constituidos por los siguientes espacios: -una cocina, que hasta hace no mucho tiempo era circular;- las piezas, habitaciones en las que no solo están los escasos muebles destinados al descanso y al guardado de la ropa, sino que también

funcionan como despensas; -un comedor que por lo general se utiliza sólo cuando reciben visitas; y -el patio, que funciona como articulador de los espacios mencionados con un uso similar al de los puestos de invernada (Ramires, 2013).

Figura 11

Puesto de veranada



Fuente: Ramires, Amalia (2022). Distrito Río Grande.

Las actividades cotidianas inician alrededor de las 6 de la mañana, se realizan tareas de manejo del ganado que consisten en llevar los animales a pastorear y/o, salir a repuntar el piño (rodeo), recorrer el campo para conocer la existencia de predadores (puma y zorro), extracción y acarreo de leña, elaboración de trabajos artesanales manuales (por ejemplo, lazos y cabrestos) maneas y acondicionamiento de vivienda, corrales y fuentes de agua. Es importante destacar que, el rial de veranada “representa además un ámbito de uso colectivo ya que es utilizado como refugio por los arrieros y/o vecinos del lugar, por ejemplo, durante las paradas obligatorias que realizan durante la trashumancia” (Ramires, 2013).

Figura 12

Rial o ruca



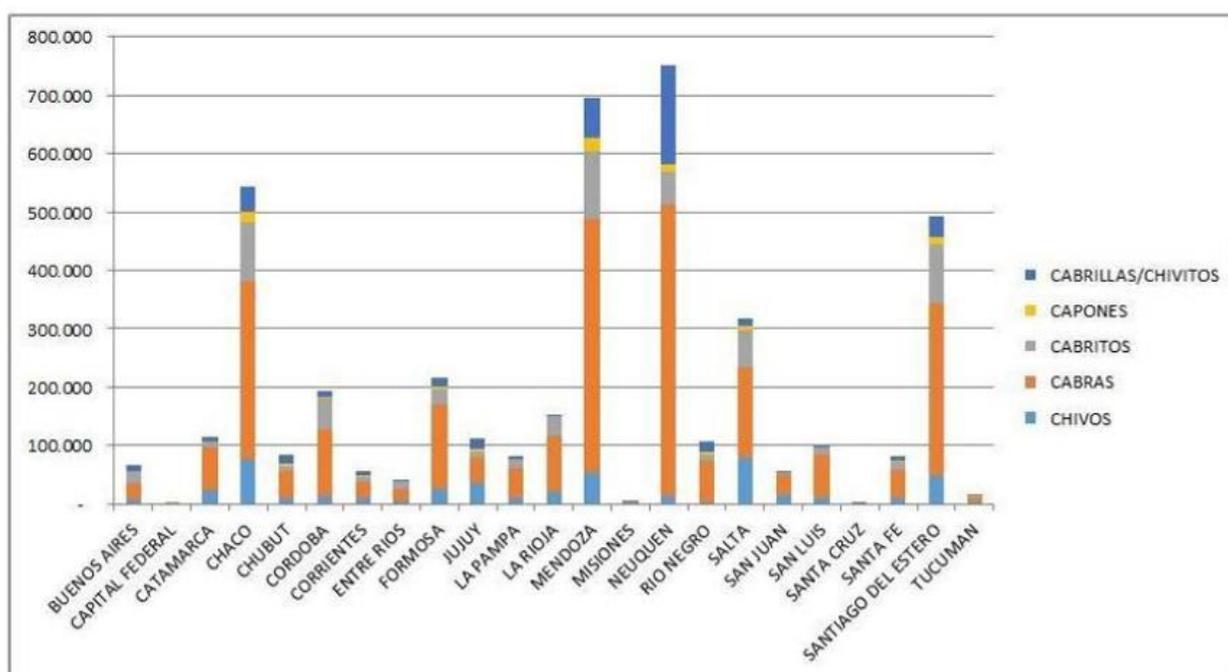
Fuente: Ramires Amalia (2022), veranada La Leona, Potimalal, distrito Río Grande.

Para continuar con esta temática, podemos identificar que en Malargüe, la mayoría del ganado de las familias puesteras se compone de caprinos (*capra hircus*) y en menor medida ovinos y vacunos, caracterizándose por primar aspectos cuantitativos por sobre los cualitativos, es decir, mayor cantidad de ganado, en lugar de tipo o raza. Soto (2024) sostiene que, debido a la degradación vegetal, el ganado caprino es una especie valiosa, especialmente en zonas áridas y semiáridas, no sólo por su valor nutricional (autoconsumo) sino también por la posibilidad de sobrevivir en condiciones ambientales adversas para otras especies. Se destaca que, según el Plan de Cuenca Caprina Sur (PRODECCA) del año 2019, Mendoza es considerada una de las regiones caprinas más importantes del país y, el departamento sureño encabeza el primer lugar a escala provincial, alcanzando el 60% (Soto, 2024), el promedio de cabras por productor/a es de 174, continúa San Rafael con 122 y Lavalle con 106. Además, según los datos oficiales citados anteriormente, se identifica que la trashumancia posibilita que los/as puesteros/as puedan tener piños más grandes, lo cual se señala como “efecto veranada”. Sin embargo, es importante señalar la

existencia de una diversificación de especies (caprinos, vacunos, ovinos y equinos), Bocco de Abeyá (1988) sostiene que esto responde a una estrategia de subsistencia en tanto “se maximiza la rentabilidad de la unidad de producción ya que se aprovecha la variabilidad inherente a los ambientes áridos, adaptándola también a las variaciones del mercado que tampoco se controla” (p. 83).

Figura 13

Distribución de Existencias Caprinas por Categorías y por Provincia – año 2021



Fuente: Dirección Nacional de Sanidad Animal. Soto, Oscar (2024), p. 167

De esta manera, es central hacer referencia al *circuito productivo caprino*, el cual se compone de tres etapas diferenciadas: reproducción, la cual se inicia en el mes de mayo; la parición en octubre, de carácter estacional en tanto se practica una vez al año¹³; y

¹³ El autor Oscar Soto (2024) refiere que “se proyecta que la parición coincida con el mayor crecimiento de la pradera -en los meses septiembre a noviembre- con el fin de evitar el sobrepastoreo y la disminución de su capacidad productiva. A ello se debe que el manejo reproductivo de los piños tenga un servicio al año, en mayo, y comiencen a parir en octubre” (p. 222)

comercialización, la cual tiene lugar a partir de diciembre. Seguidamente, se trasladan a las veranadas para el engorde del ganado y dar comienzo nuevamente el circuito.

Según los aportes de Ovando (2011) y Ramires (2013), la región presenta algunas particularidades en relación al aspecto reproductivo. Luego de quedar preñadas las cabras, los machos reproductores caprinos, “llamados *castrones* por la gente de campo, son retirados a pastar en lugares alejados de las cabras para que no las vuelvan a “cubrir” y éstas puedan amamantar a sus crías” (Ovando, 2011, p. 3). Los encargados de cuidar los castrones se denominan “*castroneros*”. Su actividad consiste en mantener separados a los machos de las cabras desde septiembre hasta mayo, es decir, entre ocho y nueve meses al año, entregando los animales nuevamente al productor/puestero en la época de servicio que tiene lugar en el mes de mayo. De esta manera, se evita la parición en los meses más fríos y las cabras pueden amamantar a sus crías. Por el cuidado de cada reproductor, se percibe un monto de dinero específico y se caracteriza por ser una “actividad principalmente masculina: se reúnen todos los crianceros en un puesto seleccionado previamente, el castronero lleva allí los machos que cuidó durante el año y cada uno retira sus animales” (Zonana et. al, 2022, p. 251). Son figuras respetadas por los/as pobladores/as debido al esfuerzo que conlleva el cuidado y desempeño de la tarea en valles intracordilleranos¹⁴. Así se refiere a la actividad una de las entrevistadas: “van, retiran los reproductores a la persona que se los cuida, juntan la chiva, le echan los reproductores y es como que las cuidan en un tiempo, para que no se junten con otra chiva de los vecinos ni nada” (Micaela, 29 años, 2024).

A partir de este momento, se da inicio a la gestación la cual sucede entre el periodo de junio y octubre, culminando con la *parición*, etapa de mayor trabajo para todo el grupo familiar en tanto es fundamental para la subsistencia anual de las unidades productivas de

¹⁴ Ernesto Ovando (2011) refiere a las etapas de trabajo del castronero:

-*Etapa I El retiro (o la recepción)*: inicia en el mes de septiembre, según lo acordado en la temporada anterior. El objetivo es recepcionar los castrones de los distintos puestos y partir hacia la sierra en búsqueda de buenas pasturas y del aislamiento necesario y obligatorio de los reproductores.

-*Etapa II Cuidado en la sierra*: inicia en noviembre hasta los primeros días de mayo, debe realizarse en valles cerrados o en serranías de difícil acceso, que no siempre puede hacerse a caballo.

-*Etapa III La entrega*: debido a la necesidad de que la parición se produzca entre septiembre y octubre, implica que, generalmente, la entrega esté pactada para los primeros días de mayo, instancia en la que también recibe el pago por la tarea desempeñada, el cual puede ser en dinero, cabrillonas (chivas hembras de un año de edad) o chivitos de esa temporada.

las familias puesteras, ya que dependen del éxito de la misma. Por lo tanto, todos los/as integrantes del hogar se abocan casi exclusivamente a esta tarea.

Esto se visualiza en los relatos de las entrevistas, tal es el caso de Sofía, residente en El Manzano, quien refiere sobre la tarea: “Porque en ese tiempo todos estamos con ese trabajo” (...) O nieve, o viento, pero hay que estar... si hay nieve, hay viento, frío, hay que estar” (Sofía, 18 años, 2024).

También, profesionales de la zona sostienen que:

...en tiempo de parición, si llueve o corre viento, tienen que salir igual, esas cosas no las pueden cambiar. Yo veo que uno sí lo puede cambiar, porque digo bueno, si llueve no salgo a trabajar o voy a trabajar y voy a estar calentito (Andrea, 45 años, agente sanitaria, 2024)

...esa tarea también les demanda muchas horas del día de trabajo que bueno, también terminan tarde, antes de que salga el sol y a la madrugada siguiente vuelven, que tiene que ver con los recorridos para levantar los animalitos recién nacidos, las crías, llevarlas al corral, después ir amamantando, mañana y tarde, sacar las cabras a pastorear, y bueno, ahí está toda la familia (Roxana, 49 años, veterinaria, 2024)

Esta actividad presenta tres modalidades de manejo que varían en la región: a campo, a corral y mixta. La diferencia primordial radica en el cuidado que se le da a la cría:

es mayor cuando se hace “a corral” porque comprende traer los piños a rodeo, la identificación de las crías con las madres para ser amamantados – a esto se le denomina en los puestos ahijar- y el amamantamiento individual de las crías cuando no quieren o no tienen leche las hembras (Ramires, 2013, p. 183)

En la zona comprendida para el estudio predomina este tipo de manejo, mientras que la modalidad a campo implica que las familias puesteras no intervienen en los cuidados básicos del chivo recién nacido, que incluyen alimentación y protección ante condiciones ambientales y meteorológicas (heladas, nevadas, vientos, depredadores), incrementando

la vulnerabilidad. Si bien, generalmente esta actividad acontece en la invernada, a causa de la acentuación de la sequía que ha implicado escasez de pasturas y/o agua, algunas unidades productivas realizan la tarea en las veranadas, tal y como refiere una de las jóvenes, con veranada en Potimalal:

-Sabrina: ...en la invernada estamos de abril hasta octubre y en todos los otros meses estamos allá arriba, en la veranada

-Entrevistadora: ¿se van temprano a la veranada?

-Sabrina: Ajá, en septiembre, octubre, por ahí. Bueno, en octubre, en septiembre llevan las cabras los hombres, y nosotros así con las cosas en la casa, todos nos vamos en octubre, los primeros días (Sabrina, 15 años, 2024)

Situación similar acontece en otro de los puestos de las entrevistadas, con veranada en la misma zona: "...lo que son los primeros días de octubre o fines de septiembre ya suben a veranada, porque en la invernada no tienen mucho pasto que digamos. Entonces ellos dan parición allá en la veranada" (Micaela, 29 años, 2024).

Luego de esta ardua tarea, tiene lugar la *comercialización* que se produce generalmente entre diciembre y marzo, en este proceso se generan diversas situaciones:

-Algunos/as productores/as traen los chivos a la ciudad de Malargüe y los venden entre parientes, amigos y conocidos, dependiendo de la cercanía a los centros de consumo y de la disponibilidad de medio de transporte.

-Venta del chivito a emprendedores turísticos, quienes tienen sus puestos cerca de algún atractivo turístico.

En ambos casos consiguen un mejor precio del producto ya que desaparece la figura del intermediario.

-En la mayoría de los casos, interviene un intermediario que puede ser un acopiador ambulante (comerciante), un acopiador local (bolichero, puestero más capitalizado o cooperativa) o un acopiador extra regional, proveniente de otros departamentos o provincias, quien generalmente compra en cantidades importantes. En los últimos años, este tipo de comprador ha dejado de frecuentar en la zona, lo que provoca que muchos productores/as no puedan vender la cantidad de cabezas caprinas necesarias, lo que repercute en su poder adquisitivo y calidad de vida.

Generalmente, predominan las ventas a “puerta de corral”, dicho de otra manera, la compra de chivos sucede en el puesto. Este proceso se caracteriza por la precariedad en las condiciones de venta, resultando ser una preocupación y reclamo constante por parte de las comunidades puesteras, entre las problemáticas se destacan: -situación de precariedad en la tenencia de la tierra, -fijación del precio por parte del demandante y no del oferente; -existencia de grandes distancias a los mercados de venta del ganado y escasos mercados para el caprino, lo cual se agrava ante el mal estado de los caminos y su intransitabilidad; -depredación del ganado por fauna silvestre, como es el caso del puma y zorro gris y/o colorado; -los escasos niveles de asociación, aunque se presentan algunas experiencias; -la ausencia de políticas estatales que mejoren el valor del producto; -escasa incorporación de tecnología en el manejo de los piños, rebaños y hacienda (por ejemplo, en los corrales); -la incapacidad de contar con un stock de producción permanente, que posibilite vender fuera de temporada el chivo pequeño a un mejor precio (Ramires, 2013)..

Estas problemáticas, se manifiestan en el discurso de Sabrina, con puesto en Mechanquil, El Manzano:

y lo que más cuesta es el trabajar así en la primavera, porque es trabajoso. Y aparte, capaz que trabajas un montón y después viene y el chivo no vale ni una cosa, por eso también. Por ahí dan ganas de irse a Malargüe, pero en Malargüe también es peor si no trabajas ¿de qué vas a vivir? (Sabrina, 15 años, 2024)

También, una enfermera de Bardas Blancas, refiere que: “...a la hora de vender el producto, el que menos gana es el puestero, porque viene otro y le pagan la miseria y ellos se hacen la plata y los puesteros que hacen todo el trabajo, no?” (Pamela, 44 años, 2024).

A modo de recapitulación:

En síntesis, el objetivo de este capítulo fue dar cuenta del contexto espacio - temporal en el que se despliega la ganadería extensiva y qué singularidades adquiere ésta última. Malargüe, el departamento más austral de la provincia, presenta una diversidad de elementos que deben ser considerados para realizar un análisis situado de las comunidades que allí residen, tales como la extensión territorial, condiciones geográficas y climáticas, actividades productivas, etcétera. Se parte de la idea de que, en las

comunidades campesinas se contraponen las perspectivas clásicas sobre producción y reproducción, junto con el despliegue de prácticas que no responden, necesariamente, a las lógicas propuestas por el capitalismo (Chayanov, 1974; Paz, 2006). Por otro lado, se enfatiza que la heterogeneidad es lo que caracteriza al campesinado (Cáceres, 2014).

Las comunidades que residen en la ruralidad malargüina se autodenominan “puesteros/as y/o crianceros”, practican la ganadería pastoril extensiva desde hace unos 300 años aproximadamente. En toda la zona descrita, si bien presentan particularidades según la zona geográfica, se destacan algunos elementos en común referidos a un modo de vida singular (Soto, 2024) que transcurre en la unidad productiva doméstica denominado puesto, el cual presenta tres ambientes diferenciados y complementarios (espacio doméstico, peridoméstico y campo abierto), desplegando distintas actividades según la época del año y el lugar en que residan, es decir, invernada y/o veranada. Ésta última se presenta cuando las comunidades puesteras despliegan la trashumancia, práctica cultural e histórica que consiste en desplazamiento del criancero/a y su ganado, hacia valles de altura, en pos del engorde del ganado, tal como acontece en el distrito Río Grande. De esta manera y tal como sostiene Bárbara Göbel (2002), las viviendas o unidades productivas constituyen “almacenes materiales de prácticas culturales pasadas” (Mostacero y Comerci, 2019, p. 10). El *circuito productivo caprino* de las comunidades puesteras, se compone de tres etapas diferenciadas: *reproducción*, la cual se inicia en el mes de mayo; la *parición* en octubre, de carácter estacional en tanto se practica una vez al año; y *comercialización*, la cual tiene lugar a partir de diciembre.

Se identifican elementos estructurales y coyunturales que se entrecruzan y condicionan la vida en la zona rural, algunos de estos de índole geográficos, ambientales, sociales, culturales, económicos, políticos y jurídicos. A partir del análisis, se enfatiza sobre aspectos vinculados a la educación (nivel primario, secundario, CEBJA y CENS) y la salud (centros de salud y servicios del Área Sanitaria), presentando las particularidades que adquieren, por ejemplo, la modalidad de escuela albergue y la figura esencial del/la agente sanitario/a. Por otro lado, se identifican que en los últimos años se han introducido paulatinamente mejoras en la calidad constructiva de las viviendas, junto con el acceso a servicios básicos, especialmente en la invernada, incluyendo red de agua, calefón a leña, energía eléctrica con paneles solares, zeppelin, conexión a internet, etcétera. Sin embargo, se presentan diferencias en cuanto a la calidad y tipo de servicio según la localización y con

respecto a la ciudad de Malargüe, con marcadas desigualdades entre los poblados, lo cual repercute sobre las dinámicas familiares y la calidad de vida de las familias puesteras.

Capítulo II: Organización del trabajo y la producción pastoril según género y edad

Reflexionar acerca del modo de producción pastoril, junto con las formas de trabajo y organización de las familias puesteras, implica, necesariamente, comprender cómo y qué características adquiere la distribución de las tareas entre varones y mujeres según rangos etarios. Esto se debe a que, por un lado, la asignación y asunción de roles no es azarosa, sino que tiene por finalidad la producción ganadera y la reproducción de las unidades domésticas, donde se entrecruzan elementos socioculturales, económicos e históricos vinculados al género, propio de las sociedades patriarcales en las que estamos inmersos. Por otro lado, todo el grupo familiar participa del proceso productivo por medio de distintas labores que permiten el desarrollo de la actividad ganadera y la propia subsistencia, es decir, las relaciones de parentesco presentan una importancia productiva.

Es así que, este capítulo pretende realizar un análisis que rescate estas dimensiones ante expuestas con la finalidad de abordar el segundo objetivo específico. Para ello, se propone en un primer momento situar contextualmente los cursos de vida de las jóvenes puesteras entrevistadas, lo cual permite comprender cómo se desarrollan los elementos analizados en este apartado desde una perspectiva crítica y compleja, dando lugar tanto a similitudes como a singularidades propias de cada trayectoria y composición del grupo familiar. Asimismo, esta contextualización no tan sólo posibilitará en los siguientes capítulos reflexionar acerca de las estrategias de permanencia, sino que también responde a la elección de los estudios de casos como estrategia de investigación empírica.

Seguidamente, se ahonda en las categorías producción, reproducción y trabajo doméstico, las cuales en las unidades domésticas campesinas presentan otras lógicas que no se encuadran dentro de las miradas clásicas (hegemónicas) que denotan la división dicotómica entre la esfera productiva/reproductiva. Debido a que, el modo de vida puestero (Soto, 2024) implica transitar dos tipos de unidades socioeconómicas diferenciadas y complementarias durante el año, la invernada y la veranada, se reflexiona acerca de la organización del trabajo en cada una de éstas según la edad y el género, lo cual da lugar a diferentes dinámicas en las unidades domésticas en función del tamaño del grupo familiar, el tipo de actividad, roles, mandatos culturales, representaciones sociales, estereotipos de género, entre otros. Igualmente, se plantean los valores asociados a la actividad productiva junto con la masculinización de los ámbitos rurales y cómo operan en el territorio abordado. Finalmente, se debate acerca de las connotaciones que adquiere la juventud rural,

especialmente, para las comunidades puesteras, mediante la interrelación de distintos elementos que incluyen la multiterritorialidad, la construcción de identidad y el género.

Cursos de vida de las jóvenes puesteras

Para adentrarnos en el análisis resulta pertinente contextualizar brevemente las experiencias de cada una de las entrevistadas, a fin de comprender de manera situada cómo se manifiestan los elementos que se analizan en esta investigación, qué aspectos presentan similitudes y diferencias en cada una de sus trayectorias. Para ello, se propone utilizar el concepto de *curso de vida*, propuesto por las autoras españolas Mercedes Blanco y Edith Pacheco (2003), ya que nos permite revisar la manera en que las fuerzas sociales más amplias moldean el desarrollo de los cursos de vida individuales y colectivos. En tanto, refiere a una secuencia de eventos y roles sociales, graduados por la edad, que están incrustados en la estructura social. Esta categoría es útil para este tipo de estudio ya que incorpora una serie de principios que enriquecen la comprensión de las trayectorias de vida de las jóvenes puesteras, entre los cuales se destacan: 1) perspectiva de largo plazo o de desarrollo a lo largo del tiempo; 2) tiempo y lugar (contexto espacio-temporal); 3) timing o momento en la vida de una persona en el cual sucede un evento; 4) de vidas interconectadas (vínculos y relaciones); del libre albedrío en tanto los/as sujetos hacen elecciones y llevan a cabo acciones, dentro de una estructura de oportunidades que implican limitaciones históricas y sociales (límites socialmente estructurados). Si bien, no se opta por ahondar en profundidad en cada uno de los ítems, ya que excede los objetivos de la investigación, si se contemplan estos puntos en el análisis de los datos, enriqueciendo las dimensiones de la investigación. A continuación, se detallan las experiencias de las jóvenes:

Sofía - 18 años

Sofía nació en El Manzano, donde realizó la escuela primaria. Su niñez, rodeada de arroyos y animales tuvo lugar en el puesto de internada localizado en Chalahuen y en Colimalal, sitio donde van a veranar todos los años con su familia. Convive con su padre, madre y su hermana de 14 años. Su trayectoria por el nivel secundario fue distópica, de manera virtual debido a la pandemia por Covid-19, para tener conexión de internet debe ir hasta un punto

cercano donde tiene señal. Pese a los desafíos, en el año 2024 transitó su último año en la escuela secundaria Mapu Mahuida. Le gusta mucho la vida en el campo, estar con los caballos y las actividades que realiza como reina del paraje¹⁵. Sofía, tiene la particularidad de que acompaña a su papá en el arreo.

Sabrina - 15 años

Sabrina es oriunda de El Manzano, sitio en el que transcurrió su infancia y el nivel primario. Actualmente, está rehaciendo segundo año del nivel medio ya que sostiene que no le gusta estudiar y le resulta difícil. Convive con sus abuelos (56 y 54), sus tíos (28 y 30) y su primo (10) en el puesto de internada localizado en Mechanquil; su mamá reside en la ciudad de Malargüe y su papá en El Manzano. Todos los años, el grupo familiar se traslada a la veranada en Potimalal. Refiere que desea abandonar la escuela. Sostiene que sus primas se fueron a estudiar a la ciudad de Malargüe, pero no tuvieron una buena experiencia porque no ingresaron a las carreras que habían elegido.

Vanesa - 16 años

Vanesa, cursa cuarto año en la escuela Mapu Mahuida. Nació en la ciudad de Malargüe, pero a los 12 años se trasladó con su grupo familiar a la localidad de Agua Botada, sitio en el que vivió siempre su abuelo. Realizó la primaria en la escuela Gendarme Argentino, sin embargo, transitó los veranos de su infancia en la zona rural. Convive con su madre, padrastro y cinco hermanos. La veranada se localiza en Salinas Cabeza de Vaca, solamente se trasladan su papá, su hermano y, a veces, acompaña su primo. Ella fue una sola vez para acompañar a su abuelo. Lo que más le gusta es la época de parición, apartar los chivos y sacar la leche para hacer productos. Este año, su hermano (19) fue a estudiar a la ciudad de Malargüe, aunque regresó al campo porque no le gustó la carrera. El grupo familiar atraviesa un juicio por desalojo iniciado recientemente por parte de un reconocido

¹⁵ En el marco de las Fiestas Populares Departamentales, cada paraje del departamento sureño realiza en distintos momentos del año, una fiesta local orientada a reconocer la labor de las comunidades puesteras de cada zona, donde se elige a una representante (reina) por paraje. En el caso de la entrevistada corresponde a la Fiesta Cristo de la Sierra. Las jóvenes elegidas, luego participan en la elección de la Reina de la Fiesta Nacional del Chivo, evento que valora el trabajo que realizan los crianceros/as durante todo el año, sobre todo el sacrificio que implica trasladarse a las veranadas. (Portal Oficial del Gobierno Municipal).

terrateniendo bonaerense, por lo que decidieron agruparse en la Organización Identidad Territorial Malalweche¹⁶.

Florencia - 17 años

Su puesto de internada se localiza en El Carrizalito, en el cual reside su familia desde 1935, la veranada se encuentra en La Laguna Negra y el puesto de primavera en Potimalal. Convive con sus padres y sus dos hermanos (29, 23), ella es la menor de cinco hijos/as. Sus dos hermanas (30 y 22) residen en la ciudad de Malargüe. Toda su escolarización se desarrolló en la localidad de Bardas Blancas, hoy está finalizando cuarto año de la secundaria, a diferencia de sus hermanos quienes abandonaron en primer año. Tiene conectividad y señal de internet de banda ancha 4G en el puesto. Sostiene que no va a la veranada, aunque le encantaría, ya que desde que nació su hermana (22), su mamá decidió quedarse para que puedan asistir a la escuela. Si bien su hermana (30) estudió en la ciudad de Malargüe, por razones económicas no pudo continuar. La otra (22), trabaja y estudia la Licenciatura en Turismo.

Ana - 26 años

Ana, nació en Bardas Blancas y realizó toda su trayectoria educativa en dicha localidad. Actualmente, vive sola pero su grupo familiar está compuesto por su mamá, que se dedica al comercio, su hermana (13) y su papá, quien arrienda campos en El Chihuido y en El Pehuenche (veranada) para el engorde de vacunos, tarea que realiza con su hermana menor. A su vez, su padre es comisionista, es decir, compra caprinos y los vende a comerciantes extrarregionales. En todas esas actividades participa Ana. Una vez finalizada la escuela secundaria, por razones económicas, decidió estudiar Secretariado Ejecutivo a distancia, empero por la conectividad no pudo culminar. Cuando mejoró la conexión en la zona realizó dos cursos virtuales. Actualmente, vende indumentaria de campo, artículos de limpieza, panificados y cuida a un adulto mayor de manera quincenal. Destaca que lo que más le gusta es ser independiente.

¹⁶ Organización creada en el año 2008, como parte de un proceso de reemergencia indígena iniciado en la década de 1990, donde distintos grupos rurales y urbanos reivindicaron públicamente su identidad mapuche, mapuche-pehuenche y pehuenche (Escolar y Magallanes, 2016). Malalweche reúne 27 comunidades mapuches. De ese total, 10 tienen el trámite de la personería jurídica. Sus principales reclamos se orientan al acceso a la tierra y el agua, especialmente aquellas que no controlan ni detentan legalmente (Soto, 2023).

Micaela - 29 años

Micaela es profesora de Biología, estudió en la ciudad de Malargüe, al igual que su hermana mayor (30), quien es maestra. Realizó la escuela primaria en El Manzano y la secundaria en Bardas Blancas. Tiene 7 hermanos (6 mujeres y un varón), sus padres tienen puesto de internada en El Manzano, denominado Punta de Bardas y, en Potimalal se encuentra la veranada conocida como Arroyo la Junta de la Leona, donde todo el grupo familiar se traslada. Su hermana del medio reside con su pareja en la zona rural; otra está estudiando en San Rafael la Tecnicatura en Laboratorio, mientras que su hermano Julián (22) y su hermana menor (17) conviven con sus papás. Una de ellas falleció. Actualmente, ha concentrado todas sus horas como docente en la localidad de Bardas Blancas, en la escuela secundaria, en el CENS y CEBJA, por lo que durante el período de clases se queda “internada” y luego, regresa a la ciudad de Malargüe durante la franquicia. Cuando residía todo el grupo familiar en el puesto, su papá, por razones económicas y para contar con otros ingresos, trabajaba además en una empresa.

A fines de comprender la organización de las unidades domésticas, se analizará el género y la edad en los modelos de ganadería extensiva. De ninguna manera, se pretende considerar estos elementos de forma aislada ni como un fin en sí mismo, ya que operan de forma interrelacionada, que junto con otros aspectos tales como etnia, orientación sexual y clase social, permiten identificar los múltiples sistemas de opresión que atraviesan las mujeres, por lo que se remite a la categoría de colonialidad de género que desarrolla Cubillos Almendra (2014), es decir, los dinámicos procesos de inclusión y exclusión que se modifican según el contexto, introduciendo nociones como la visión centralista, que aluden a las desigualdades y diferencias que se generan entre los territorios, con relación a la lejanía o cercanía, por ejemplo entre lo urbano y rural. De esta manera, las experiencias de vida de las mujeres entrevistadas dan cuenta del entrecruce de diversas variables.

Producción, reproducción y trabajo doméstico

Resulta pertinente revisar algunas consideraciones en torno a la organización del trabajo en modelos de ganadería extensiva, que en este caso incluyen el puesto, las instalaciones y actividades descritas en el Capítulo I.

Generalmente, se presentan dos problemas en la comprensión del espacio y trabajo doméstico campesino, para ello nos remitimos a la investigación de Daniela Pessolano (2018) quien sostiene que la primera dificultad radica en considerar este ámbito como una institución natural y universal, es decir, despojada de su carácter histórico, desconociendo las particularidades que atraviesan su configuración. Lo cual genera miradas parcializadas sobre la realidad y un modelo familiar –“típico”- nuclear (varón proveedor, mujer ama de casa) que no se ajusta a las formas de organización campesinas, las cuales persiguen otras lógicas donde se entrecruzan, por ejemplo, diversos lazos sociales que permiten la reproducción de la unidad doméstica, como es el caso de la familia extendida y la comunidad (Bocco de Abeyá, 1988) o la participación de todo el grupo familiar en los procesos productivos. Este análisis se enriquece al considerar que el género y la edad son elementos que estructuran y definen las dinámicas familiares, con sus respectivas tensiones y transformaciones a lo largo del tiempo y del ciclo de vida de sus miembros.

La segunda, alude a considerar lo doméstico desde categorías dicotómicas tales como producción/reproducción; público/privado; casa/trabajo, estas “concepciones binarias son inadecuadas particularmente para los grupos domésticos de perfil campesino” (Pessolano, 2018, p.127), lo cual genera divisiones tajantes y la equiparación del mundo privado con lo doméstico y de menor valor social, en otras palabras, una perspectiva burguesa que separa la esfera doméstica (femenino) y productiva (masculino) (Jelin, 1984). Por consiguiente, “esta forma de aprehender la realidad deja por fuera las experiencias efectivas de las mujeres, al desconocer las múltiples articulaciones entre estas dimensiones de la realidad” (Pessolano, Linardelli y Agüero, 2021, p. 43), en tanto en las comunidades campesinas no se manifiesta una rotunda división entre los ámbitos productivos y reproductivos, sino que convergen en un mismo espacio la producción, el trabajo doméstico y las tareas de cuidado, lo cual difiere de otras formas de organización social que se presentan frecuentemente en las ciudades. Asimismo, según los aportes de la autora Díaz Valentin Mariana (2023) “la invisibilización se da también desde las instituciones del Estado, ocultando el rol económico de las mujeres (...) considerando la unidad doméstica como una unidad sin discriminar las diferencias sexo genéricas que hacia el interior se dan” (p.7)

Para dar continuidad a la temática es pertinente hacer alusión a la categoría de unidades domésticas, aquí encontramos numerosos aportes y los reconocidos estudios de Aleksandr Cháyánov, economista agrario ruso, quien la comprende como una unidad de producción, donde “el principal objeto de las operaciones y transacciones económicas del

campesino es la subsistencia y no la obtención de la tasa normal de ganancia” (Chayanov 1974: 221, como se cita en Fleitas, Paz y Valverde, 2020, p. 79), por lo que en su teoría es fundamental la noción de autoexplotación, es decir, la producción se orienta en un consumo inmediato (Paz, 2016). Además, sostiene que la organización del trabajo familiar se relaciona con una dimensión subjetiva, donde intervienen como ecuación “el tamaño y las relaciones existentes en el seno de la familia entre los que trabajan y los que no; y la combinación entre estos recursos y los medios de producción, mediada por la propia intensidad del trabajo” (Chayanov 1974: 8, como se cita en Fleitas, Paz y Valverde, 2020, p. 80). Por lo tanto, Chayanov acota que según cómo se interrelacionan estas variables y las decisiones que toman las familias campesinas, es cómo se determina el grado de autoexplotación de la fuerza de trabajo familiar.

Este autor estableció tres fases del ciclo doméstico: nacimiento, madurez y extensión, que serán recuperadas por Fortes (1958) quien argumenta que en las unidades domésticas se presentan tres estadios, generalmente superpuestos. Estas son las fases de expansión (matrimonio), de fisión (engloba los matrimonios de los hijos) y la de reemplazo que finaliza con la muerte de los progenitores o ante el abandono de la actividad productiva (Balazote y Radovich, 1992). Si consideramos los aportes de Pessolano (2019):

En lo concreto estas fases pueden servirnos solo de manera orientativa dado que una serie de fenómenos familiares como las separaciones conyugales y uniones de hecho, la violencia de género, las madres solteras, el abandono infantil, el retorno obligado de mujeres a sus grupos domésticos de origen, entre otras, configuran circunstancias comunes en la zona de puestos, que producen una alta variabilidad doméstica y la imposibilidad de establecer una correspondencia inmediata con las etapas propuestas por Fortes (p.108)

Siguiendo con el análisis, podemos identificar que, en las unidades domésticas campesinas en estudio, la estructura se define generalmente en el principio de autoridad que otorga la edad (Bocco de Abeyá, 1988) y el género, es decir, que el padre es quien dirige el proceso productivo y, la madre quien toma decisiones sobre aspectos vinculados al trabajo doméstico y de cuidado. Esta consideración, no implica desconocer la

participación de las figuras femeninas y de todo el grupo familiar en los distintos tipos de actividades ya que no se presenta una división entre esferas productivas y reproductivas. Si bien, el uso, transferencia y control del poder es detentado a partir de estos principios, es importante contemplar que no son estáticos sino construcciones sociohistóricas que dan lugar a que “por diferentes razones (que van desde la muerte del cónyuge, separaciones, problemas familiares, así como proyectos e inclinaciones personales), quien dirige y toma decisiones acerca de la producción animal es una mujer, exista o no una figura masculina” (Pessolano, Linardelli y Agüero, 2021, p. 59).

Tal como se sostuvo anteriormente, en las dinámicas familiares rurales, un elemento fundante lo constituye el tamaño grupo doméstico que, a partir del género y la edad, definirán distintas formas de organización y los roles que asumirá cada uno/a de sus miembros, lo cual da lugar a una diversidad de experiencias según cada situación. Esto implica que, por ejemplo, tareas “típicamente masculinas” tales como el arreo, sean realizadas por mujeres ante la ausencia de varones que acompañen al padre; o la asunción por parte de madres e hijas de tareas domésticas, de cuidado y productivas en simultáneo, tal es el caso de la elaboración de la comida, mientras cuidan a las infancias y amamantan los chivos en el corral.

Figura 14

Grupo familiar en el puesto



Fuente: Martínez, Sergio H. (s.f.) Archivo histórico Malargüe.

División del trabajo según la edad

Es pertinente traer algunos aspectos del capítulo anterior, en tanto debemos considerar que el puesto con sus tres ambientes diferenciados (vivienda, espacio peridoméstico y campo abierto) constituyen una única unidad productiva y reproductiva, donde actividades de producción, domésticas y de cuidado se presentan en un mismo espacio y muchas veces en simultáneo. Como se sostuvo anteriormente, el tipo de tarea y su intensidad varían en relación a la época del año y de la unidad en la que resida el grupo familiar (invernada o veranada).

Tal como venimos enunciado, se visualiza que la cantidad de miembros, el género y la edad son fundantes de la división del trabajo en la unidad doméstica. Específicamente, sobre los grupos etarios, los aportes de Bocco de Abeyá (1988) sostienen que en la zona rural malargüina:

Los niños son integrados al proceso productivo desde la temprana edad de 4 ó 5 años pero de manera gradual y con el fin de iniciarlos en un proceso de aprendizaje, basado en la transmisión oral en la práctica que se va completando a lo largo de toda la vida. Pero es recién a la edad de la adolescencia que el joven se incorpora realmente al proceso productivo como mano de obra permanente (p.85)

Esta afirmación nos invita a reflexionar en torno al trabajo infantil, el cual en el contexto analizado responde a causas de origen cultural donde la socialización de los niños, niñas y adolescentes en el trabajo constituye un componente fundamental vinculado con el rol de los valores y creencias (Arias, 2021), es decir, aprender a buscar el rastro, amamantar a los chivos, colaborar en la realización de queso de cabra o alimentar aves de corral, integran un tipo de cosmovisión que se traduce en un saber hacer específico, en este caso del modo de vida puestero (Soto, 2024). Además, no se relaciona sólo con una cuestión de supervivencia orientada al autoconsumo, también responde a un proceso de consolidación de una identidad positiva, que implica una apropiación y reconocimiento del territorio. Esta postura, en consonancia con lo planteado por Eugenia Rausky (2009), lejos de avalar

cualquier situación de explotación, nos propone reflexionar acerca de otro tipo de concepción sobre la infancia que no responde a los parámetros hegemónicos de occidente.

De este modo, podemos identificar que la participación de niños y niñas en proceso de producción pastoril gira en torno a la realización de tareas puntuales que pueden realizar a su edad, lo cual es expresado claramente por las jóvenes como Florencia (17 años, 2024) “cuando uno es más chico, ahora toca lo más fácil, que es ver dónde están las cabras o cosas así pero que no se vaya muy lejos”; o Micaela (29 años, 2024):

Figura 15

Niño a caballo



Foto: Sergio H. Martínez - Archivo Histórico Malargüe

Fuente: Martínez, Sergio H. (s.f.).
 Archivo histórico Malargüe.

...en tiempo de primavera se le asignan, no sé... a los más pequeños unas tareas que ellos pueden hacer, no sé, no pueden sujetar una chiva, pero sí pueden llevar a los chivatitos. Entonces, dependiendo de su fuerza vamos a decir, se le van asignando tareas. (...), en mi casa, nos tocó, por ejemplo, empezar a cocinar re chicas, a lavar, porque teníamos que ayudar

También, Roxana (49 años) docente y veterinaria con trayectoria laboral en el distrito menciona lo siguiente:

...el tema de la leña, la señora lo puede hacer tranquilamente con los chicos. El cuidado, en la época de la primavera, los chicos también van al corral. En realidad, desde bebés, van a estar ahí, porque la mamá va a estar ahí (...) O no sé qué sé yo alimentar las gallinas, los pavos, todo eso lo pueden hacer los chicos también. Pero por ahí se olvidan y lo tiene que hacer siempre la mamá

En el discurso, además, se identifican los aspectos analizados en este capítulo, donde las puesteras tienen a su cargo distintas tareas que se superponen y que no se distribuyen de manera equitativa entre varones y mujeres. Continuando con la temática, se

percibe que la etapa de la infancia finaliza entre los 11 y 13 años, dando lugar a la juventud, momento a partir del cual se considera que pueden desplegar la mayoría de las actividades de la zona rural, asumiendo otro grado de responsabilidad. Micaela, quién nació en el Manzano, concuerda con esto cuando apela que “ya como que a los 11 años ya se los ve como muy grandes en el campo. Como que ya salen al campo solos, se quedan solos, cocinan, les toca hacer de todo” (29 años, 2024).

Figura 16

Infancias en el corral



Fuente: Poblete, Rolando (s.f.). Archivo histórico Malargüe.

Esto se debe a que, diversas indagaciones sugieren que la clasificación que comprende a la juventud cambia de acuerdo al contexto, es decir, requiere un abordaje situado, en el caso de las zonas rurales “proponen extender la juventud hasta los 29 años por la presencia de otros fenómenos, tales como la herencia tardía de la tierra” (Kessler, 2006, p. 19) o en el caso de Malargüe “desde los 14 años en adelante debido a que la actividad caprina acelera etapas y exige trabajos tempranos” (Soto y Martínez, 2021, p. 118). De esta manera, la noción de juventud propuesta para esta investigación toma los criterios planteados por los autores Margulis y Urresti (2008), explicitados en la introducción

de este trabajo. A partir de las variables que utilizan para definir qué es ser joven, podemos situar de manera concreta las experiencias de las jóvenes donde el crédito energético o la edad responde a 12 o 13 años, momento a partir del cual se considera que pueden realizar la mayoría de las actividades en el puesto, lo cual aparece como denominador común en las entrevistas:

cuando tenía 12 años ya me empecé a quedar sola (...) Eso (limpieza de las habitaciones) lo empecé a hacer de muy chica. Pero o de más antes, qué sé yo, ayudando en lo que podía, las cosas de la casa, a mi mamá. No es que me tocó de golpe hacer todo (Florencia, 17 años, 2024)

Bueno, nosotros, desde que estamos acá (desde que tiene 13 años), todos tenemos que ayudar, así se hace más fácil (Vanesa, 16 años, 2024)

Otro de los elementos propuestos por los autores refieren al género que, si bien ellos ubican como urgencias temporales que pesan sobre el varón o la mujer, el mismo puede extenderse a los ámbitos rurales en términos de lo que se espera que realice cada uno/a (roles de género). Es decir, de los relatos recabados se desprende que son los varones quienes a temprana edad se abocan a tareas vinculadas al campo abierto, mientras que las adolescentes al ámbito doméstico y peridoméstico, lo cual no significa que ellas no adquieran los conocimientos que se requieren para el manejo de la actividad productiva, sino que el tipo de tarea e intensidad es diferente según se trate del género femenino o masculino: “mi hermano mayor, de 5 años fue a la veranada con mi papá (...) el que le sigue él ya fue un poquito más grande, tenía 7 años cuando él fue” (Florencia, 17 años, 2024). Particularmente, en la trayectoria de Florencia se identifica que ella nunca ha acompañado el arreo hasta la veranada, solamente con vehículo, debido a que es la hija menor y sus dos hermanos varones realizan el trabajo con los animales. Sin embargo, su hermana mayor sí realizó este tipo de tareas, lo cual presenta similitudes con el curso de vida de Micaela, quien sostiene al respecto: “siempre salimos (al campo), porque como mi hermano varón era más chico, siempre nos tocó a nosotros más grandes (ella y su hermana) salir al campo. Hasta que creció mi hermano y ahí ya empezó a salir él” (29 años, 2024).

En estas situaciones se visualiza que la edad opera como un determinante en la organización de las actividades, ya que las tareas a campo abierto generalmente son

realizadas por los varones, pero esto se modifica si acontece un hecho de este tipo en el que no hay figuras masculinas (sólo padre/abuelo) que puedan realizar dichas labores, ocupando este lugar las puesteras. Sin embargo, el género incide con mayor fuerza que otros elementos, por ejemplo, la edad, cuando los varones comienzan a transitar la adolescencia, momento en el que se percibe una reasignación de tareas, donde las mujeres (incluso las mayores) se abocan nuevamente a lo doméstico y tareas de cuidado. Pese a ello, en el caso de que en ningún momento existan otras figuras masculinas que puedan realizar estas actividades, por ejemplo, grupos familiares con hijas mujeres, son ellas quienes asumen esta labor a partir de la adolescencia, tal como sucede en la trayectoria de Sofía (18 años) residente en El Manzano o la hermana de Ana (13 años), quien acompaña a su papá hasta la veranada en El Pehuenche.

Figura 17

Tareas vinculadas a la esquila de ovinos



Fuente: Martínez, Sergio H. (s.f.). Archivo histórico Malargüe.

Figura 18

Joven en el puesto

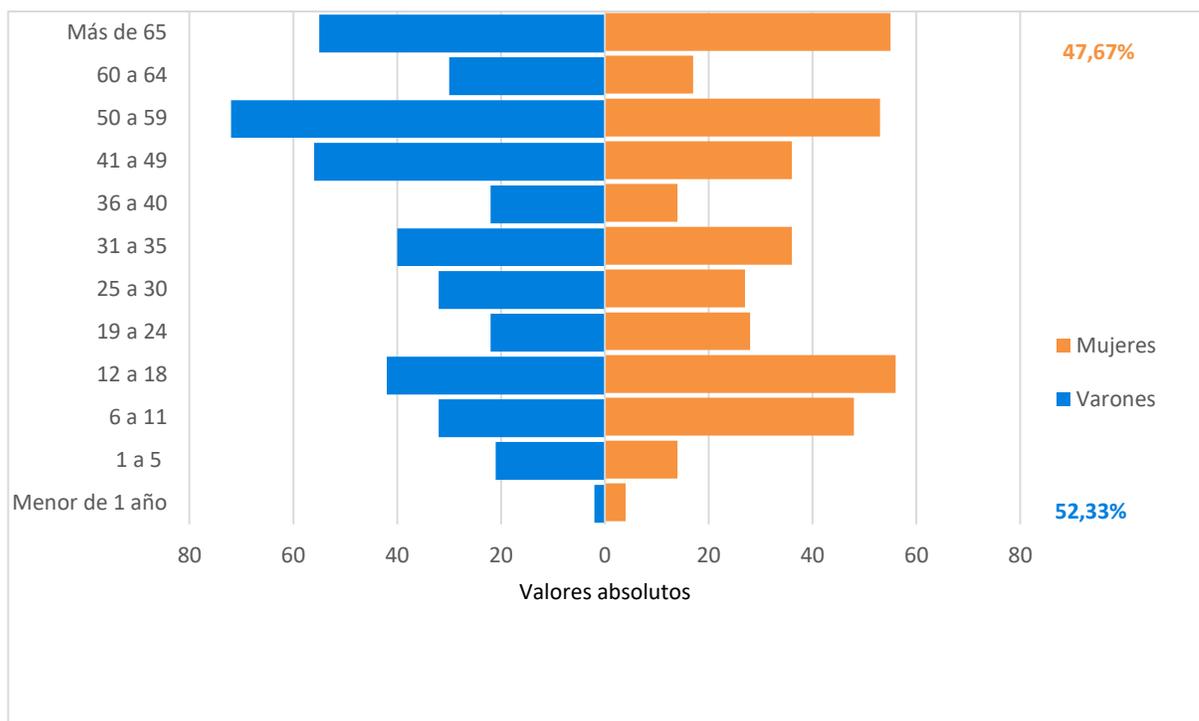


Fuente: Martínez, Sergio H. (s.f.). Archivo histórico Malargüe.

Para continuar con la asignación de tareas según los rangos etarios, se percibe que adolescentes y adultos realizan actividades similares, aunque se presentan diferencias en relación a la estructura familiar, dado que los/as adultos/as son quienes toman la mayoría de las decisiones, es decir, detentan una mayor cuota de poder. Por otro lado, los/as adultos/as mayores realizan actividades orientadas a la supervisión y acompañamiento de las tareas desde el puesto, dadas las limitaciones de salud propias de la edad. Ante esto último, se identifica en los últimos años el traslado de algunos/as puesteros/os longevos/as hacia los poblados, tales como Bardas Blancas, ante dificultades para mantener la producción caprina y la posibilidad de acceder a mejores condiciones de vida, que implican controles médicos periódicos, conexión a servicios básicos, mayor cercanía a la ciudad de Malargüe y vías de acceso transitables, entre otras. Este aspecto es significativo si se considera que la pirámide poblacional del distrito Río Grande presenta una cima ancha, es decir, que reside un importante número de población adulta mayor (Área Sanitaria Malargüe, 2024).

Figura 19

Pirámide poblacional distrito Río Grande 2024



¿Cómo opera el género en las formas de trabajo y producción pastoril?

En las distintas entrevistas, se puede constatar como elemento en común, que en la dinámica familiar se presentan determinados roles de género, con algunos matices y diferencias en relación a la composición del grupo familiar, dando lugar a distribuciones más o menos equitativas de las tareas, las cuales serán detalladas en este capítulo. También, se destacan modificaciones paulatinas entre generaciones, es decir, que algunas actividades realizadas por las jóvenes eran impensadas por sus abuelas o madres, por ejemplo, arrear, acceder a un trabajo remunerado e incluso la posibilidad de estudiar.

Las tareas domésticas son llevadas a cabo por las figuras femeninas, las cuales transcurren, principalmente, entre la vivienda y en el espacio peridoméstico, que incluyen aquellas destinadas a la satisfacción de necesidades básicas tales como cocinar, limpiar, planchar, lavar, elaborar productos alimenticios, por ejemplo, derivados de la leche de cabra (dulce, queso), calefaccionar el hogar, hacer compras y realizar trámites en la ciudad de Malargüe, etcétera. Según las investigaciones de Pessolano, Linardelli y Agüero (2021), las “puesteras son las responsables primeras de las tareas domésticas que (...) incluyen una carga importante de trabajo de producción para el autoconsumo (...) las mujeres producen algunos productos para cocinar, que en zonas urbanas son comprados en el supermercado o la despensa” (p. 54). Esta diferencia entre actividades se identifica en el discurso de Sabrina quien refiere lo siguiente: “en la casa somos mi abuela y yo nomás y tenemos que cocinar un día cada una (...) ponele lavar, cocinar, planchar, eso lo hacemos nosotras nomás” (15 años, 2024).

De igual manera, las mujeres tienen a su cargo las tareas de cuidado que funcionan a la par del trabajo doméstico, éstas se orientan “al bienestar cotidiano de las personas, tanto en lo material y económico, como en lo afectivo y emocional¹⁷” (Kelly, 2024, p. 71), involucra especialmente a niños, niñas, adolescentes, personas con discapacidad, adultos/as mayores, como también cualquier miembro ante situaciones de enfermedad y/o dependencia. La asunción de los cuidados por parte de las mujeres, se observa en gran parte de las regiones de América Latina, con impactos diferenciales entre países y en su interior, en tanto se caracterizan por ser sistemas familiaristas, es decir, la producción del bienestar o la protección ante los riesgos queda a cargo de las familias, con escasa participación del Estado, diluyendo las responsabilidades en pos de garantizar políticas públicas orientadas a desfamiliarizar y desfeminizar los cuidados (Sunkel, 2006; Angulo y Alberti, 2022; Neri, 2023). Así lo sintetiza una de las jóvenes:

por ahí me estoy quedando sola con mi papá y mis hermanos, porque mi mamá viene a cuidar a mi abuela, que ella vive acá (Bardas Blancas), pero

¹⁷ La socióloga Candelaria Kelly refiere que gracias las acciones y lucha del movimiento feminista, de la academia y decisores públicos, se reconoce al cuidado como un derecho humano. Esto “implica superar el lugar y la función de cuidadora que el patriarcado asigna en exclusividad a las mujeres, ubicando el respaldo del derecho al cuidado en los instrumentos internacionales de derechos humanos” (2024, p. 71-72)

ya está muy de avanzada edad, entonces viene a cuidarla y me quedo yo a cargo de mi casa (Florencia, 17 años, 2024)

A su vez, podemos percibir que si bien se presentan algunas políticas públicas innovadoras (Montes y Rodríguez, 2015; Kelly, 2024), éstas en general continúan expresándose de forma “neutral” frente a las desigualdades de género, es decir, no promueven la equidad, corresponsabilidad ni contemplan la diversificación de conformaciones familiares, “lo que en la práctica acrecienta las brechas, ya que medidas neutrales sobre escenarios desiguales refuerzan las asimetrías” (Díaz Valentin, 2023, p. 21). Lo cual se agrava aún más en el contexto actual donde se propicia el desmantelamiento de las políticas de género, implicando un retroceso en la conquista de derechos (Brusadin, Quintana, Vera y Viola Merino, 2024; Kelly, 2024).

Además, se considera que el cuidado incluye no sólo personas, sino también se extiende a plantas y animales, es decir, mantener la huerta (hierbas, especias, verduras), cultivar, alimentar las aves de corral, en especial gallinas para obtener huevos, regar los cercos, entre otros. Esta noción más amplia del cuidado, se sustenta en las perspectivas ecofeministas que sostiene que somos seres eco e interdependientes debido a que obtenemos de la naturaleza todo aquello que precisamos para vivir (Gebara, 2000) y, a su vez, a lo largo de nuestros cursos de vida dependemos de otras personas, especialmente mujeres, que dedican tiempo y energía para cuidarnos (Herrero, 2015). Por lo tanto, “el trabajo de las mujeres, remunerado o no remunerado, contribuye de forma decisiva a la seguridad alimentaria, la salud familiar y comunitaria, la economía familiar, y el cuidado de la naturaleza y de las personas” (Hillenkamp et al., 2021 como se cita en Angulo y Alberti, 2022, p. 12). Micaela nos dice al respecto: “lo que es trabajo en la tierra, sembrar, cuidar las plantas, regar, siempre lo hemos hecho las mujeres” (29 años, 2024).

Es importante destacar que, las actividades domésticas y de cuidado, en comparación con las zonas urbanas, demandan más tiempo (Díaz Valentin, 2023); por un lado, el acceso y calidad de los servicios varía según la localización del puesto, por lo tanto, deben buscar leña, calentar agua a fuego o utilizar el suministro eléctrico sólo para tareas esenciales. Por el otro, se deben contemplar las distancias cuando hay que realizar trámites o acompañar a los/as miembros del grupo familiar a efectores de salud, centros educativos e instituciones públicas, lo cual requiere mayor disponibilidad horaria y los medios

necesarios (movilidad propia, de algún vecino/a o colectivo¹⁸), considerando el deficiente mantenimiento de rutas y/o vías de acceso. Por lo tanto, se visualiza que si bien, en la distribución de los cuidados existen marcadas desigualdades en la región, éstas impactan de manera diferencial entre los ámbitos rurales y urbanos.

Figura 20

Joven y niño realizando tareas vinculadas a la esquila



Fuente: Archivo histórico Malargüe (s.f.).

Figura 21

Mujer realizando tortas fritas



Fuente: Poblete, Rolando (s.f.). Archivo histórico Malargüe.

¹⁸ Las tarifas sufrieron aumentos significativos en los últimos meses, implicando un elevado costo en tanto los valores del pasaje para noviembre de 2024 rondan desde la ciudad de Malargüe a Bardas Blancas en \$5100, a Las Loicas \$9600, El Manzano \$8150 y Agua Escondida \$17700

Continuando con la asignación de roles, se identifica que los varones suelen realizar actividades mayoritariamente en el campo abierto, esto implica pastorear, “buscar el rastro”, arrear, hacer corrales, juntar a los castrones, trabajos de herradura y arado, entre otras, implicando que gran parte de la jornada diaria se despliegue fuera del espacio físico de la vivienda, tal como lo describe Vanesa (16 años, 2024) “la actividad que hay en el campo es de mi padrastro y mi hermano, o sea, ellos ven las cabras”. Es así que, esta forma de organización implica que, en caso de trasladarse todo el grupo familiar a la veranada, primero se desplazan los varones debido a que realizan el arreo y, luego el resto de los/as miembros, manteniendo la división de tareas anteriormente detalladas. En caso de existir una división del grupo entre veranada-invernada, sólo los puesteros se encuentran en el ríal durante los meses de verano, con visitas puntuales del grupo familiar que no siempre acontece en la veranada sino en algún punto de encuentro cercano al que se pueda acceder con vehículo. El resto de los miembros se quedan en la invernada, principalmente mujeres, quienes continúan con las mismas labores, tal como le sucede a Vanesa y su mamá: “es hacer el aseo en la casa, regar los patios a veces. Y regar el pasto porque plantamos álamos. Y eso es más tranquilo (...) el más trabajo que tenemos es darle comida a los pavos, porque son chiquititos” (16 años, 2024). Por otro lado, en el caso particular de la entrevistada, sostienen que ellas deben quedarse en el puesto de invernada ante el

Figura 22

Tareas cotidianas en el puesto



Fuente: Martínez, Sergio H. (s.f.). Archivo histórico Malargüe.

incremento de robos en la zona y porque su mamá durante esos meses, le acerca la mercadería a los miembros que se encuentran en la veranda, por medio de vehículo propio hasta un punto de encuentro cercano. Esto nos invita a pensar que, las tareas de cuidado exceden al espacio doméstico, dando lugar a otro tipo de dinámicas, que, si bien no son exclusivas de las zonas rurales, adquieren otro tipo de lógicas, por ejemplo, por las distancias y la extensión territorial.

Figura 23

Rial



Fuente: Ramires, Amalia (2022). Veranada Cabeceras de Los Ángeles, distrito Río Grande.

En la época de mayor trabajo, la parición, todo el grupo familiar se aboca a esta tarea, es decir, que el trabajo en el corral lo realizan todos/as, aunque también se identifican algunas tareas específicas por género. En efecto, los varones pastorean las cabras y las mujeres usualmente se dedican a ahijar y amamantar a los chivos recién nacidos, al igual que evitan que se “asolen” (descompensación por permanecer mucho tiempo bajo los rayos solares), tal como expresa una de las jóvenes:

En las tardes ahora es esperar a que vengan (varones), que han salido al campo a cuidar a las cabras, porque están todo el día pastoreándolas. Y esperar a que venga alguno con los chivos, que están recién nacidos y ya

saber de qué cabra son, ayuntarlos (juntar), si son de a dó (dos). Y ya de ahí esperar hasta la tarde para apartar y ahijar (Vanessa, 16 años, 2024)

Pese a que en esta época toda la familia se dedica exclusivamente a este trabajo, alguna de las figuras femeninas realiza la comida y actividades básicas para la satisfacción de necesidades. Por lo que, se visualiza una sobrecarga de tareas, además del cuidado de niños y niñas, incluso en el corral. Así lo manifiesta Micaela (29 años, 2024), sobre la época de parición:

(Está) Toda la familia, si en eso no tienen definido qué es el rol digamos. Y después, bueno, si hay una mujer, alguna mujer siempre se queda en la casa, también limpiando, haciendo la comida, lavando, todo eso.

De esta manera, podemos visualizar cómo se entrecruzan y superponen las distintas actividades en los diferentes ámbitos del puesto, tal como sostiene una veterinaria de la zona rural “La señora está como conociendo todas las actividades” (Roxana, 49 años, 2024). En consonancia con lo anterior, otros aportes señalan:

Siento que la mujer está complementamente cargada porque tiene que responder a los roles de mujer, de la cocina, del cuidado, del servicio, bueno de todo eso que ya sabemos pero además, tiene que colaborar en el cuidado de los animales porque bueno hay realmente mujeres que laburan a la par (...) Siento que el hombre no se corre de sus roles (...) pero la mujer abarca un poco más allá de los roles que ya se le han puesto (Lorena, trabajadora social, 28 años, 2025)

En lo que respecta a las artesanías, que en muchos hogares implican un ingreso económico complementario (Rivarola, 2005), también es posible dar cuenta de esta división, explicitado en el enunciado de Sofía (18 años, 2024) “nunca he escuchado que teje un hombre o una mujer esté trabajando en esa artesanía de los hombres”, ya que las mujeres suelen dedicarse al tejido, elaborando productos tales como vicieras¹⁹, maletas,

¹⁹ Recipiente para disponer la yerba, el azúcar y el mate. Diseñado en forma artesanal, con tela o tejido a telar que presenta dos subdivisiones, en las que se dispone la yerba y el azúcar, utilizada por las familias puesteras en la zona rural de Malargüe. Su nombre se debe a la denominación de "vicios", para referirse a la yerba y el

ristros (mantas), mientras que los varones trabajan el cuero, para realizar por ejemplo, lazos, pellones²⁰ y botas de potro.

Figura 24

Artesanías a telar



Fuente: Poblete, Rolando (s.f.). Archivo histórico Malargüe.

Ahora bien, en algunos discursos oficiales no reconocen las dimensiones planteadas anteriormente, más bien la imagen sobre la mujer rural rige en torno a las ideas de sacrificio, lo maternal y la naturalización de determinados roles, donde las actividades se presentan desde un instinto femenino, tal como se visualiza en el siguiente fragmento:

azúcar, por parte de los/as puesteros/as. Es un elemento sumamente práctico que se coloca en la montura del caballo cuando el criancero/a realiza diversas tareas vinculadas al manejo del ganado en el campo de pastoreo.

²⁰ Cuero curtido que conserva el pelo o la lana, usado sobre las sillas de montar.

“Como toda labor realizada por el genio femenino son muchas las vetas y detalles donde ella puede desplegar su talento, y más aún cuando hablamos de la mujer de campo (...) Su cotidianeidad no es nada fácil: la aspereza del clima, la dureza del suelo y las diferentes carencias hacen que su vida no sea la más añorada, pero sin embargo hablan de la fortaleza de un espíritu que no se vence tan fácil” (Archivo Histórico Malargüe, Municipalidad de Malargüe, s.f.)

Esto nos invita a reflexionar acerca de la invisibilización del rol que desempeñan las mujeres en la subsistencia de las unidades domésticas y la asimilación del sacrificio como propios de los espacios rurales, lo cual no permite develar las estructuras de opresión y desigualdad que atraviesan tanto las comunidades puesteras, tal es el caso de la tenencia precaria de la tierra, como también las mujeres, por ejemplo en relación con rol que ocupan en la toma de decisiones sobre la producción caprina o cómo es su participación en los registros de propiedad de los bienes productivos. Por otro lado, desconoce las diferentes estrategias de permanencia que despliegan las comunidades puesteras que posibilitan la resistencia en el territorio rural.

¿Con qué valores se asocia la actividad productiva?

A partir del análisis descrito hasta el momento, podemos visualizar que existen determinados estereotipos de género vinculados a la actividad productiva, los cuales se presentan y reproducen cotidianamente en las unidades domésticas. Generalmente, en las zonas rurales prevalecen discursos que asocian estos espacios con valores “masculinos”, es decir, vinculados a la fuerza, el sacrificio, el trabajo duro, la independencia, por lo que desde las representaciones sociales serían espacios más propicios para desempeñar por los varones, así lo confirma Florencia (17 años, 2024) respecto a las labores en el campo: “creo que se les da natural (a los varones), o no sé, quizás lo que les gusta tanto es como que yo veo que se les hace fácil”. De esta manera, la división de determinadas tareas aparece justificada en el imaginario colectivo, lo cual no implica que las mujeres o varones no puedan desempeñar otras actividades o que no dispongan de conocimiento sobre ello,

sino que la asunción de roles bajo estos criterios aparece como natural, donde las mujeres se vinculan a valores como la delicadeza, fragilidad, sensibilidad e intuición, más oportunos para las actividades domésticas y de cuidado. Esto se percibe en los discursos de las entrevistadas, cuando Micaela (29 años, 2024) sostiene lo siguiente: “Yo nunca me pregunté (diferencias de tareas, roles), es como que, o lo ves natural o ni siquiera tenes tiempo para preguntarte”. Otra joven expresa:

pero date cuenta, cargar chivos no es un trabajo de mujer (...) por el trabajo lo cochino que es (...) En un hombre más o menos, porque el hombre de por sí trabaja así. Y las manos, ni te cuento, digamos si vas a juntar chivo, no podes tener uñas largas, porque te las sacas (Ana, 26 años, 2024)

Sin embargo, se presenta en la cultura local una valoración positiva sobre aquellas mujeres que realizan todo tipo de labores, es decir, que tienen conocimiento sobre la actividad productiva y “de campo”; empero, en general esto no se traduce en un reconocimiento de la sobrecarga de tareas que esto implica ni en la desigual distribución de las actividades, lo cual reafirma las miradas que presentan algunos discursos oficiales en torno al sacrificio y abnegación femenina como un deber ser. Así lo comentan las jóvenes: “igual los hombres, cuando se van a la veranada, ellos se cocinan, ellos se lavan todo (...) Pero acá como estamos nosotras, lo hacemos nosotras” (Vanessa, 16 años, 2024); “cuando no hay ninguna mujer, son muy muy muy ordenados. No les gusta el desorden. Pero estoy yo o mi mamá y ellos viva la pepa” (Florencia, 17 años, 2024).

La autora chilena Carolina Gonzalez nos invita a pensar que, pese a los cambios generacionales, aún permanece en las zonas rurales la imagen de que “el trabajo doméstico no es tan importante, argumentando que el hombre trabaja afuera, “bajo el sol castigador”, para luego realizar labores en su campo, mientras que la mujer trabaja en cosas “de menos complejidad”, más cómoda, “debajito de sombra” (2013, p. 78). Sin embargo, si se manifiestan en algunas de las jóvenes de la zona, cambios generacionales y otras miradas que reconocen y valoran el trabajo desempeñado, principalmente, por las mujeres:

Que muchos a veces te dicen pero ¿trabajar en la casa? Pero el trabajo en la casa es mucho ¿Me entiendes? (...) Cuesta mucho, a la mujer le cuesta mucho más que al hombre. Es difícil de vivir así, por esta cantidad de tareas que haces (Ana, 26 años, 2024)

La misma joven, residente en Bardas Blancas, no sólo identifica la sobrecarga de tareas, sino que también da cuenta de las diferencias con respecto a sus pares de los ámbitos urbanos; para ello apelamos a la categoría de colonialidad de género, especialmente a la visión centralista, que nos permite reflexionar sobre los grados de opresión: “Y es muy difícil una mujer vivir en el campo, muy difícil. Por las tareas que tenes que hacer, porque capaz que una persona de ciudad no trabaja y se dedica a la pura casa y nada más”.

Es importante considerar que, los estereotipos se refuerzan aún más en tanto los espacios rurales presentan un elevado índice de masculinidad²¹ comparado con los ámbitos urbanos; se identifican diversos estudios respecto a sus causas, entre las cuales se destaca que una “se relaciona con una mayor migración femenina del campo a la ciudad como consecuencia de sus menores oportunidades de trabajo en el campo en comparación a los hombres” (CEPAL, 2008; Dirven, 2016, como se cita en Guiskin, 2019, p. 16), lo cual se constata en las cifras poblacionales recopiladas por Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE, 2017) donde el índice de masculinidad para América Latina y el Caribe es de 97,6 hombres por cada 100 mujeres, con marcadas diferencias entre las áreas rurales y urbanas, en las que alcanza 95,2 y 107,4 respectivamente. Según los datos proporcionados por la Dirección de Estadísticas e Investigaciones Económicas (DEIE) de la provincia de Mendoza en base a la Encuesta de Condiciones de Vida (2020), de los hogares rurales y urbanos de la Provincia, en el departamento de Malargüe, este valor ronda en 104,1 lo cual ubica al municipio sureño entre las cifras más elevadas de la provincia²², acentuándose aún más en la zona de estudio ya que en el distrito Río Grande el índice ronda en 109,79 (Área Sanitaria Malargüe, 2024), aunque con diferencias entre rangos etarios. Por ejemplo, entre los jóvenes que comprenden de 12 a 30 años, los valores alcanzan 86,4; mientras que entre los/as adultos/as de 31 a 49 años, es de 137,2 respectivamente. Esto nos permite pensar en la elevada migración de mujeres jóvenes,

²¹ Según la Plataforma de Información para Políticas Públicas de la Universidad Nacional de Cuyo, el índice de masculinidad indica la cantidad de varones por cada 100 mujeres. Expresa la composición por sexo de una población, en términos de la relación entre la cantidad de mujeres y la cantidad de hombres. Se obtiene del cociente entre el total de hombres con respecto al total de mujeres, para cada grupo de edad, multiplicado por 100.

²² En la mayoría de los departamentos los varones se encuentran en inferioridad numérica respecto de las mujeres excepto Lavalle, Malargüe, Santa Rosa, Tupungato y San Carlos donde existe paridad entre sexos. Encuesta de Condiciones de Vida, DEIE (2020).

premisa planteada al inicio de esta investigación. Otras fuentes de datos, tales como las investigaciones de la Unidad para el Cambio Rural (UCAR) del Ministerio de Agricultura, Ganadería, Pesca de la Nación, plantean que si bien en la región de Cuyo, las localidades rurales con predominio femenino se ubican principalmente en la provincia de Mendoza, la excepción la constituyen La Paz y Malargüe (Alegre, Lizárraga y Brawerman, 2015). Por otro lado, la misma entidad refiere que en cuanto a la brecha generacional se visualiza que en Cuyo, a excepción de Malargüe, las zonas rurales agrupadas del suroeste de San Juan y norte de Mendoza registran las menores brechas entre jóvenes y no jóvenes, observándose participaciones medio-altas en el resto de la región.

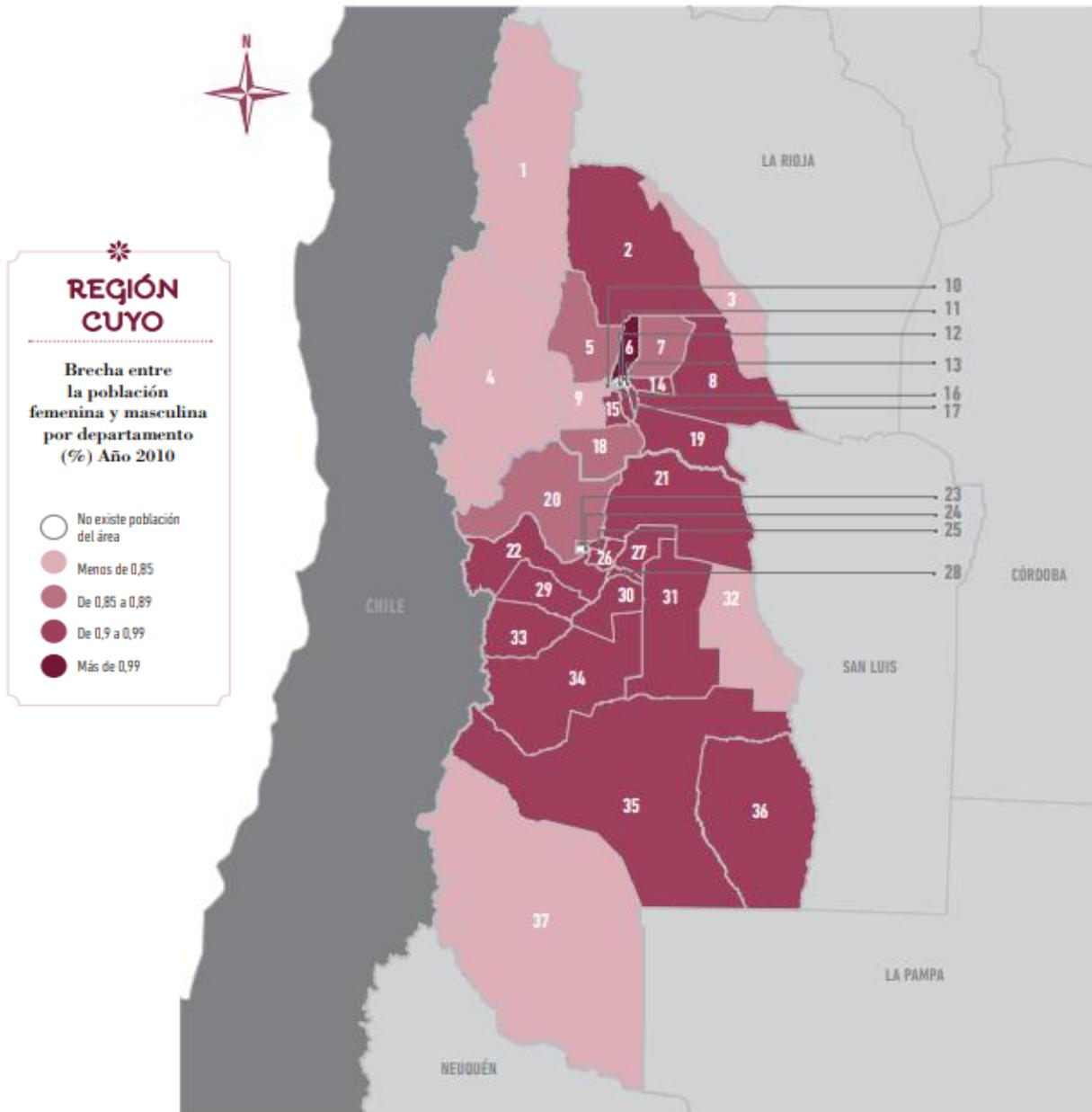
Para continuar con el análisis sobre este punto, debemos considerar cómo inciden los mandatos culturales relacionados con el género como así también la posibilidad de acceder a oportunidades laborales, educativas y personales de distinta índole, en tanto, se conjugan una diversidad de elementos que inciden sobre permanencia de los jóvenes en general y las mujeres en particular. Micaela, quien se desempeña como docente en Bardas Blancas nos invita a reflexionar sobre esto, al igual que otra adolescente residente en El Carrizalito:

...la mujer hace más actividades porque sale del campo y todo eso, pero por ahí tiene más posibilidades de, no sé, estudiar y cosas así. Porque hoy lo que más estudian son las mujeres y los varones como que tienen más asignado el quedarse en el campo (...) Es como que (para) mantener la cultura, mantener el puesto que no se pierda. Es como que está asignado que las responsabilidades del hombre es que siga estando en el puesto, siga manteniendo animales (Micaela, 29 años, 2024)

Yo creo que, como son casi todos los chicos del campo es como que les gusta mucho el campo, no les gusta el estudio. Así que es más mujeres las que estudian que los hombres, aunque ellos podrían pensar que estudiar y volver al campo (Florencia, 17 años, 2024)

Figura 25

Brecha entre la población femenina y masculina por departamento en la Región de Cuyo, en área rural dispersa. Año 2010



Cartografía: Instituto Geográfico Nacional. Año 2013. Sistema de Proyección y Marco de Coordenadas: Proyección Gauss - Krüger; POSGAR 94. Fuente: CNPHy/ 2001 y 2010.

Fuente: Alegre, Lizárraga y Brawerman (2015, p. 35). Las nuevas generaciones de mujeres rurales como promotoras de cambio. Un estudio cuanti-cualitativo de la situación de las mujeres rurales jóvenes, de sus necesidades y oportunidades en Argentina.

Ante el interrogante sobre las dificultades que atraviesan las mujeres en comparación con los varones para permanecer en el campo, se visualiza que, en la mayoría de las entrevistas, en principio, no hay un registro sobre ello, es decir, los problemas y/o facilidades serían las mismas independientemente del género, reflejándose en frases tales como “a veces trabaja la mujer o a veces trabaja el hombre. Pero es lo mismo, para mí es lo mismo” (Sabrina, 15 años, 2024); “Yo creo que no, porque qué se yo, va aprendiendo a la par, entonces como que (...) diferentes géneros (...) tienen los mismos conocimientos” (Florencia, 17 años, 2024).

Si bien en un primer momento prevalece esta mirada, cuando se continúa indagando se ve reflejado que las mujeres presentan más obstáculos que sus pares masculinos para desempeñarse en la actividad productiva donde se conjugan estereotipos, mandatos culturales y la desigual distribución de las tareas, donde en el imaginario, necesariamente, debe existir una figura masculina para llevar a cabo este modo de vida, en ocasiones esto puede asociarse simbólicamente a una figura que denota poder/autoridad bajo el rol de proveedor y productor (Gonzalez, 2013). Por otro lado, se presenta como un mandato de género realizar las actividades domésticas y de cuidado, por lo que es difícil imaginar escenarios donde las mujeres no desempeñen las mismas. Además, se desconoce la existencia de puestos donde únicamente residan mujeres, aunque sí se identifican experiencias de este tipo en los puesteros varones. De esta manera, algunos discursos como el de Sofía (18 años, 2024) y Sabrina (15 años, 2024), oriundas de El Manzano, dan cuenta de tal afirmación:

los hombres más o menos sí se pueden quedar porque buscan su manera de estar, pero en la mujer capaz que es un poco más difícil (...) le costaría más estar o tocar estar sola y no podes estar... Le costaría mucho (Sofía, 18 años, 2024)

No sé, preferiría que se quedara él, porque bueno, ponele yo sola no voy a poder atender las cabras y todo así (...) tendría que salir del campo y hacer las cosas de la casa a la vez. Así, eso me imaginaría, porque en cambio el hombre no, ese si puede andar todo el día al campo, lo anda, y no le importa la casa, nada (Sabrina, 15 años, 2024)

Sin embargo, al consultar a una de las entrevistadas, Sofía de 18 años, si ella podría permanecer en la zona rural debido a sus conocimientos y desempeño en todas las

actividades (productivas, domésticas y de cuidado), refiere que sí podría realizarlo. De esta manera, vemos que resulta difícil imaginar la labor sin la presencia de varones, incluso en aquellas mujeres que realizan tareas “típicamente masculinas”. Es aquí donde se conjuga un aspecto fundamental para pensar las estrategias de permanencia, donde el género aparece como un factor preponderante, que no debemos desconsiderar.

Juventudes intersticiales

Para retomar uno de los puntos centrales de la investigación, en tanto recorte poblacional, hemos visto que para referirnos a las juventudes rurales, necesariamente debemos pensarlas en plural y en sus contextos espacio-temporales específicos, es decir, evitar análisis simplificados que refieren a la existencia de una sola ruralidad (estática y homogénea), a su vez, sustentada en los dualismos antagónicos e irreductibles de la modernidad que oponen campo y ciudad, donde el primero se asocia con el atraso, el aburrimiento, el subdesarrollo, tranquilidad; y la segunda, con el progreso, multiplicidad de oportunidades, caos, entre otros. Se considera la obra del sociólogo Gabriel Kessler (2006), quien sostiene que:

Hay consenso en rechazar la idea de la existencia de una identidad juvenil rural totalmente distinta a la urbana. Caggiani (2002) se refiere a una identidad híbrida, a raíz de la influencia de los medios de comunicación y de una mayor interrelación urbano-rural, lo que habría modificado los patrones clásicos de socialización (p.29)

Hacer alusión al concepto de multiterritorialidad (Haesbaert, 2005; Benedetti, 2011), nos posibilita pensar cómo se construye la cotidianidad y la subjetividad de las juventudes puesteras, donde es necesario considerar distintos ámbitos que incluyen la internada, la veranada, la escuela albergue, la ciudad de Malargüe y también los espacios virtuales, que atraviesan los espacios de socialización, interacción y construcción de la identidad. Los aportes de las autoras Barés, Roa y Hirsch (2024), permiten pensar que las juventudes analizadas podrían caracterizarse como intersticiales, en tanto refieren que en las ruralidades se configuran espacios complejos atravesados por movi- lidades y fijaciones,

donde se enlazan juegos de poder, lo histórico y actual. En estas experiencias se identifican estilos culturales juveniles que “se re apropian y transforman de y desde los territorios red (rural-urbanos y virtuales)” (p.12). Es así que, se pueden apreciar intersticios que dan lugar a experiencias diversas, pero también desiguales. Esto último se complejiza, al incorporar la categoría de colonialidad de género para comprender los múltiples sistemas de opresión que atraviesan las/as sujetos. De esta manera, visualizamos que las juventudes rurales malargüinas presentan trayectorias heterogéneas o abigarradas (Soto, 2021), que varían en relación a cómo operan distintos elementos, entre los cuales se destacan la distancia del puesto respecto a los poblados y la ciudad de Malargüe, el estado de los caminos y rutas, el acceso a servicios, especialmente la conexión a internet, la tenencia precaria de la tierra, composición del grupo familiar (por ejemplo cantidad de miembros, género y edad), espacios de socialización existentes (tales como escuela, fiestas, actividades recreativas, etcétera), experiencias familiares vinculadas a los ámbitos educativos, pluriactividad, acceso a prestaciones sociales, tenencia de una vivienda en la ciudad de Malargüe, entre otras.

Entonces, podemos decir que la juventud puestera es diversa y singular, es aquella que desde los 12 -13 años lleva a cabo las actividades vinculadas a la producción ganadera, atraviesa los valles cordilleranos con el ganado para arribar a la veranada, son quienes se albergan durante 15 días consecutivos en las instituciones educativas, colaboran con la parición bajo el sol y el viento azotador de octubre, realizan artesanías, llevan a cabo las actividades domésticas. Empero, en simultáneo, ser joven también implica asistir a las festividades locales, descargar series de Netflix para visualizar en los tiempos libres en el puesto, replicar recetas de cocina de Tik Tok, participar de las jornadas deportivas en la ciudad de Malargüe, compartir fotos, videos y contenidos diversos en redes sociales, como también enunciar en estas plataformas malestares y reclamos vinculados a la zona rural, tomar mates en las tardes con amigas/os, apostar en las carreras de caballos, transitar la soledad en la veranada durante días, etcétera. Por lo tanto, la división tajante entre lo urbano y lo rural se diluye, dando lugar a puntos de conexión que integran y superponen estos territorios (Roa, Hirsch y Barés, 2023), donde en conjunto con la presencia de aspectos característicos de las juventudes (Margulis y Urresti, 2008), visualizamos que el género opera de manera diferencial según se trate de jóvenes puesteros o puesteras.

El reconocido investigador sobre juventudes en Latinoamérica, Antonio Perez Islas (2000) refiere que en la concepción sobre lo juvenil se dan procesos de disputa y

negociación entre las hétero-representaciones (elaboradas por agentes o instituciones sociales externos a los/as jóvenes) y las auto-percepciones de los/as mismos/as jóvenes, dando lugar a coincidencias, conflictos o negociaciones para delimitar quienes pertenecen o no a tales grupos.

Con respecto a la primera, se percibe en un primer momento en los discursos de profesionales entrevistados, que la juventud rural está asociada al trabajo de campo, la cultura local y valores tradicionales, por ejemplo, el código de vestimenta (bombacha de gaucho, sombrero, faja), la música y danzas (cueca, gato, corridos), conocimiento de las labores ganaderas (arrear, carnear, ahijar, buscar el rastro), pautas de comportamiento que involucran valores como el respeto a los/as adultos/as mayores, compromiso, sacrificio, esfuerzo, entre otras. Además, se apela a que transitan esta etapa de manera alegre y con libertad:

en el campo se vive muy feliz, ni por más que tengas muchos inconvenientes (...) no hay tanta maldad tampoco (...) no están tan contaminados (los/as jóvenes), no sé si de la ciudad o qué, pero no llega todavía tanta contaminación de fumar cosas raras, todas esas cosas, o sea, es muy libre la juventud en el campo (Andrea, agente sanitaria, 45 años, 2024)

Es importante subrayar que, lo juvenil es relacional (Pérez Islas, 2000), en tanto se construye a partir de la otredad y la identificación con lo no juvenil, aquí aparecen los pares semejantes (jóvenes que viven en la zona rural) como también aquellos/as residentes en las ciudades, encontrando semejanzas y diferencias, propias de cualquier colectivo social, lo cual se complejiza ante la globalización, el consumismo y la era de la digitalización. Un ejemplo de esto, se visualiza en una de las jóvenes quien refiere que le encanta vivir en la zona rural y ver series surcoreanas.

Ahora bien, es ineludible desconocer en este análisis que, en los colectivos juveniles de la zona rural, los sistemas de opresión presentan otras connotaciones con respecto a sus pares urbanos, así lo sintetiza Roxana (veterinaria, 49 años, 2024), cuando responde qué es ser joven en la zona rural:

Es un desafío para valientes, realmente, porque estamos en un momento coyuntural donde la zona rural no está contemplada en ningún plan, en ninguna política pública (..) Es lo que te decía de los caminos, de la comunicación, de la posibilidad de asociativismo, de la posibilidad, bueno,

cuestiones históricas, el acceso a la tierra. (..) O sea, es como las cuestiones históricas que los abuelos y papás no pudieron resolver, se suman cuestiones emergentes como el tema de comercialización

También, otras profesionales sostienen:

...la juventud en el campo no tiene las mismas oportunidades que un joven acá en Bardas o en Malargüe. Porque acá (Bardas Blancas) el joven tiene un montón de cosas para hacer o juntarse no sé, con otros jóvenes a compartir un mate, una charla. Y en el campo no, porque está ahí solito, aislado, si no tiene otro joven cerca lo encontras solito (Gladys, agente sanitaria oriunda de la zona, 38 años, 2024)

...la juventud como la vivimos nosotros está absolutamente desdibujada, entonces siento que se pasa como de niño a adulto, siendo una juventud que por ahí está cargada de responsabilidades y de cuestiones a resolver, de estar a cargo, de acompañar, entonces si lo tuviera que definir es una juventud entre comillas con muchas responsabilidades (...) En vez de una juventud, es una adultez forzada (Lorena, trabajadora social, 28 años, 2025)

Pese a las particularidades, es importante reconocer algunos aspectos generales que comparten las juventudes rurales en la región y que se presentan con distintos matices en las jóvenes entrevistadas:

relaciones familiares más patriarcales, centralidad de la problemática de la tierra, existencia de pluriactividad como una forma de subsistir por la insuficiencia de los ingresos provenientes del trabajo familiar, tensiones identitarias entre lo local y lo global y entre la decisión de permanecer o de migrar, mayor extensión de la pobreza, y fuertes diferencias de género y dominación sobre las mujeres (Kessler, 2005, como se cita en Chachagua, 2021, p.171.)

Asimismo, se identifican distintos proyectos de vida en relación al género, pese al sostenido éxodo de este grupo, se percibe en los relatos de profesionales y las jóvenes

que, es mayor el porcentaje de mujeres que deciden estudiar en comparación con sus pares masculinos, quienes al finalizar los estudios de nivel medio, optan por dedicarse a la actividad ganadera o abandonan el puesto en búsqueda de ofertas laborales.

Por lo tanto, para pensar la permanencia o no de las jóvenes en la zona rural, es imprescindible considerar los aspectos sobre la juventud descritos en este apartado, en la medida en que atraviesan y constituyen los cursos de vida de las sujetas.

A modo de recapitulación:

En síntesis, en este capítulo se ahondaron sobre las formas de organización del trabajo y la producción pastoril según género y edad que atraviesan los cursos de vida de las jóvenes. Para ello, primeramente, debemos considerar que, en las unidades domésticas campesinas, las esferas productivas y reproductivas no deben ser abordadas bajo los clásicos parámetros dicotómicos o binarios, ya que resultan inadecuados para este tipo de grupos (Pessolano, 2019), debido a que se entrecruzan en un mismo espacio la producción, el trabajo doméstico y las tareas de cuidado.

La forma en que se organizan las actividades en una sociedad, están atravesadas indudablemente por la socialización de género, que inicia durante las primeras etapas de desarrollo donde “los roles que se atribuyen a mujeres y hombres, más que determinados por condicionantes biológicos, son construidos a partir de la herencia cultural y sirven para ordenar de forma sistemática unas relaciones de poder” (Lojo Suárez, 2009, p. 727). En las comunidades puesteras de Malargüe, este proceso se visualiza, primero en las infancias mediante la enseñanza y asignación de actividades según el género, en la que niños y niñas colaboran en las labores del puesto, en tanto son integrados al proceso productivo de forma gradual, desde los 4 o 5 años (Bocco de Abeyá, 1988). Generalmente, los niños acompañan en las tareas a campo abierto, consideradas como “típicamente masculinas”, por ejemplo, ayudan a buscar el rastro; mientras que, las niñas realizan quehaceres domésticos, de cuidado y en el corral, por ejemplo, alimentar las gallinas. Cabe destacar que la participación de las infancias en el trabajo, se debe a motivos culturales asociados a valores y creencias (Arias, 2021) en torno a un saber-hacer específico, que contribuye a la conformación de una identidad positiva (Rausky, 2009), incorporando otro tipo de cosmovisiones que no se encuadran dentro de las perspectivas hegemónicas occidentales.

Estas modalidades de organización, derivan en las tareas que realizan jóvenes y adultos/as. A partir de los 11 - 13 años finaliza la infancia, momento en el cual los/as jóvenes

asumen con mayor responsabilidad las tareas del puesto, esta consideración se debe a que la clasificación de lo que se entiende por juventud debe ser situada, ya que se modifica en relación al contexto (Kessler, 2006), especialmente en las zonas rurales. Por otro lado, en las juventudes puesteras de Malargüe, la noción de multiterritorialidad (Haesbaert, 2005; Benedetti, 2011) nos permite comprender cómo operan las modalidades de interacción, vinculación y socialización entre los/as jóvenes y el territorio, influyendo sobre los procesos de construcción de la identidad, donde las fronteras entre lo rural y lo urbano no presentan divisiones tajantes ni estáticas, sino dinámicas y, a su vez, se incorpora en esta relación los territorios virtuales (Caggiani 2002, Kessler, 2006). Por ello, resulta pertinente la categoría propuesta por Barés, Roa y Hirsch (2024) en torno a las juventudes intersticiales, dado que las ruralidades se encuentran atravesadas por movilidades y fijaciones, en la que se enlazan una diversidad de elementos que configuran la singularidad de experiencias.

Es importante considerar que, aunque impere una división de actividades por género, esto no significa que exista un desconocimiento en su ejecución, sino que los roles son preestablecidos entre varones y mujeres, implicando que los primeros realicen generalmente las tareas a campo abierto y, las segundas, labores domésticas y de cuidado, como también actividades productivas vinculadas, principalmente, al corral. De esta manera, se visualiza una sobrecarga de trabajo en las figuras femeninas a partir de la división sexual del trabajo, es decir, se presenta una desigual repartición de las tareas. Cabe destacar que, en las labores pecuarias las actividades están mejor distribuidas, donde varones y mujeres asumen roles diferenciados y complementarios para el desarrollo de las mismas (Pessolano, Linardelli y Agüero, 2021).

Según la época del año se modifica la intensidad de las labores, debido a que en determinados momentos se requiere de la mano de obra de todo el grupo familiar, por ejemplo, en los meses de septiembre-octubre durante la parición. Si bien, se implican todos sus miembros, esto no se traduce en una mejor redistribución de los quehaceres, tal es el caso de las mujeres, quienes deben amamantar los chivos recién nacidos en el corral, cuidar a los niños/as y realizar la comida. Tomando los aportes de Pessolano, Linardelli y Agüero (2021), aluden que “los trabajos de cuidado y doméstico funcionan a la par, y usualmente en el mismo espacio que las labores productivas” (p. 56).

Sin embargo, si bien el género opera como uno de los elementos que condiciona quién hace cada actividad, en ciertos momentos y según la conformación del grupo familiar, la edad opera como determinante. Tal es el caso de algunas de las entrevistadas, quienes

realizaron tareas “típicamente masculinas”, por ejemplo, arrear, ante la ausencia de figuras masculinas que acompañen al padre o adulto varón responsable. Por otro lado, se identifican cambios generacionales, a partir de transformaciones socioculturales entre las jóvenes y sus madres y abuelas, que se traducen en el acceso efectivo a derechos, mayores oportunidades y la construcción de otros proyectos de vida.

Finalmente, se percibe que las zonas rurales están vinculadas, especialmente en los territorios dedicados a la ganadería extensiva, a valores “masculinos”, repercutiendo de manera diferencial sobre las formas de trabajo, producción y desarrollo de la vida cotidiana, como también en la permanencia en el territorio.

Capítulo III: Factores que inciden sobre las estrategias de permanencia en las mujeres jóvenes de la zona rural

Para adentrarnos en uno de los puntos de mayor interés de esta tesis, se opta por analizar de forma individual, cada de uno de los cursos de vida de las jóvenes puesteras que develan posibles estrategias de permanencia junto con los elementos que inciden sobre éstas. Esta modalidad, lejos de proponer un estudio fragmentado, busca enriquecer y complejizar las miradas acerca de las juventudes rurales, vislumbrando sus singularidades. Si bien, identificamos elementos comunes en el modo de vida y las configuraciones de las unidades domésticas bajo las categorías de género y edad, las trayectorias son diversas. Reconocer este aspecto, invita a reflexionar sobre los distintos modos de *ser puestera*, amalgamando elementos estructurales, coyunturales, socioculturales, políticos, económicos, ambientales, sanitarios, educativos, jurídicos, familiares y personales, que configuran las subjetividades rurales y, por ende, las prácticas de persistencia en el territorio malargüino.

Es pertinente retomar la categoría de estrategias de permanencia planteada al inicio de este trabajo, que, si bien se aborda como eje de esta investigación, incorpora otras perspectivas, que no responden a su clásica consideración orientada a la reproducción de las unidades domésticas. De esta manera, se analizan los cursos de vida de las jóvenes en el marco de ciertas estrategias de permanencia desplegadas por sus grupos familiares y de las que son parte, pero la categoría también es utilizada para reflexionar sobre las posibilidades, deseos, obstáculos, vivencias y tensiones que implican permanecer en el campo para ellas. Lo cual permite dilucidar dimensiones de la vida cotidiana que se vinculan a los proyectos futuros, experiencias que relativizan la relación campo-ciudad, la construcción de vínculos desde la multiterritorialidad (incluido el ámbito virtual), contradicciones y conflictos, entre otros, que atraviesan, estructuran y conforman experiencias en torno a lo que para ellas significa permanecer en el territorio, donde se entrecruzan distintos factores que inciden sobre ello. Estas consideraciones, no tan solo habilita contemplar otras dimensiones que complejizan el análisis, sino también responde a un abordaje situado del campesinado (Cáceres, 2014).

La primera parte del capítulo está dividido en seis apartados que corresponden a las entrevistas realizadas a cada joven. Se indaga de manera detallada sobre distintos

aspectos relevantes en sus trayectorias, las posibilidades de permanecer y desarrollar estrategias a tal fin, así como los factores que inciden en las mismas.

Luego, se desarrollan reflexiones generales sobre los factores que repercuten en la permanencia de las jóvenes puesteras, tanto económicos como educativos, jurídicos, sociales, familiares, culturales e identitarios. Es decir, se analizan múltiples aspectos que influyen de diversa manera en los cursos de vida de las jóvenes puesteras y en las posibilidades de persistir en el territorio rural.

Curso de vida de las jóvenes: tejiendo estrategias

Sofía - 18 años: “lo que me gustaría sería tener señal”

La cotidianidad de Sofía es particularmente diferente a la de sus pares ya que, debido a la conformación de su grupo familiar y su interés por las labores de campo, desarrolla la gran mayoría de las actividades ganaderas, que en su caso incluyen caprinos, ovinos y vacunos, además de realizar la trashumancia que le conlleva tres días de duración. Sofía “rompe las reglas” a partir de las cuales se espera que sean los varones quienes participen del arreo. Contraponiéndose a los mandatos culturales (y de género), relata lo siguiente: “cuando era más chica, yo le decía (a su papá), te quiero ayudar, te quiero ayudar a arrear así porque yo quería saber cómo era un arreo. Y ahora sí, lo hago seguido con él”.

La joven, transita su vida diaria en estos valles cordilleranos desde que tiene memoria, afirma con entusiasmo “me gusta estar en el campo”, lo cual denota un sentido identitario que en su relato se traduce en el deseo de estudiar y regresar a la zona rural. Pensar lo que implica la permanencia para ella invita, por un lado, a considerar el arraigo y los sentimientos que ese territorio, entendido como propio, le genera. Por el otro, incita a reflexionar sobre cómo su presencia se vuelve “necesaria” realizando un tipo de trabajo típicamente masculino o “de varón”, probablemente sin ser consciente de ello.

Si analizamos el lugar que ocupa la educación, no podemos desconocer los imaginarios colectivos que giran en torno a “irse a estudiar”, para la sociedad argentina en general y las jóvenes entrevistadas en particular; en tanto se asocia con la posibilidad de acceder a una mejor calidad de vida junto con posibilidades de crecimiento personal y

económico, en otras palabras, la movilidad social ascendente. La educación superior se presenta para la entrevistada como la posibilidad para acceder a otras oportunidades frente a las incertidumbres del contexto cotidiano, atravesado por una diversidad de problemáticas detalladas en el primer capítulo. En relación a esto, se retoma el enunciado realizado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) cuando establece que la educación superior podría contribuir a mejorar la calidad de vida, junto con el efectivo acceso a otros derechos humanos básicos.

Ahora bien, ¿Qué relación se presenta entre la educación y la posibilidad de permanecer en la zona rural? Sofía, tiene pensado continuar con sus estudios de nivel superior: “Primero era veterinaria lo que quería seguir estudiando. Pero no, después me arrepentí, porque es muy lejos que hay que irse (...) como que me da miedito”. Frente a este contexto, ha decidido estudiar la Tecnicatura de Seguridad e Higiene, en el Instituto Superior de Formación Docente (IES), sede Malargüe. A diferencia de otros/as jóvenes de la zona rural, su familia cuenta con una vivienda en la zona urbana, lo cual podría facilitar el acceso y continuidad de su formación profesional ya que podría residir allí durante el cursado. Este punto es fundamental, debido a que la barrera económica, que incluye el alquiler o residencia, es uno de los obstáculos que impide que los/as jóvenes se trasladen a otro sitio para estudiar. Entre los motivos que influyen sobre su elección, se mencionan las dificultades que atraviesan las comunidades puesteras:

“quedarse mucho en el campo no, tampoco es muy bueno porque, o sea, te da, pero no tanto como empezar a estudiar algo o ser algo (...) no da para estar en el campo, porque por ahí uno quiere sacar algo al chivo que es lo más que se vende y que te pagan poco”

Por otro lado, pese que a que no cuenta con vínculos cercanos de la zona rural que hayan transitado la educación superior, se visualiza motivación e incentivo por parte de sus padres, quienes en la época de mayor trabajo (parición en el mes de octubre), priorizan la asistencia a la escuela de sus hijas y, en ocasiones, solamente concurre la hermana de Sofía. Es frecuente que, en este momento del año, algunos/as jóvenes falten a la escuela debido a la mano de obra requerida por el grupo familiar, especialmente de los varones, lo cual para las instituciones educativas se presenta como un conflicto. Esto, nos invita a pensar sobre algunas inconsistencias del sistema educativo que se traducen como

inadecuadas frente a la realidad local, implicando una vulneración a la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Campesinos y de Otras Personas que Trabajan en las Zonas Rurales (UNDROP), en tanto refiere que “Todos los hijos de campesinos y de otras personas que trabajan en las zonas rurales tienen derecho a una educación acorde con su cultura” (Organización de las Naciones Unidas, 2018, p. 18).

Visualizamos que, se presentan tensiones entre el deseo de Sofía de continuar viviendo en el campo y las condiciones concretas de existencia, particularmente las características precarias de comercialización. Frente a ello, la joven concibe a la formación profesional como una posibilidad para acceder a una mejor calidad de vida y, quizás, regresar a sus pagos a futuro.

Para continuar con el análisis, nos parece pertinente retomar lo que plantea Eugenia Comerci (2012) sobre las prácticas de movilidad desplegadas por las unidades domésticas, asociadas con la búsqueda de recursos, trabajo y servicios sociales, tales como la educación y salud. Este tipo de prácticas, ocasionalmente, conlleva la existencia de una “doble residencia” de las familias puesteras, en el puesto y en la ciudad de Malargüe, la cual se identifica en el grupo familiar de Sofía. Sus padres adquirieron una vivienda en la zona urbana, utilizada cuando deben realizar trámites, acceder a determinados bienes y servicios y/o por motivos personales/familiares. Contar con el espacio residencial, no solo facilita la estadía del grupo familiar, sino que, además, será utilizado por Sofía a futuro, quién residirá en la ciudad de Malargüe durante el cursado de la carrera de nivel superior y, podrá regresar al puesto en momentos puntuales del año. Este tipo de dinámicas, desplegada por algunas familias puesteras, también posibilita acceder a puestos laborales con ingresos fijos (diversificación de los ingresos) sin que ello implique abandonar la producción. Esto se condice con las investigaciones realizadas por Daniel Cáceres (2024) quien destaca la flexibilidad que presentan las comunidades campesinas para desarrollar distintas estrategias orientadas a adaptarse a los cambiantes contextos. Estas actividades “van más allá de lo que debería ser “su tarea” (i.e., la producción agropecuaria), o su “ámbito de acción” (i.e., lo rural)” (p. 4).

Por otro lado, la joven de 18 años, actualmente realiza tareas de cuidado que son remuneradas por los/as vecinos de la zona, aunque ella sostiene que son desarrolladas bajo el concepto de solidaridad, quizás se conjugan estereotipos de género sobre la mujer

y su deber ser por su “instinto maternal, bondadoso y desinteresado”: “me gusta ayudar a la gente. Y voy y le ayudo y me dicen, tome, no sé, \$6.000, \$5.000, lo que viene. Yo no voy por cobrar tampoco, voy porque me gusta ayudar a la gente nomas”. Si bien, el despliegue de estas tareas presenta como primer motivo “la ayuda desinteresada” donde se ponen en juego mandatos de género, le permite a Sofía obtener ingresos para solventar sus gastos personales.

Para continuar con el análisis, cabe preguntarse ¿Qué significa que “no se puede vivir solo del campo”? ¿Cómo impacta en la subjetividad, identidad y el vínculo con el territorio? ¿Hay posibilidades de elegir o la “mejor” alternativa es abandonar el campo? Con angustia Sofía afirma “lo más complicado es que por ahí los puesteros no nos tienen mucho en cuenta dijera”, es así que la omisión o las escasas políticas públicas destinadas al sector se transforman en un éxodo de la población rural. Así lo sintetiza una de las agentes sanitarias:

...la juventud no se queda en el campo porque no tiene ayuda, ¿me entendes? No hay una ayuda de, no sé, ponele el gobierno, de la municipalidad, algo que los incentive a quedarse, entonces buscan otra cosa, porque con el daño, con el daño del puma, de todo eso, no les dan ganas de seguir trabajando (Gladys, 38 años, 2024)

Ahora bien, indagar sobre su deseo de permanecer en la zona rural requiere analizar las visiones que se tienen acerca del territorio. Sofía afirma entre risas que le gustan los animales, de allí su interés inicial por estudiar veterinaria y que, en sus tiempos libres disfruta cuidar y jugar con los caballos, los cuales no son utilizados para deportes ecuestres ni actividades hípicas, sino para el uso cotidiano de la unidad doméstica. Sin embargo, esto no se traduce en una romantización del modo de vida puestero ni de las desigualdades que atraviesan; en el orden del deseo Sofía afirma risueña “lo que me gustaría sería tener señal”. Si bien, a cinco minutos del puesto tienen conexión, refiere la incomodidad de tener que trasladarse de la vivienda, considerando las condiciones climáticas, especialmente el infaltable viento y las heladas, características del distrito Río Grande. Esto resulta un punto importante, no tan sólo porque el acceso a internet es un derecho (ONU, 2011), sino que la identidad de las juventudes se construye en territorios virtuales que posibilitan la interacción, intercambio y la socialización con otras/os jóvenes, adquiriendo otra relevancia

en este momento de su vida. Ante la era de la digitalización, cabe pensar que “todos nos movemos en un entorno tecnocultural, pero participamos de él de manera desigual” (Cabello, 2011, como se cita en Chachagua, 2021, p. 167).

Las experiencias de intercambio con otros/as jóvenes, son más limitadas en los espacios rurales en tanto se circunscriben a las instituciones educativas, festividades, celebraciones, jineteadas y la cercanía a otros puestos, y están condicionadas por la disponibilidad de medios de transporte y el estado de los caminos. Respecto a este punto, Sofía refiere que disfruta de las actividades que realiza como reina del paraje en tanto es: “Una nueva experiencia porque voy a empezar a conocer más cosas, empezar a hacer algunas cosas que nunca había hecho (...) empezar a hacer más amistad con más chicas (...) o conocer algún otro lugar por ahí”. Cabe reflexionar cómo este tipo de experiencias atravesadas por estereotipos de belleza y la violencia simbólica, a su vez, habilita acceder a otro tipo de espacios desconocidos para Sofía que impactan positivamente en su subjetividad, en tanto implica afianzar lazos sociales, intercambiar experiencias con otras jóvenes y reforzar el sentido de pertenencia por su lugar de origen, mediante actividades concretas en la zona, por ejemplo, colecta de juguetes. De esta manera, se presenta una ambivalencia entre las representaciones sociales que giran en torno a este tipo de concursos y los lugares que posibilita, según Sasbón (2023) “son espacios formadores de identidades locales, colectivas y de género y donde circulan otros procesos y sentidos en las participantes” (p. 81-82). Se resalta este aspecto, al considerar la importancia que tienen los espacios de socialización para las juventudes, debido a que en algunas ocasiones también actúan como un factor que incide al momento de permanecer en el campo. Esto último se sustenta en las investigaciones de Ruiz Peyré (2019), quien señala que la juventud en los ámbitos rurales “no sólo comparte las mismas dificultades que sus pares urbanos (...) sino que, al mismo tiempo, no cuentan con oportunidades consideradas ‘propias de la juventud’, como las posibilidades de socialización, de recreación y de esparcimiento disponibles en las ciudades” (p. 11).

Vanesa - 16 años: “estudiar, trabajar y con lo que uno gana así trabajando, hacer algo ahí en el puesto”

El curso de vida de Vanesa, nos invita a reflexionar sobre la identidad y el contexto relacional en la que ésta se construye socialmente (Cuché, 1999), en tanto la misma es multidimensional, los sujetos transitan diversas pertenencias sociales que dan como resultado una identidad única (sincrética), lo cual no implica que se pierda su unidad, sino que caracteriza por ser dinámica, compleja y flexible. Esta categoría posibilita comprender procesos como el de la joven, quien transitó su infancia en la ciudad y, en la adolescencia se trasladó a la zona rural, considerándose puestera junto con un fuerte sentido de pertenencia, que se ve reflejado en su discurso donde manifiesta su deseo por residir en el campo: “uno está más relajado así en el campo, es un descanso así (...) Es estar tranquilo acá porque yo miro en el verano y en el verano es la época que más me gusta porque estamos ahí y es paz”. Asimismo, esta multidimensionalidad se ve reflejada en la adscripción a la Organización Identidad Territorial Malalweche. Este punto es importante en la medida en que atraviesa los procesos de construcción de estrategias de permanencia de su grupo familiar, que serán desplegadas en este apartado. A diferencia de otras jóvenes, los procesos de construcción de la subjetividad se transitaron de otra manera, lo cual no impide reconocer aspectos identitarios vinculados al territorio y al modo de vida puestero.

Para iniciar el análisis, se destaca que un punto nodal del proyecto de vida de Vanesa gira en torno a la educación superior en la ciudad de Malargüe. Frente al interrogante de regresar a la zona rural, alude lo siguiente: “Sí, o estudiar, trabajar y con lo que uno gana así trabajando, hacer algo ahí en el puesto”. Su deseo inicial, al igual que Sofía, estaba orientado a estudiar veterinaria, por razones económicas y las distancias, prefirió optar por la carrera de Enfermería. Sin embargo, no desconoce las limitaciones que presenta, por lo que para solventar los gastos de alquiler refiere que su alternativa es conseguir un trabajo. En el caso de que no se abran las inscripciones para la Licenciatura en Enfermería, sede Malargüe, su opción es estudiar Seguridad e Higiene, para luego contar con ingresos laborales que le posibiliten solventar los gastos que implica dicha licenciatura en otro lugar. De esta manera, identificamos siguiendo a Linne (2018), que “el nivel socioeconómico opera como condicionante fundamental en las trayectorias universitarias” (Linne, p. 130, como se cita en Peralta, Saba, Meschini y Dahul, 2021, p. 354).

Es muy claro su deseo y su proyecto a futuro para regresar al campo, enfocado en realizar un emprendimiento turístico: “hace un montón que viene esa idea con mi mamá. Es poner un negocio, un corralón así que donde vendamos lo que es bebida, maíz, todo eso.

Y algo así, como un tipo camping o algo”. Nuevamente, se identifica que la diversificación de los ingresos o la pluriactividad aparece como una estrategia para Vanesa que le permitiría vivir en el campo. Debido a que las ganancias obtenidas por la venta del ganado son insuficientes; constituyendo uno de los motivos por los que el grupo familiar de Vanesa no puede iniciar actualmente el proyecto planteado anteriormente. A su vez, la idea del corralón surge ante la identificación del limitado horario de atención de los comercios en la localidad de Bardas Blancas, repercutiendo negativamente en la demanda de los turistas. Actualmente, para compensar los ingresos inestables e insuficientes de la actividad caprina, el padrastro de Vanesa realiza elementos de talabartería, que le posibilitan al grupo familiar contar con otra entrada económica durante el resto del año. Por otro lado, los miembros de la unidad doméstica acceden a prestaciones sociales, las cuales resultan significativas ya que son un ingreso fijo con el que cuentan los grupos familiares, entre estas se destacan la Asignación Universal Por Hijo (AUH), la cual ha impactado en la reducción de la pobreza, indigencia e indicadores de desigualdad social, ampliando el universo de las elecciones individuales de consumo (Aguiló, Lobos, Neri y Rubio, 2013); y la Beca Progresar, que en palabras de la entrevistada:

me puedo ir comprando más cosas, o sea, la ayudo un poco, la alivio un poco a mi mamá, porque con el Progresar mi mamá ahí no me tiene que comprar lo que sea ropa, zapatillas, o sea, con eso por lo menos puedo ir pagando en cuotas

Las autoras Alegre, Lizárraga y Brawerman en su estudio denominado “Las nuevas generaciones de mujeres rurales como promotoras de cambio. Un estudio cuanti-cualitativo de la situación de las mujeres rurales jóvenes, de sus necesidades y oportunidades en Argentina” (2015), sostienen que la AUH constituye una entrada significativa “para gastos cotidianos, sobre todo aquellos que tienen que ver con mejorar la calidad de vida de los niños –alimentación y educación–, invertir en la casa y reducir la carga de trabajo doméstico de las mujeres” (p. 144)

Siguiendo con el análisis, la joven refiere que, durante su niñez, debido al estado de salud de su abuelo, su familia se trasladaba frecuentemente al puesto para acompañarlo. En ese momento su padrastro se dedicaba a la construcción, ante los gastos que implicaba viajar (combustible y alimentos), los ingresos insuficientes y la necesidad de desplegar tareas de cuidado constantemente, el grupo familiar decidió mudarse a la zona rural porque

económicamente era más rentable. Esta trayectoria, nos invita a (re)considerar otras dinámicas, frente a condiciones estructurales que expulsan a la población hacia las ciudades en busca de mejores oportunidades laborales y de vida, el grupo familiar optó por desarrollar su vida cotidiana en la zona rural, presentándose “más rentable” económicamente. Sin embargo, se debe considerar que esta elección también presenta motivos relacionados a las tareas de cuidado, generalmente desarrolladas por mujeres.

Además de los elementos mencionados, el sentido de pertenencia e identificación de aspectos positivos de la zona rural que se asocian con el disfrute, también influyen sobre la decisión de proyectar su futuro en la zona, lo cual no implica desconocer las desigualdades y problemáticas que atraviesan cotidianamente a las familias puesteras. En el caso de la familia de Vanesa, éstas incluyen el régimen de tenencia precaria de la tierra, el cual constituye una de las situaciones más conflictivas que afecta a la actividad productiva en la zona (Mamaní, 2013; Cepparo, 2014), donde entran en escena distintos actores y lógicas de poder, destacando el rol clave que presenta el estado. Las investigaciones de Oscar Soto (2024) refieren que:

siempre fue precario el acceso al territorio, pero el tránsito de desposesión que ha caracterizado la llegada del neoliberalismo en el campo malargüino -dado especialmente por la reorientación productiva a pedido del capital (negocio inmobiliario, minería, petróleo, entre otras actividades en notable ascenso)-, ha direccionado las formas de articulación familiar en gran parte del territorio rural (p.179)

Los relatos de las entrevistadas y de distintos/as profesionales coinciden con las investigaciones recabadas por la academia, junto con su incidencia en las estrategias de permanencia de las familias puesteras:

Yo ahora le digo a mis hijos que trabajen, que estudien, porque... O sea, para mí el campo, hoy en día, si bien la gente lo tiene que saber trabajar, pero a la vez no somos dueños de las tierras. Entonces siempre trabajamos para otro en el campo, porque tenemos que hacer un contrato para poder vivir en ese campo. Entonces yo siempre por eso les digo a mis niños, o sea, nunca van a ser dueños de las tierras, nunca van a ser dueños de

ustedes, de lo que tienen, siempre están trabajando para alguien más (Andrea, 45 años, agente sanitaria, 2024)

Fragmentos de este tipo revelan desigualdades cotidianas, pese a las normativas vigentes que amparan el acceso al derecho a la tierra junto con las garantías correspondientes, tales como la Ley Provincial 6086 de Arraigo de Puesteros o la Ley Nacional N° 26.160 de emergencia de territorios comunitarios de Comunidades indígenas que suspende las Acciones de Desalojo, aunque esta última fue derogada recientemente por el gobierno nacional (CELS, 2024). Es decir, los derechos reconocidos legalmente, no se traducen en actos que beneficien a las/os puesteras/os malargüinas/os. Esto se visualiza, por ejemplo, en la cesión de 12.351,66 hectáreas del Campo Potrereros de Cordillera en el departamento sureño, a la empresa El Azufre S.A (Soto, 2024), sitio que cuenta con un ambiente periglacial, a la vez que, es utilizado por las comunidades puesteras para veranar. Situación similar, acontece con la aprobación de 34 proyectos mineros bajo el proyecto Malargüe Distrito Minero Occidental (Lana, 2024). En síntesis, la explotación de los bienes comunes y del territorio es fundamental en esta etapa de acumulación de capital.

Retomando la reciente investigación doctoral de Soto (2024), denominada Modo de vida puestero, estatalidad y subjetivación política a comienzos del siglo XXI: ¿ocaso o permanencia campesina en Malargüe? (Mendoza-Argentina, 2000-2024), se alude que “las inconsistencias de un sistema que pone en un lugar de fragilidad a su población no obturan su permanencia” (p.156), que, para el caso de la familia de Vanesa, se traduce en una resistencia permanente mediante la organización colectiva. En palabras de Comerci (2012), implican estrategias de organización territorial-comunitaria y de resistencia; es decir, la participación en la Organización Identidad Territorial Malalweche, refiere a un proceso de subjetivación política, indígena y fuertemente identitaria que promueve la organización comunitaria y la defensa del territorio, este último inherente al modo de vida puestero:

Nosotros hemos iniciado un juicio por desalojo de Rostagno, o sea, él nos quiere sacar del campo (...) Mi abuelo les daba chivos antes y después no les siguió dando porque es como que no nos daba ningún beneficio. Él venía, cargaba, pero cuando nosotros teníamos algún problema en el puesto, no ayudaba él (...) todo lo que hay en el puesto, lo hizo mi abuelo. O sea, no tuvimos ninguna ayuda de él. Y nosotros por eso peleamos,

porque él venía a reclamar por algo que nunca ayudó a hacer nada, nos parece injusto.

Finalmente, respecto a los espacios de recreación, la joven manifiesta que le gustaría entrenar vóley, actividad que realiza durante el período escolar, ya que la localidad de Bardas Blancas no cuenta con actividades deportivas semanales. Por otro lado, destaca que lo que más le gusta de esta etapa es compartir con amigos, se percibe que aquellos aspectos vinculados a la socialización no presentan tensiones ni dificultades para Vanesa, por lo que no se podría identificar como un obstáculo vinculado a las posibilidades de seguir viviendo en el campo. Lo mismo acontece con la comunicación digital, si bien no presentan conectividad en el puesto, Vanesa afirma que se contacta constantemente con sus vínculos, descarga películas y mira vídeos de cocina en Tik Tok, dando lugar a la denominada juventud intersticial (Roa, Hirsch y Barés, 2023).

Florencia - 17 años: “no hay nada como estar en el puesto, es muy lindo”

“Me encanta estar en el puesto” afirma con una sonrisa, por la tranquilidad y las sensaciones que le genera donde no debe correr a contrarreloj como en las grandes ciudades. A la joven le gustaría estudiar una carrera de nivel superior y luego, regresar a la zona rural, característica que se repite en las entrevistadas. A simple vista, Florencia no cumple con los estereotipos de lo que “debería ser una mujer de la zona rural”, caracterizándose por utilizar un peinado, maquillaje y vestimenta que se asemejan más a ciertos grupos que residen en las ciudades, específicamente aquellos que consumen la cultura surcoreana, lo cual denota los intersticios a los que nos referimos previamente.

A diferencia de sus hermanos varones, quienes abandonaron la secundaria para dedicarse al trabajo de campo, ella transita cuarto año de la secundaria y su hermana el nivel superior. Contar con esta experiencia cercana y que su hermana mayor resida en Malargüe, le permitió conocer qué cambios implica mudarse, a la vez que, allana el camino para continuar sus estudios. Según refiere, le gustaría inscribirse en la Tecnicatura de Seguridad e Higiene, conseguir trabajo y con esos ingresos solventar los gastos de la carrera de Gastronomía, la cual se encuentra únicamente en institutos privados. Se visualiza así, una estrategia similar a la de Vanesa, donde los gastos económicos generan

una barrera para decidir si continuar o no la formación profesional. Florencia afirma que su hermana mayor no pudo concretar ese deseo por problemas económicos: “ella quería estudiar, pero como no había nadie, le tocó trabajar desde muy chica y pagar sus alquileres, sus cosas, y como que no pudo estudiar”. Este hecho, se identifica con frecuencia en las juventudes en general y, de la zona rural en particular, dando cuenta de las desigualdades que atraviesan. Su anhelo por estudiar, se encuentra atravesado por miedos propios de cualquier experiencia nueva, que en su caso se reflejan en la incapacidad de concretar a futuro los estudios de nivel superior por el contenido y exigencia que implica, como también las dificultades que presenta para construir nuevos vínculos, es decir, relacionarse con otros pares: “me cuesta mucho hacer amistad y por ahí me preocupa un poquito eso”.

Su deseo por regresar, una vez finalizada la formación superior, es latente. Destaca que la zona rural le aporta otro tipo de conocimientos relacionado a la cultura, a la fauna, a la posibilidad de sobrevivir y adaptarse. En su relato Florencia reconoce así saberes que en ocasiones no son “validados” por la academia o los ámbitos científicos, lo cual posibilita reflexionar sobre el diálogo intracultural (Freire, 1970): “el día de mañana si quiere estudiar algo de agronomía, por ejemplo, es como que lleva un conocimiento extra. O sea, de aprender uno en su casa sin que un profesor se lo diga o sin una teoría”. Reconocer esto implica también un acto de resistencia y de revalorización del conocimiento local. Comerci (2017) sostiene al respecto que “el habla popular, el conocimiento del lugar y sus recursos naturales, así como la apropiación del espacio, han tendido una doble expresión (material-simbólica) en los puestos y formando parte de las prácticas territoriales que contribuyen a la reproducción social” (p. 147).

Por otro lado, se identifican en el grupo familiar acciones de permanencia ante problemáticas estructurales que atentan contra el modo de vida puestero, que se traduce en la organización comunitaria junto con reclamos sostenidos en el tiempo en los que ha participado la familia de Florencia, tales como la elevación de notas a las autoridades para que se garantice el acceso al servicio eléctrico, lo cual según la joven, repercute en la posibilidad de conservar alimentos, tal es el caso de la carne. De esta manera podemos reflexionar, en palabras de Cáceres (2014), que la persistencia no es una cuestión estrictamente individual.

En otro orden de ideas, se perciben en el grupo familiar marcados roles de género, que se acentúan cuando nacen los hermanos de Florencia, ya que previamente su hermana mayor y su mamá se trasladaban a la veranada. Este hecho se modifica con la presencia

de más figuras masculinas en la unidad doméstica, por lo que la joven y su hermana de 22 años, nunca acompañaron el arreo hasta la veranada, es decir, no realizan la trashumancia como tal. Su traslado a la veranda ha sido únicamente vía vehículo y de forma temporal, por motivos asociados a la educación: “Y siempre le dije (a su papá), desde que era chica si me gustaba mucho (el arreo y la veranada), le decía a mi papá que me hiciera una montura, que quería salir con él. Y bueno, nunca salió, entonces yo fui creciendo y nunca salí con ellos”. Por otro lado, las actividades domésticas son realizadas en su gran mayoría por las mujeres, en ocasiones, únicamente por Florencia cuando su madre se traslada al poblado de Bardas Blancas para cuidar a su abuela. Estas diferencias de género, también se visualizan en las distintas trayectorias educativas, ya que las mujeres finalizaron el nivel medio con la posibilidad de transitar la formación superior, mientras que, los varones abandonaron en primer año de la secundaria, dedicándose casi exclusivamente a la actividad caprina.

La joven, afirma que lo más difícil de vivir en el campo es “mantenerse, porque es como que no tiene un ingreso de plata todos los meses y es como saber administrarse con lo que vendió”. Situación que comparten la mayoría de las familias puesteras del departamento, ante las dificultades que se presentan en el circuito de comercialización. Actualmente, el grupo familiar despliega algunas estrategias orientadas a la pluriactividad, entre las cuales se incluye la labor de peón de su hermano mayor, venta de artesanías de cuero y tienen contemplado un proyecto a futuro orientado al turismo, específicamente un emprendimiento que incluye cabalgatas. En este deseo, se incorpora Florencia, a quien le gustaría aplicar los conocimientos que adquiriera de la carrera de Gastronomía, en tanto disfruta mucho de esa labor, por ejemplo, relata que en sus redes sociales busca recetas que replica en su casa. También, enuncia que su hermana, estudiante de la Licenciatura en Turismo, desea regresar, por lo que ambas pueden construir un proyecto turístico en conjunto. Asimismo, otro ingreso fijo con el que cuenta son las prestaciones sociales, donde la Asignación Universal por Hijo (AUH) y la Beca Progresar le posibilitan adquirir vestimenta e insumos escolares.

Manifiesta que lo que más le gusta de su juventud, son las escasas responsabilidades, las cuales asocia al trabajo y estudio, por lo que aprovecha su tiempo para realizar actividades de ocio, por ejemplo, mirar series con su mamá. Esto es posible porque en el puesto cuentan con señal 4G permanente. Por lo que, para ella, no se presenta como una problemática el acceso a este tipo de servicio, en comparación con otras jóvenes.

De esta manera, visualizamos que “la digitalización del mundo y la globalización de las comunicaciones y los mensajes han generado una sensación de proximidad témporo-espacial que lleva el patio de la casa hasta el lugar más recóndito y al futuro como una forma del presente” (Balardini, 2008, como se cita en Alegre, Lizárraga y Brawerman, 2015, p. 220).

En síntesis, se identifican en la joven prácticas asociadas a valorar y mantener a futuro el modo de vida puestero, mediante proyectos asociados a la diversificación de los ingresos que incluyen la formación profesional y un emprendimiento turístico, junto con el reconocimiento de los saberes locales para desenvolverse en su cotidianidad, es decir, reivindica un saber-hacer específico.

Sabrina - 15 años: “me gustaría también así vivir en un pueblito como ser no sé acá en Bardas, el Alambrado, el Manzano, así”

“No me gusta la escuela” afirma Sabrina, en reiteradas ocasiones. Estudiar no es una prioridad y le resulta difícil pensar que algún día finalizará la secundaria porque le aburre, hay mucho bullicio y se considera incapaz: “soy muy re burra y pocaso entiendo”. En comparación con el resto de las entrevistadas, la educación no se presenta como la principal vía para acceder a otras oportunidades de vida, es decir, no coloca demasiadas expectativas ni imagina proyectos vinculados a ésta, por lo menos expresados durante la entrevista. Refiere que le gustaría abandonar, aunque sus redes cercanas, docentes y compañeros/as le insisten sobre la importancia de continuar, presentándose difusamente la idea de estudiar para ser preceptora de escuelas albergues. Se perciben ciertas tensiones en relación a la mirada que tienen sobre la educación sus vínculos familiares directos, por un lado, la joven sostiene que reconocen la obligatoriedad e importancia de la formación educativa y, por otro, en ocasiones, retiran a Sabrina del establecimiento antes de finalizar el período escolar (quincena) a fin de asistir a algún evento/fiesta y, a veces se ausenta para colaborar con la actividad caprina. El curso de vida de la joven, nos invita a pensar acerca del sujeto inesperado que propone Alfredo Carballada (2002), que no coincide con los mandatos fundacionales de las instituciones (en este caso educativas), generando incertidumbre y desconcierto, ya que si bien en las entrevistas a otras jóvenes emerge la expresión “no me gusta asistir escuela”, sí se identifica un fuerte deseo por finalizar la educación media e iniciar el nivel superior.

Por otro lado, manifiesta Sabrina que sus redes más cercanas que transitaron la educación superior, han tenido experiencias vinculadas al abandono, donde se resalta como insuficiente o “de baja calidad” la formación que brinda la escuela secundaria rural, lo que podría incidir en la construcción de su imaginario. Situación que, puede vincularse con algunas problemáticas que presentan las escuelas rurales en torno a la calidad educativa en comparación con los establecimientos urbanos (UNICEF-FLACSO, 2020).

La conformación de su grupo familiar y su curso de vida, presenta particularidades que deben ser consideradas. En general, hay una marcada división en las actividades mediante estereotipos de género que se (re)producen culturalmente, generando su naturalización: “es que en todas las casas pasa lo mismo. Yo siempre he visto siempre eso (división sexual del trabajo), es porque se atienden a uno, porque cuando están solos (tíos) yo los he visto que las hacen (cocinar, planchar, lavar)”. Es así que, para la joven resulta difícil imaginar otros escenarios donde ella no deba realizar las tareas domésticas y de cuidado, lo cual no está exento de tensiones en tanto preferiría tener más tranquilidad y no seguir órdenes. La necesidad de contar con más espacios de socialización se presenta como una tensión para Sabrina, ya que refiere que lo que más disfruta de esta etapa son las fiestas y conversar, por lo que la soledad de la veranada no la entusiasma. También le gustaría tener acceso a internet, y a redes sociales, aspecto positivo que valora de ir a la escuela porque en el puesto no tiene señal. Si bien, denota que le gusta la zona rural, también sostiene que se aburre y no es agradable el trabajo en el corral, especialmente en la primavera.

Reflexionar sobre esta situación nos invita a pensar que no todas las jóvenes desean quedarse, irse y/o regresar a futuro ni presentan ideas tan claras al respecto, en tanto no se identifican o manifiestan con claridad en su discurso proyectos a futuro como tampoco la convicción por residir en el campo o buscar otro proyecto de vida en la ciudad. Más bien, Sabrina refleja que hoy sus posibilidades o proyectos de vida están vinculados a las dinámicas de su grupo familiar, debido a que en diversas ocasiones refiere a tensiones que podrían influir en su decisión, por ejemplo, discusiones o conflictos con sus abuelos. Sin embargo, alude que le gustaría vivir en algún poblado como Bardas Blancas o El Manzano, identificando como aspectos positivos de la zona rural, la tranquilidad, la seguridad, un costo de vida no tan elevado con respecto a las ciudades y la capacidad de adaptación:

“...en Malargüe todos los días tiene que estar gastando y todo. Y cualquier cosita, agua, ya si no tiene, la tenes que comprar y acá en el campo no, o sea, se la arregla. Si no tiene agua, aguanta hasta que llegue, y así”

Al igual que otra de las entrevistadas, identifica como una de las problemáticas principales la tenencia precaria de la tierra, los desalojos y la legítima posesión de las comunidades puesteras: “En algunos campos ha pasado que aparecen dueños y le destrozan todo”. Pese a que su grupo familiar no ha transitado este tipo de experiencias, reconoce la gravedad de la misma y cómo afectan a las unidades domésticas.

En cuanto a los ingresos, se visualizan distintas fuentes que provienen de la venta de sus cabras (modalidad muy difundida en los puestos donde cada uno/a de los/as miembros del hogar tienen animales propios), la Asignación Universal por Hijo, dinero que le brinda su papá y la venta de artesanías a telar, especialmente vicieras que realiza durante el verano. A diferencia de las otras jóvenes, la creación de un emprendimiento turístico no aparece como un proyecto a futuro para Sabrina, pese a tener vínculos cercanos que despliegan este tipo de actividades, en tanto no es de su interés.

El curso de vida de Sabrina, nos invita a reflexionar acerca de los conflictos presentes en su cotidianidad que no necesariamente se vinculan con la idea de permanecer en el territorio, atendiendo a la diversidad de experiencias, donde se incluye la conformación y dinámicas del grupo familiar, la trayectoria educativa, espacios de socialización, perspectivas de la zona rural, entre otros. A diferencia de las demás entrevistadas, ella relata algunas tensiones constantes que atraviesa, por ejemplo, la asistencia a la escuela o conflictos familiares, que resuelve transitando espacios de socialización, mediante visitas a familiares/amigos en el pueblo y en la ciudad de Malargüe, o con ciertas actividades que disfruta, tales como salir al campo sola, cuidar a los caballos y manejar. La manifestación explícita de los conflictos, no significa que las otras jóvenes no atravesasen situaciones similares o de ese tipo, sino que no fueron expuestas de la misma manera.

Ana - 26 años: “Fui muy chica independiente, no me veo dependiendo de otra persona”

Al entrevistar a Ana, surge la pregunta ¿Qué es ser puestera/o? ¿Hay una sola forma de transitar este modo de vida? Mientras ceba unos mates dulces, característicos de la zona rural, sostiene “mis papás nunca han tenido puesto. Hemos trabajado siempre en

algo independiente, digamos”, con esta afirmación hace alusión a que su mamá se dedica al comercio y su padre, arrienda campos para el engorde de vacunos, tarea que realiza con su hermana menor. A su vez, él es comisionista, es decir, compra caprinos y los vende a comerciantes extra-regionales, específicamente cordobeses, modalidad que fue incorporada al cesar su actividad laboral para una empresa.

Este estilo de vida, implicó la residencia del grupo familiar en el poblado de Bardas Blancas, por lo que Ana, a diferencia de sus compañeras, no transitó el albergue escolar, dado que podía regresar a su hogar todos los días. Pese a las diferencias, no es ajena a la labor de la actividad ganadera ya que acompaña a su familia en distintas actividades, aunque no se dedican exclusivamente a la cría de caprinos. Por lo que, sus ingresos no dependen únicamente de la producción y el modo de ser puestero/a adquiere otras connotaciones que nos invitan a reflexionar acerca de la diversidad.

En el año 2015, la joven finalizó sus estudios de nivel medio y optó por realizar una carrera a distancia, Secretariado Ejecutivo. Sin embargo, por razones de conectividad no logró culminarla, visualizándose una de las grandes dificultades y desigualdades que presenta la zona rural, la denominada brecha digital (Lardone, 2013; Poggi y Neubauer, 2021). Ésta implica no sólo al acceso sino el uso y apropiación de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), que requiere contemplar otras aristas como la educación, la participación ciudadana, las políticas públicas, la comunidad, el poder, etcétera. Los/as investigadores/as Poggi y Neubauer (2021) señalan al respecto:

la brecha entre la ciudad y el campo adquiere características particulares, en la cual entran en juego aspectos económicos y sociales, pero también orográficos, donde la conectividad de poblados ubicados en zonas remotas y/o montañosas se torna dificultosa por no considerarse rentable para el sector privado ni prioritaria para el sector público (p. 209)

De esta manera la brecha digital afectó directamente la formación profesional de la joven, además, la oportunidad de trasladarse a la ciudad de Malargüe no se encontraba dentro de sus posibilidades económicas. También, sostiene que el apego habría dificultado el proceso. No obstante, las barreras no impidieron que Ana concrete dos cursos virtuales vinculados a Hotelería y Turismo y Secretariado Ejecutivo, cuando mejoró la calidad del

servicio de internet. Simultáneamente, inició distintos microemprendimientos que incluyen venta de indumentaria de campo, artículos de limpieza y panificados; además, realiza tareas de cuidado de un adulto mayor de manera quincenal.

“Capaz que nunca tuve una necesidad muy grande de irme, porque si tengo una necesidad grande, por ejemplo, si no tuviera trabajo, me voy”, de esta manera se identifica que las oportunidades laborales constituyen uno de los motivos por los que Ana elige residir en Bardas Blancas, destacando que el poblado le ha permitido emprender comercialmente debido a la limitada competencia entre los rubros que trabaja. Otras causas que fundamentan su elección radican en la amabilidad y sociabilidad de los/as pobladores/as, junto la existencia de redes familiares y afectivas. Es interesante reflexionar acerca de la percepción de Ana sobre el territorio rural, ya que para otros/as jóvenes, las mejores oportunidades laborales se encuentran en las ciudades. Frente a ello, coincidimos con Fernando Ruiz Peyré (2019), quien en sus estudios sobre las juventudes rurales malargüinas, sostiene que “las posibilidades de permanencia en el área rural para la juventud dependen directamente de sus posibilidades de llegar a una independencia económica” (p.14), situación que se visualiza en la joven de 26 años.

Pese al reconocimiento de estas ventajas, Ana no desconoce las problemáticas que atraviesan cotidianamente: “el tema es que pasa siempre todos los años, el precio del chivo. Pero lo que está pasando hoy en día, por ejemplo, los campos, cosas así, todo en la naturaleza que no podes hacer nada contra (por ejemplo, sequía, nevadas)”; es decir, se identifican dificultades en el circuito productivo relacionados a la venta, como también causas ambientales, por ejemplo, sequías prolongadas, incremento de las temperaturas globales, modificaciones en las precipitaciones níveas, entre otras, contexto que se agrava ante la privatización de los bienes comunes, las actividades extractivas y el crecimiento del mercado inmobiliario. Además, resume en su discurso una de las preocupaciones centrales y cotidianas de las unidades domésticas:

hay mucha gente que ya se ha dado cuenta que tiene que buscar otro ingreso porque no... Si tenes familia y no tenes mucho capital, no te conviene trabajar con chivo. Es muy diferente cuando en un puesto tienen vaca, cabra, oveja, de todo un poquito, suma. Pero si es pura cabra, no sirve

En otro orden de ideas, la joven refiere la necesidad de un polideportivo en su pueblo debido a las escasas actividades para las adolescencias y juventudes, al igual que cursos, talleres y/o capacitaciones, es decir, son casi nulas las políticas públicas que destina el estado hacia estos sectores poblacionales. Por ejemplo, relata que existe un grupo numeroso de jóvenes que realizan esporádicamente partidos de vóley, espacio en el que participa, pero presentan dificultades para entrenar por la ausencia de un espacio físico adecuado. Por lo tanto, identifica como un problema los espacios de socialización y recreación disponibles.

También, hace hincapié en las diferencias entre su proyecto de vida y los de otras jóvenes de su rango etario residentes en el distrito, debido a que la gran mayoría tiene hijos/as y pareja: “la juventud que tengo acá ahora tienen todos niños, la mayoría, entonces como que no tengo de mi edad, que sean que sean solteros, que no tengan hijos”. Se puede percibir que en la sociedad en general y, en la zona rural en particular, aún persiste el mandato cultural de ser madre, imaginario fundado en la historia contemporánea del mundo occidental donde las mujeres debían vivir por y para ser madres, velando por el bienestar de su familia (Orellana Almarza, 2015), considerado como una misión, esencia, identidad y modelo, constituyendo así un destino natural y la plena realización de la femineidad (Franco, 2010). Si bien, Ana reconoce que le gustaría transitar la maternidad a futuro, la misma no constituye un deseo actual, lo cual tensiona los estereotipos de género arraigados en el territorio rural malargüino, incluso sostiene que ella ve reflejado en sus pares, experiencias que no quiere ni le gustaría transitar en este momento de su vida, por ejemplo, proyectos trancos o la dependencia económica. Su decisión no constituye un hecho irrelevante si se consideran los aportes de Lorena, Trabajadora Social del Área Sanitaria Malargüe (28 años, 2025), quien refiere que en su recorrido por los distritos malargüinos identifica que en reiteradas ocasiones las mujeres jóvenes que deciden permanecer en la zona rural, presentan un proyecto de vida asociado a la maternidad y acoplado a las decisiones de su pareja: “si se quedan las mujeres jóvenes es por una cuestión que tiene que ver con un proyecto de familia y no por una elección. Insisto con esto de que por ahí acompañan al varón”.

Resulta interesante reflexionar sobre las estrategias adoptadas por la joven y su grupo familiar, ya que, para ello, primeramente, debemos alejarnos de la mirada “tradicional” de lo que implica ser puestera/o, caso contrario, no podríamos comprender la singularidad de la situación. Es pertinente hacer alusión a lo que algunos/as autores/as

refieren desde mediados de la década de 1990 como “nueva ruralidad” (Kay, 2009), si bien se presentan una diversidad de enfoques y perspectivas respecto al término (Giarracca, 1993, 2001; Echeverri y Ribero 2002; Delgado, 2003, Shejtman y Berdegué, 2004; Pérez, Farah y Cartón de Grammont, 2008), en general es utilizada para:

describir genéricamente las maneras de organización y el cambio en las funciones de los espacios tradicionalmente "no urbanos": aumento en la movilidad de personas, bienes y mensajes, deslocalización de actividades económicas, nuevos usos especializados (maquilas, segunda residencia, sitios turísticos, parques y zonas de desarrollo), surgimiento de nuevas redes sociales, así como diversificación de usos (residenciales, de esparcimiento y productivas), que los espacios rurales ejercen de manera creciente (Arias, 2002, pp. 371-377; Linck, 2001, p. 94, como se cita en Ruiz Rivera y Delgado Campos, 2008, p.78).

Considerar este concepto es necesario para reflexionar sobre “nuevas formas de ser puestero/a”, lejos de constituir un caso infrecuente, configura otros modos de vida cada vez más recurrentes en la región. A su vez, recurrimos a los aportes de Cáceres (2014) quien refiere que, para vislumbrar la capacidad de adaptación de las comunidades campesinas, debemos considerar las trayectorias de las unidades domésticas y de estos grupos. Este caso se conforma de una familia residente en el poblado de Bardas Blancas, que no poseen puesto y que su fuente de ingresos como también su modo de vida no dependen principalmente de la actividad caprina. Aun cuando se presentan diferencias respecto a lo que culturalmente se concibe como comunidades puesteras “típicas”, el grupo familiar en cuestión comparte ciertas características asociadas a la zona rural malargüina, vinculados a un saber-hacer-ser propio, que incluye elementos identitarios, culturales, sociales, históricas, lógicas territoriales (por ejemplo, trashumancia), sentido de pertenencia, entre otras. Desde esta perspectiva, Ana desarrolla prácticas productivas que se traducen en estrategias laborales diversas o pluriactividad, que incluyen el comercio, tareas de cuidado, cuentapropismo y la producción ganadera, lo cual le permite solventar sus gastos diarios, residir en la zona rural y sostener lo que más le gusta: su independencia.

Esto último, no implica desconocer que la joven, en ocasiones, presenta una sobrecarga de actividades, que incluyen las labores de sus emprendimientos, las tareas domésticas y productivas en el hogar de su padre, cuando él y su hermana se van al campo

(cocinar, limpiar, alimentar las aves de corral, descargar chivos, etcétera) y, quincenalmente, las tareas de cuidado de un adulto mayor, su tío Ernesto.

En cuanto a deseos a futuro, imagina su curso de vida en la zona rural, por lo que sus proyectos se orientan hacia la búsqueda de un trabajo estable y la consolidación de sus emprendimientos, para continuar su residencia en Bardas Blancas.

Micaela - 29 años: “a mí me encantaría volver a vivir, viste, en el campo. A mí me encanta la huerta, me encanta todo eso, pero no los chivos”

Cuando vivían en el campo, Micaela y su hermana se encargaron de todas las tareas del puesto, incluidas aquellas “tradicionalmente masculinas”, como el arreo, hasta que creció su hermano Julián. De allí en más él asumió ese rol y ellas se abocaron casi exclusivamente a las tareas de cuidado, domésticas y las de corral. De esta manera visualizamos cómo opera el género y lo generacional según la conformación de las unidades domésticas, eje del Capítulo II.

La joven destaca las diferencias generacionales con su hermana menor, a quien le gusta la zona rural y elige realizar las actividades que conlleva: “a mi hermana, ahora que es más chica, a ella le encanta hacer todas las actividades del campo, le encanta hacer todo eso. Así que ella sale y lo disfruta. Nosotros lo hacíamos por obligación más que nada”. Debido a los ingresos insuficientes obtenidos a raíz de la actividad caprina, el padre de Micaela optó por trabajar en una empresa que, requería necesariamente, ausentarse del hogar, implicando que todo el grupo familiar colabore arduamente en la realización de las labores del puesto. Aunque no puede ratificarse, estas experiencias podrían haber influido en la clara decisión de sus padres orientada a que sus hijas continúen los estudios de nivel superior. Si bien para la joven se presentó como la única alternativa posible, ésta le brindó una multiplicidad de oportunidades.

Transitar este cambio no fue fácil para Micaela y su hermana, la soledad del puesto se contrapuso a los ritmos y bullicios característicos de la ciudad. Si bien, sus padres solventaron el alquiler y el arancelamiento académico de la carrera, para afrontar el resto de los gastos económicos, por ejemplo, comida y materiales de estudio, ambas trabajaron hasta que finalizaron su formación profesional. En su curso de vida, se visualiza la ausencia de políticas estatales educativas que acompañen las trayectorias educativas de las jóvenes, debido a que El Programa de Respaldo a Estudiantes de Argentina (Progresar) y El

Programa Becas Estratégicas Manuel Belgrano, fueron creados posteriormente, en el año 2014 y 2021, respectivamente. La presencia activa del Estado en materia educativa es primordial, se reconoce que este tipo de becas son importantes para el sostén de los estudios, en tanto permite adquirir insumos escolares, solventar gastos de conectividad, transporte, consumos culturales o reducir las horas de “changas” o trabajos informales, pese a que los montos no resultan suficientes, según datos proporcionados por la Secretaría de Cooperación y Acciones Prioritarias a través del estudio “Sistema Nacional de Becas de acompañamiento a las trayectorias educativas: resultados y desafíos para su fortalecimiento” (2023). Por lo que, para la trayectoria de ambas podría haber resultado significativo.

Transitar la formación superior acarrea múltiples ventajas, que para la joven de 29 años se vinculan con la oportunidad de ampliar sus espacios de socialización, que repercutieron en nuevas amistades y vínculos de distinto tipo a lo largo del camino. Este punto es significativo, ya que refiere que, durante su adolescencia, la escuela era el único ámbito disponible para ello, con marcadas limitaciones porque no contaban con acceso a señal telefónica e internet, eran muy puntuales las actividades recreativas y no visitaban con frecuencia la ciudad de Malargüe. Por lo tanto, se visualizan cambios generacionales con respecto al resto de las jóvenes entrevistadas que, actualmente, transitan la educación secundaria, presentándose diferencias y desigualdades de distinta índole, incluidas la posibilidad de percibir becas educativas y la conectividad digital.

El deseo inicial de Micaela no giraba en torno a permanecer en la zona rural, sin embargo, su formación profesional le permitió continuar el vínculo con el campo y “regresar” durante 15 días al mes, ya que concentró la totalidad de sus horas cátedra como suplente en la escuela secundaria Mapu Mahuida, junto con el CEBJA y CENS de Bardas Blancas. Como resultado, reside durante ese tiempo en el albergue escolar: “Re disfruto estar ahí con los chicos (...) la relación que yo tengo con los chicos es distinta a la que yo tenía acá con chicos del centro, porque allá el que no es mi vecino, es mi familiar”. Además, refiere la participación en proyectos vinculados con la Facultad de Veterinaria de La Pampa y la Universidad Nacional de Cuyo, que abarca el Proyecto de Extensión Universitaria “Mauricio López”, con sus estudiantes de tercero, cuarto y quinto año, orientados a la observación de flora nativa, muestreos de agua de la zona y el mapeo de la trashumancia de cada joven. De esta manera, se pueden identificar prácticas orientadas a reconocer y valorar los saberes locales, las dinámicas culturales e identificar aspectos geográficos del entorno, a

través de un respaldo académico-científico. Asimismo, genera instancias para que el estudiantado conozca el ámbito universitario, lo cual facilita la ruptura de temores, responde inquietudes e incentiva la formación profesional, donde destaca las diferencias de género y lo generacional. Por ejemplo, en cuanto a la deserción escolar, Micaela sostiene “por lo general son varones los que no siguen el secundario. Chicas hay muy poquitas las que no han seguido el secundario”. También, apela que: “si un hermano mayor hizo el secundario, ya todos van”. Lo cual, se ratifica a través de datos sustentados por el Diagnóstico del abandono escolar en la educación secundaria en la provincia de Mendoza, realizado por el Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (CIPPEC), publicado en el año 2023.

Resulta interesante reflexionar que, en la cotidianidad de Micaela, se identifican prácticas que reconocen y visibilizan el modo de vida puestero y las dinámicas de persistencia que despliegan las comunidades y su familia, tal es el caso de la trashumancia (Soto, 2024). Esto da cuenta de la apropiación, valoración e identificación de un saber-hacer específico que forma parte de sus referencias identitarias y dimensiones subjetivas. Es un punto relevante analizar cómo la formación profesional le permite a la joven (re)encontrarse y vincularse con el territorio desde otros ámbitos, en este caso educativos-académicos-científicos, quizás impensados en otros momentos de su vida.

Lo anterior, también se apoya en la mirada que presenta Micaela sobre la zona rural. Identifica como aspectos positivos, la soberanía alimentaria, la calidad de vida vinculada a la salud mental y espiritual, la tranquilidad y menor temor frente a hechos de inseguridad. Sostiene que, en lo personal, el campo le permitió conocer la naturaleza, adquirir ubicación espacio-temporal y aprender a sobrevivir:

“como que yo hoy me ubico en cualquier lado, digamos. Porque sabes dónde sale el sol, dónde se esconde el sol, cómo ubicarte con los ríos, cómo ubicarte con buscar también puntos referenciales (...). Tenes que matar una gallina para sobrevivir, tenes que comer, tenes que cultivar tu verdura para comer, entonces como que también aprender a sobrevivir también te lo da el campo”

Esto último, podría asociarse al concepto de resiliencia, constituyendo un tipo de práctica que posibilita la permanencia en el territorio. A su vez, en su discurso se reconocen las problemáticas que atraviesan las comunidades puesteras, que incluyen dificultades en

el circuito productivo, la accesibilidad a servicios básicos y los daños causados en los piños por los depredadores nativos (puma y zorro gris y colorado).

Tal y cómo se sostuvo anteriormente, Micaela no manifiesta querer residir de forma permanente en el campo, pero sí en sus prácticas concretas mantiene el contacto con la zona rural a través de la formación profesional y la educación, y en términos simbólicos, reivindicando las formas de vida de las familias puesteras. Asimismo, expresa el deseo a futuro de residir en el campo, aunque no de la misma manera que sus padres o las comunidades puesteras tradicionales: “a mí me encantaría volver a vivir viste en el campo, porque me gusta la tierra, me gusta estar en contacto con la naturaleza, pero no trabajarlo de esa forma, no, como que trabajar con los chivos no”. Esto se puede asociar a las dificultades que presenta el modelo de producción pastoril como también una elección personal, asociada con el goce y disfrute, ya que en su relato sostiene que algunas actividades las percibía como una obligación: “si tuviera que elegir, no lo haría”. En caso de concretarse su deseo, se podría identificar otro modo de ser-hacer en el campo malargüino, que no presenta las características típicas de lo que implica ser puestera/o.

Finalmente, reconoce que su hermana menor, quien asiste a la escuela secundaria de Bardas Blancas, sí le gustaría optar por este modo de vida, destacando la importancia de poder elegir dentro del abanico de sus posibilidades. Aquí, nuevamente, se presenta otra diferencia generacional.

(Re)pensar las estrategias de permanencia: factores y tensiones

El curso de vida de las jóvenes entrevistadas nos invita a (re)pensar desde la singularidad, las posibilidades, deseos, obstáculos, vivencias y tensiones que implican quedarse en el campo para las jóvenes puesteras junto con la incidencia de distintos factores. El análisis de cada trayectoria, posibilita identificar similitudes y diferencias entre sí, según cómo operen para cada situación factores sociales, culturales, económicos, educativos, familiares, jurídicos, entre otros. Es decir, en algunas jóvenes operan con más fuerza determinados elementos que en otras, lo cual da lugar a prácticas y vivencias heterogéneas, donde a su vez, se pone en juego lo que cada una considere cómo prioritario para su proyecto de vida, en otras palabras, se presentan deseos, elecciones, tensiones, los distintos capitales (sociales, simbólicos, culturales, económicos) que detentan y una

multiplicidad de factores, que se relacionan, principalmente, con el condicionamiento de sus familias de origen.

En primer lugar, se visualiza que en las unidades domésticas de las entrevistadas se practica la trashumancia, constituyendo una estrategia de permanencia de los/as puesteros/as malargüinos/as (Soto, 2024). Sin embargo, Sofía (18 años) es la única joven que participa en esta dinámica, en tanto acompaña a su papá en el arreo hasta la veranada, hecho que no acontece en las demás, debido a que las mujeres y las infancias se quedan en el puesto de invernada por diversos motivos y/o se trasladan en vehículo hasta la veranada o algún punto de encuentro. Cabe destacar que, sí se identifica que Micaela (29 años) y su hermana mayor participaban de tal actividad, hasta que comenzó a ser desempeñada por su hermano, lo que indica, en cierta medida, que perdura la idea arraigada de que las labores de campo son más adecuadas para los varones.

Seguidamente, se reconoce que los factores económicos presentan una fuerte incidencia sobre las posibilidades de permanecer o no en el territorio. Entre los distintos elementos que componen este factor, se distingue la precariedad en las condiciones de venta del ganado caprino que se traduce en ingresos inestables e insuficientes, la pérdida de capital por razones climáticas, ambientales, especies depredadoras y enfermedades, como también las escasas e irregulares intervenciones estatales destinadas al sector. Los ingresos obtenidos, en palabras de Ramires (2013), están orientados a:

pagar las deudas a intermediarios que fían la mercadería durante los meses de invierno y primavera (cuando se produce la parición) y para comprar y/o reiniciar el proceso de endeudamiento adquiriendo algunos productos básicos de autoconsumo (mercaderías, forraje, ropa, calzado, enseres domésticos, etc.) (p. 186)

En caso de existir un excedente, es utilizado para solventar otros bienes, por ejemplo, heladera, lavarropas, mayor cantidad de forraje, materiales para la construcción, movilidad, entre otros. Ante esta situación de subsistencia, las comunidades han optado por incorporar vacunos y ovinos en los puestos, lo cual posibilita ampliar y mejorar las fuentes de ingresos, es decir, las unidades domésticas desarrollan una práctica productiva dentro del espacio de dominio (Comerci, 2012), constituyendo un tipo de estrategia de permanencia. Si los ingresos continúan siendo insuficientes, los grupos familiares

despliegan otras alternativas tendientes a la diversificación de los ingresos monetarios (Comerci, 2012; Paz y Jara, 2020), que para el caso de las comunidades puesteras de Malargüe incluyen la venta de artesanías (cuero y telar), la creación de emprendimientos turísticos y comerciales, como también la venta de la fuerza de trabajo, abarcando, por ejemplo, empresas petroleras, labores como peón, servicio doméstico o prestación de servicios profesionales.

Por otro lado, también se consideran dentro de los factores económicos, los ingresos mensuales provenientes de las prestaciones sociales, tales como Asignación Universal por Hijo, Progresar, pensiones no contributivas, previsión social, Tarjeta Alimentar, etcétera. Si bien resultan insuficientes, impactan positivamente sobre la cotidianidad de los grupos familiares, orientados principalmente a la satisfacción de necesidades básicas (Aguiló, et al, 2013; Alegre, et al, 2015). Para el caso de las entrevistadas, se identifica que cuatro de ellas perciben AUH y cobran la Beca Progresar. Asimismo, en situaciones específicas, las familias puesteras reciben ingresos provenientes de empresas petroleras, cuando presentan título de propiedad y existen pozos petrolíferos dentro del campo de pastoreo (derecho superficiario), los montos dinerarios refieren al valor de la tierra donde se encuentra el pozo petrolero.

Ahora bien, ¿Cómo impactan los factores económicos en la permanencia de las jóvenes entrevistadas?

En los discursos se identifican tensiones, debido a la presencia de afirmaciones tales como “no se puede vivir solo del campo”, a la vez que manifiestan el deseo de permanecer en la zona rural. Esto, se constata además en investigaciones realizadas por Fernando Ruiz Peyré, quien sostiene que “la mitad de los y las jóvenes rurales desean una permanencia en el campo” (2019, p. 24), que para el estudio se percibe en cuatro jóvenes. Por lo que, para resolver la disyuntiva dentro de sus proyectos se encuentra la diversificación de los ingresos como posibilidad para concretar ese deseo. Aun cuando las alternativas sean diferentes en tanto algunas colocan mayor relevancia al turismo, al comercio o la actividad profesional, aparece como constante la necesidad de incorporar otros ingresos monetarios para la continuidad de su vida en la zona rural, en otras palabras, la pluriactividad posibilita conformar un ingreso global para satisfacer las necesidades básicas (Pessolano, 2018). Además, la calidad de vida se vincula “con las condiciones laborales, en el sentido de considerar el trabajo en el medio rural como muy sacrificado en relación con los logros que se obtienen” (Alegre, et al, 2015, p. 123).

Siguiendo con el análisis, la pluriactividad también se asocia con la posibilidad de prestar servicios profesionales, lo cual según la mirada de las jóvenes requiere de la educación superior. Es así que, se adentra en los factores educativos que adquieren especial relevancia para ellas. En la gran mayoría, se presenta como una vía para acceder a una mejor calidad de vida, en tanto genera oportunidades laborales más seguras y mejor remuneradas, en comparación con las ganancias obtenidas por la venta de caprinos. Esto no implica abandonar la actividad pastoril, sino que plantea como alternativa la diversificación de los ingresos. En síntesis, se puede pensar que, la pluriactividad constituye el principal proyecto a futuro de las jóvenes para permanecer en la zona rural, asociada principalmente a la formación profesional.

En cuanto a este último punto, se observan diferencias con respecto a sus pares masculinos. Por un lado, es mayor el porcentaje de varones jóvenes que permanecen en la zona rural, lo cual se constata en el sostenido éxodo femenino y, por otro, si bien los varones continúan desempeñando la actividad ganadera en conjunto con otras fuentes laborales (turismo, empresas, peón), se puede inferir que por diversos motivos no colocan las mismas expectativas sobre la formación profesional, lo cual se visualiza en un menor porcentaje de varones de la zona rural que continúan sus estudios en el nivel superior.

Introducir la perspectiva de género en el análisis nos permite reflexionar sobre estos elementos. Se destaca como tendencia a nivel regional, una masculinización de los ámbitos rurales (CEPAL, 2008; Dirven, 2016, CELADE, 2017; Guiskin, 2019), lo cual se asocia a distintos factores, entre estos roles y estereotipos de género. De esta manera, la actividad ganadera como tal, desempeñada a campo abierto, es ocupada mayoritariamente por varones, al igual que la posibilidad de ser contratado como peón o ayudante. Situación similar acontece en algunas fuentes laborales disponibles en la zona, asociadas generalmente a la actividad petrolera. Como consecuencia, la oferta laboral es notoriamente más limitada para mujeres jóvenes, repercutiendo sobre las posibilidades de permanencia, donde algunas jóvenes optan por trasladarse a la ciudad de Malargüe por razones laborales. Es interesante considerar aportes al respecto, que sostienen que:

en las zonas rurales los varones tienen la posibilidad de acceder al trabajo sin haber concluido estudios secundarios. Muchas veces ellos dejan el nivel medio para continuar trabajando; sin embargo, las mujeres tienen muchas más dificultades para insertarse en el mercado laboral si no tienen los estudios

concluidos. Estudiar entonces, de cierta manera, es una posibilidad de salir de los esquemas tradicionales o roles preestablecidos asignados a la mujer. Migrar por estudio es una posibilidad o parte de una estrategia para afrontar particularmente esta situación desventajosa (Alegre, et al., 2015, p. 122)

Cabe realizar una breve distinción, el factor educativo adquiere otro sentido para una de las jóvenes, Micaela (29 años), quien por medio de su formación profesional como docente, se vincula con el ámbito rural desde otra perspectiva diferente al resto de las entrevistadas. Si bien, no reside en el campo, sí permanece de manera quincenal en el poblado de Bardas Blancas debido al lapso de duración del período escolar. En esta situación, se destacan prácticas que se orientan a mantener la relación con la zona rural, donde se conjugan elementos subjetivos e identitarios.

Otro de los factores identificados es de índole jurídico, relacionado específicamente a la tenencia precaria de la tierra, lo cual influye directamente sobre la permanencia en el territorio, inherente a la dinámica del modo de vida puestero (Soto, 2024). Frente a este escenario, en una de las jóvenes se reconocen prácticas de organización comunitaria (Comerci, 2012), que conforman una estrategia de permanencia en la unidad doméstica, a través de la participación en la Organización Identidad Territorial Malalweche, a raíz de un juicio por desalojo iniciado por el reconocido terrateniente bonaerense Sergio Rostagno. Este proceso demuestra que la persistencia no responde a cuestiones estrictamente individuales (Cáceres, 2014). Este factor adquiere vital relevancia sobre la decisión de permanecer o no en la zona rural, específicamente para el caso de Vanesa (16 años), porque sus proyectos a futuro se visualizan en ese territorio, en pos de generar un emprendimiento turístico y comercial, como también la introducción de mejoras edilicias en el puesto de invernada.

La socialización aparece como otro elemento a destacar, el cual presenta distintas tensiones en función de las posibilidades, capitales, deseos y elecciones que detenta cada joven. Se conjugan aspectos materiales, simbólicos y subjetivos, tales como la personalidad, las dinámicas familiares, la distancia del puesto, el acceso a internet, pares cercanos, la frecuencia de viajes a poblados y la ciudad de Malargüe, medios de movilidad, participación en eventos y actividades recreativas, asistencia a festividades locales, entre

otros. Se presentan condicionantes estructurales y limitadas políticas públicas destinadas a la juventud rural, lo cual repercute directamente sobre las posibilidades referidas, tal es el caso de Ana (26 años), quien alude a la ausencia de espacios para jóvenes de su rango etario, incrementando la tensión ante las diferencias que identifica con respecto a los proyectos de vida de sus pares, mayoritariamente asociados a la maternidad. En relación a esto, podemos recurrir al concepto de multiterritorialidad (Benedetti, 2011). Reflexionar sobre los espacios de socialización existentes, requiere contemplar que los cursos de vida de las jóvenes transcurren en una multiplicidad de espacios, que forman parte de su cotidianidad, donde los límites entre lo rural-urbano son difusos y complejos, abarcando también los territorios virtuales.

De igual manera, surge el siguiente interrogante ¿Qué relación presenta la posibilidad de acceder a espacios de socialización con la permanencia? En general, se constata que, las jóvenes con dificultades y tensiones, logran conciliar esta dimensión, por lo que, a simple vista, no podría identificarse como un factor que incide fuertemente sobre la construcción de proyectos a futuro en el territorio y/o en los deseos por permanecer. Lo cual, simultáneamente, se vincula con las construcciones sociales de lo que implica ser joven en el campo, donde se transitan, por ejemplo, otro tipo de responsabilidades, experiencias y proyectos de vida con respecto a sus pares urbanos. Situación que también acontece en la juventud urbana de los sectores populares.

Para continuar, se percibe que la brecha digital (Lardone, 2013; Poggi y Neubauer, 2021) es un elemento que repercute sobre las juventudes rurales, la mayoría no cuenta con acceso directo ni una adecuada calidad al servicio de internet, lo cual es identificado como un problema por las entrevistadas. Pese a la introducción de mejoras en el servicio como también el alcance de la señal, aún es insuficiente, repercutiendo no sólo en la posibilidad de interacción del mundo virtual, sino también en el derecho a la información, participación, manejo de herramientas digitales y el acceso a contenidos culturales y de ocio de distinta índole, por ejemplo, plataformas digitales o redes sociales como Tik Tok. Aquí se presentan algunas diferencias generacionales entre las jóvenes que transitan la secundaria y aquellas que la finalizaron. Para Ana (26 años), la brecha digital significó la imposibilidad de estudiar una carrera a distancia cuando finalizó la educación media, recién años más tarde el servicio mejoró y pudo acceder a cursos virtuales; y para Micaela (29 años), sólo existía la posibilidad de acceder a señal telefónica, debido a la rudimentaria conexión y el incipiente desarrollo tecnológico. Pese a esas diferencias, los estudios de Alegre, et al. (2015)

realizados en las distintas regiones del país, refieren que, en el uso de la tecnología, se visualiza disparidad generacional de las mujeres rurales jóvenes, respecto de sus madres y abuelas, y mayor cercanía con sus pares urbanos. De esta manera, la brecha generacional es más preponderante que la territorial, es así que “ser joven resulta una marca de identidad más fuerte que el hecho de ser rural” (p. 216).

Este elemento debe ser considerado en las estrategias de permanencia de las jóvenes. Es un factor imprescindible si planteamos que se constituyen como juventudes intersticiales (Roa, et al., 2023), donde los territorios virtuales generan y habilitan otro tipo de interacción, vínculos y posibilidades de persistir en la zona rural, donde “la digitalización del mundo y la globalización de las comunicaciones y los mensajes han generado una sensación de proximidad témporo-espacial” (Balardini, 2008). El acceso a internet, por un lado, permite acceder a la formación profesional a distancia a través de una amplia gama de opciones que incluyen cursos, capacitaciones, tecnicaturas y licenciaturas de gestión estatal y privada, garantizando así, el derecho a la educación. Por otro, el uso de las TIC potencia la creación de nichos laborales, especialmente para las mujeres como medio para fortalecer sus propios emprendimientos (Alegre, Lizárraga y Brawerman, 2015), es decir, para los proyectos a futuro de las jóvenes entrevistadas que incluyen el turismo y actividades comerciales, es una herramienta indispensable para difundir y publicitar productos y/o servicios, consultar precios, incrementar las ventas, fortalecer el trabajo en red o con otros/as emprendedores/as, etcétera. Más aún, si se considera “la división sexual del trabajo que aún persiste en el campo, donde los trabajos productivos de mayor esfuerzo e ingreso aún están asociados a la masculinidad” (p.220).

Morigerar la brecha digital y disminuir las desigualdades en las zonas rurales requiere de sostenidas inversiones estatales que se orienten a garantizar el derecho a la conectividad (ONU, 2016), lo cual implica no sólo el acceso al servicio sino también a los bienes y recursos tecnológicos. Las problemáticas identificadas en este punto, acentúan los profundos procesos de desigualdad del territorio rural malargüino, por lo que políticas públicas tales como el Programa Conectar Igualdad (PCI), creado en el año 2010²³, que incluyó la entrega de más de 5 millones de netbooks a estudiantes de escuelas secundarias

²³ “En el periodo 2016-2019, el PCI fue trasladado desde el ámbito de ANSES hacia educ.ar Sociedad del Estado y reemplazado por el Programa Aprender Conectados (Decreto 386/18), a fin de “alcanzar la alfabetización digital” en lugar de “reducir la brecha digital” (ANSES, 2021, p.15). Desde 2024, el nuevo gobierno nacional desfinanció y eliminó en su totalidad el programa.

y especiales públicas e institutos de formación docente a nivel nacional (ANSES, 2021), resultaron relevantes para promover la inclusión digital y democratizar el acceso a las TIC.

En cuanto a los factores familiares, se visualiza que las trayectorias y dinámicas de las unidades domésticas influyen de distintas formas en la decisión de permanecer en el territorio. En general, se constata que las familias acompañan la finalización de los estudios secundarios e incentivan la educación superior, especialmente en las mujeres, como vía para acceder a una mejor calidad de vida, no necesariamente vinculada a la zona rural. Se observan cambios generacionales y de género con respecto a este punto, en tanto las jóvenes alcanzan un mayor nivel de instrucción en comparación con sus madres y abuelas y, por otro, en los últimos años se visualiza mayor paridad entre varones y mujeres que finalizan los estudios secundarios, en contraste con las trayectorias educativas interrumpidas de hermanos y primos mayores de las jóvenes, tal como se reitera en las entrevistas a profesionales del ámbito educativo. Esto último, como se recalcó anteriormente, difiere con respecto al nivel superior.

...está asignado que las responsabilidades del hombre es que siga estando en el puesto, siga manteniendo animales. Entonces por ahí, quizás antes sí de haber sido re difícil ser mujer en el campo. Antes es como, por ejemplo, mi mamá, mi abuela de haber sido re difíciles. Pero hoy quizás no, no tanto (Micaela, 29 años, 2024).

Cabe destacar que, las experiencias familiares, previas o actuales, vinculadas a los estudios de nivel superior impactan en las percepciones de las jóvenes de diversa manera, según se consideren como positivas o negativas. Esto, puede contribuir en el interés por la formación profesional y la búsqueda de proyectos de vida orientados hacia tal fin, o contrariamente, si se asocian al abandono, podría influir en la construcción de mitos en torno a la incapacidad, el incremento del miedo y/o desinterés. No se identifican en los discursos de las entrevistadas que sus redes familiares cercanas hayan regresado a la zona rural, una vez finalizada la formación profesional.

Los factores culturales e identitarios presentan una gran relevancia. El registro de las problemáticas estructurales y coyunturales, no impide el reconocimiento de ventajas sobre la residencia en el campo, en general asociadas a la tranquilidad y bienestar, aspectos resaltados como positivos en el transcurso de su vida cotidiana en el puesto; por

ejemplo, algunas jóvenes registran como un malestar los ruidos y bullicios de la institución educativa o la inseguridad de las ciudades, por ello estas miradas podrían influir sobre la posibilidad de residir en la zona rural. En cuanto a los elementos identitarios, juegan un rol fundamental en tanto se conjugan dimensiones simbólicas y territoriales que se traducen en un fuerte sentido de pertenencia, visualizado en la formulación de proyectos a futuro en la zona rural o vinculados a ésta. Asimismo, algunas jóvenes resaltan el valor de los saberes y conocimientos propios de este modo de vida, es otras palabras, la subjetividad puestera (Soto, 2024). En síntesis, constituyen uno de los motores que generan el deseo y prácticas orientadas a residir en el territorio rural.

Si tomamos en consideración los estereotipos de género, roles y mandatos culturales, se visualizan distintas perspectivas en las jóvenes, en general, se percibe la imposibilidad de mantener la actividad productiva ganadera sin la presencia de figuras masculinas, en tanto refieren dificultades para realizar todas las labores que requiere sostener el puesto, abarcando las esferas productivas, domésticas y de cuidado. Éstas últimas son atribuidas como un deber: “tampoco poder salir tanto al campo, andar todo el día en el campo, como un hombre que puede salir y andar o ver los animales así, porque la mujer es como que está más en la casa” (Sofía, 18 años, 2024). Este fragmento, encuentra su correlato en la división sexual del trabajo, donde aquellas tareas asociadas al campo están masculinizadas, lo cual no implica que las mujeres tengan desconocimiento. Por el contrario, y como se analizó en el Capítulo II, conocen y desempeñan una multiplicidad de actividades en simultáneo. Sin embargo, prácticas como la trashumancia, dan cuenta de roles más rígidos ya que sólo una de las entrevistadas realiza el arreo hasta la veranada. Estos aspectos, aunque no son explicitados por las jóvenes, podrían repercutir sobre la posibilidad de construir prácticas orientadas a la permanencia, debido a la necesidad de contar con la presencia de varones en el puesto. Por ejemplo, las entrevistadas refieren desconocer experiencias en las que las unidades domésticas se constituyan sólo por mujeres, empero sí identifican situaciones donde residen únicamente puesteros. Cabe destacar que, esto no aplica para quienes residen en los poblados donde se identifica otro tipo de configuraciones familiares, tal es el caso de Ana (26 años), con un hogar unipersonal, quien no se dedica directamente a la actividad ganadera sino su padre y hermana.

Finalmente, las percepciones de las desigualdades de género entre varones y mujeres, difiere entre las jóvenes ya que algunas no perciben diferencias en cuanto a la

distribución de las tareas, pese a que en sus relatos se visualiza tales situaciones. Mientras que otras, apelan a las dificultades que atraviesan las mujeres en la zona rural. Además, se observan cambios generacionales importantes en este punto, por ejemplo, si bien la maternidad continúa como mandato, se promueven desde las instituciones educativas el derecho a la Educación Sexual Integral y la prevención del embarazo adolescente, situación que difiere con sus abuelas y/o madres. Lo mismo acontece con respecto a los proyectos a futuro, donde la educación y el trabajo juegan un rol fundamental. Asimismo, se percibe el acceso a mejores condiciones de vida y la disminución de la intensidad de las tareas domésticas a través de la introducción de electrodomésticos y el acceso a servicios, por ejemplo, la cocina a leña o el lavado de ropa a mano son reemplazados por el horno a gas y lavarropas. Sin embargo, pese a las innegables transformaciones culturales, aún se identifican marcadas desigualdades de género, y en ocasiones situaciones de violencia, que deben ser contempladas al momento de planificar, gestionar y realizar políticas públicas destinadas a este sector poblacional.

A modo de recapitulación:

Este capítulo estuvo orientado a identificar los factores que inciden en los deseos, proyectos y posibilidades de permanencia de las jóvenes de la zona rural del distrito Río Grande, a través de un análisis singular de los cursos de vida de las mujeres entrevistadas, teniendo como eje la diversidad de experiencias. Lo cual, posibilita una reflexión situada y compleja de cada trayectoria, donde se amalgaman una multiplicidad de elementos que atraviesan y configuran las subjetividades rurales, dando lugar a distintos modos de ser puestera, ya que los factores inciden de diferente manera para cada situación.

Se identifica que, en las tres primeras jóvenes, Sofía, Vanesa y Florencia, el deseo por residir en la zona rural a futuro, depositando en la educación superior expectativas para acceder a mejores oportunidades de vida. Sin embargo, Vanesa y Florencia, manifiestan de forma clara y concreta cómo se proyectan a futuro en el campo, mediante emprendimientos turísticos o actividades comerciales, una vez finalizada su formación profesional en la ciudad de Malargüe; con la particularidad de que el grupo familiar de Vanesa atraviesa un juicio por desalojo, por lo que se encuentran nucleados en la Organización Identidad Territorial Malalweche. Por otro lado, Sabrina, la más joven de las entrevistadas, expuso reiteradamente las tensiones y conflictos que atraviesa cotidianamente, especialmente familiares y educativas. Esto, invita a pensar que, en

apariencia, no todas las entrevistadas, presentan el deseo o proyecto de quedarse o irse del puesto. Seguidamente, la trayectoria de Ana da cuenta de *otros modos de ser puestera* que no responden a la típica y tradicional caracterización de la zona rural malargüina, refiere a proyectos en curso y a futuro para continuar su residencia en el poblado de Bardas Blancas, algunos de los cuales se han dificultado por la denominada brecha digital. Finalmente, el recorrido de Micaela, incita a pensar en otras formas de vincularse con la zona rural debido a su desempeño como docente, de manera quincenal, en la escuela secundaria, CENS Y CEBJA de Bardas Blancas, reiterando que le gusta la vida en el campo, no así las actividades vinculadas a la producción caprina.

A partir de ello, se identifican distintos factores que inciden sobre las posibilidades de permanecer o no en ese territorio y cómo impactan en la construcción de imaginarios, proyectos e ideas sobre el futuro para cada una de ellas. Se destacan factores económicos, educativos, jurídicos, de socialización, familiares, culturales e identitarios, junto con la consideración de los estereotipos, roles y mandatos culturales de género.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo se ha intentado realizar una mirada situada y crítica sobre las comunidades puesteras presentes en el territorio rural del departamento de Malargüe, que dada la complejidad y singularidades que detenta, requiere de un abordaje que trascienda perspectivas simplistas o reduccionistas sobre el campesinado, en tanto lo rural es una categoría socialmente construida (González Fernández, 2002). Por lo tanto, se propuso realizar un análisis que recupere las formas de trabajo y producción de las familias puesteras, lo cual requiere, necesariamente, una caracterización del entorno y la consideración de elementos estructurales y coyunturales que atraviesan y condicionan el modo de vida puestero. A partir de los relatos y recuperación de las voces de las jóvenes mediante la contextualización de sus cursos de vida (Blanco y Pacheco, 2003), se indaga acerca de la organización del trabajo y la producción pastoril según género y edad, es decir, qué características adquiere la división sexual del trabajo entre varones y mujeres según rangos etarios. La reconstrucción de estos aspectos, posibilitan comprender y situar la cotidianidad de las comunidades puesteras, donde el género se presenta como un factor trascendental para analizar las posibilidades de permanencia en el territorio. A partir de ello, se reflexiona individualmente sobre cada uno de los cursos de vida de las jóvenes en pos de develar los factores que inciden sobre las posibles estrategias de permanencia. Esta modalidad se funda bajo la premisa de que las trayectorias son diversas, buscando complejizar y captar las singularidades que configuran los distintos modos de *ser puestera*, identificando una multiplicidad de aspectos que configuran las juventudes rurales intersticiales y la permanencia en el territorio. Cabe destacar que, uno de los puntos que fundamenta esta investigación es la doble situación de marginalidad que atraviesan las mujeres jóvenes de las zonas rurales, debido a la persistencia de situaciones de invisibilización y naturalización de desigualdades de género y, los limitados abordajes de las juventudes rurales dentro de los campos académicos-científicos.

En la *primera parte* de esta investigación, se argumenta que pese a la presencia de particularidades según la zona geográfica del departamento, se identifica la existencia de un modo de vida singular -“puestero”- en la ruralidad malargüina, que practica la ganadería pastoril extensiva y trashumante, donde la identificación y reconocimiento del territorio por parte de estas comunidades, devela particularidades que pueden ser consideradas dentro de lo que se denomina como territorialidades múltiples o multiterritorialidades (Benedetti,

2011). Estos grupos recorren el espacio de distintas formas a lo largo del año en función de la actividad ganadera, donde se identifica una devoción por el mismo y diversas formas de organización social. La espacialidad da cuenta de límites representados y respetados mediante normas consuetudinarias y, que, a su vez, conforman fronteras que posibilitan la interacción con otros/as (Mamaní, 2013) y la construcción de identidad. Es así que, dentro del territorio se identifica que este modo de vida transcurre en el *puesto*, unidad productiva doméstica que presenta tres ambientes complementarios y diferenciados. En la zona de estudio, la mayoría de familias puesteras despliegan una práctica cultural e histórica denominada *trashumancia*, que consiste en el desplazamiento del criancero/a y su ganado, hacia valles cordilleranos de altura que albergan agua y pasturas, en pos del engorde del ganado, durante el período estival (noviembre/abril). Según la época del año y siguiendo el ritmo de las estaciones, las actividades se desarrollan en dos tipos de unidades productivas domésticas: la *invernada* y la *veranada*. La primera, constituye la vivienda principal ya que las familias residen entre 7 u 8 meses aproximadamente (febrero/marzo - octubre/noviembre), es decir, gran parte del año. Mientras que, la segunda, se utiliza en los meses de verano con una permanencia entre tres a cinco meses, siendo inaccesible en invierno, debido a su ubicación en valles de altura. En cuanto al circuito productivo caprino, se presentan algunas singularidades, identificándose tres etapas diferenciadas: 1) la *reproducción*, la cual se inicia en el mes de mayo, con la particular introducción de la figura del “castronero”, persona dedicada “al cuidado de los reproductores caprinos durante el período de cría y engorde de los chivitos” (Ovando, 2011, p.3), en otras palabras, mantiene separados a los machos de las cabras desde septiembre hasta mayo, entregando los animales nuevamente al puestero/a en la época de servicio que tiene lugar en el mes de mayo, evitando así la parición en los meses más fríos. 2) La *parición* en el mes de octubre, de carácter estacional en tanto se practica una vez al año, es por ello que la figura del castronero resulta relevante. Aquí participa todo el grupo familiar, constituyendo la época del año de mayor trabajo porque es fundamental para la subsistencia anual de las unidades domésticas, ya que dependen del éxito de la misma. 3) *Comercialización*, la cual tiene lugar a partir de diciembre, se generan distintos tipos de situaciones (por ejemplo, venta de chivos en la ciudad de Malargüe, a emprendedores turísticos y en algunos casos puesteros/as que se dedican también al turismo, intervención de un intermediario), pero, en general se caracteriza por la precariedad en las condiciones de venta, resultando ser una preocupación

y reclamo constante por parte de las comunidades puesteras. Seguidamente, se trasladan a las veranadas para el engorde del ganado y dar comienzo nuevamente al circuito.

Como se observó en el Capítulo I, se subraya que en los últimos años se han introducido algunas mejoras en la calidad de vida de la población rural que incluyen la provisión de servicios básicos, tales como agua potable en los pequeños núcleos urbanos rurales, como también el efectivo acceso a instituciones educativas (nivel primario, secundario, CEBJA y CENS) y sanitarias, ésta última por medio de los centros de salud y del Área Sanitaria, dependiente del Hospital Regional Malargüe, donde se introduce como figura esencial los/as agentes sanitarios/as. Sin embargo, se presentan diferencias en cuanto a la calidad y tipo de servicio según la localización y con respecto a la ciudad de Malargüe, con marcadas desigualdades entre los poblados, tal es el caso de la conexión a internet, la energía eléctrica o la ausencia de carreras de nivel superior universitario y/o terciario, generando desigualdades en su acceso, por lo que los/as jóvenes deben trasladarse a la ciudad de Malargüe, donde la oferta continúa siendo limitada, pese a que se ha diversificado. Un aspecto a destacar es que la oferta educativa superior, no se vincula con la actividad ganadera trashumante, es decir, no existen carreras en el departamento que se relacionen con esta forma de producción. Es así que, el recorrido por el primer apartado da cuenta de las problemáticas estructurales y coyunturales de distinta índole que se entrecruzan y condicionan la vida en la zona rural.

En función de lo anterior se concluye que el modo de vida puestero (Soto, 2024), requiere de un abordaje situado que contemple necesariamente las aristas mencionadas para su comprensión, en tanto presenta similitudes con otros modelos de ganadería pastoril extensiva, como también singularidades que lo diferencian, implicando un saber-hacer-ser específico.

A partir de ello, es posible adentrarse en la *segunda parte* de esta investigación que tuvo por objetivo analizar la organización del trabajo y la producción pastoril según género y edad. De esta manera, se concluye que, indudablemente, las relaciones de parentesco presentan una importancia productiva, por lo tanto, la asignación y asunción de roles no es azarosa, sino que tiene por finalidad la producción ganadera y la reproducción de las unidades domésticas.

A partir del análisis de las entrevistas, se pudieron observar distintas situaciones. Por un lado, el género opera como uno de los elementos que condiciona la realización de cada actividad (productiva, doméstica y de cuidado), en otras palabras, la división sexual del trabajo. Esta última si bien es universal, en cada sociedad adopta formas específicas, existiendo una gran variabilidad cultural (Comas d'Argemir, 1995). Por otro lado, en ocasiones la edad opera como determinante en función de las actividades necesarias para la subsistencia como también de la conformación del grupo familiar. Esto se visualiza en algunas entrevistadas, quienes realizan tareas “típicamente masculinas”, por ejemplo, arrear, ante la ausencia de varones que puedan realizar dichas labores y acompañen al padre o adulto responsable, modificándose los roles de género y las dinámicas familiares. Sin embargo, el género incide, nuevamente, con mayor fuerza que otros elementos, cuando los varones comienzan a transitar la adolescencia, momento en el que se percibe una reasignación de actividades, donde las mujeres se abocan en gran medida a las tareas domésticas, de cuidado y en el corral. En caso de que, en ningún momento existan otras figuras masculinas que puedan realizar estas actividades, por ejemplo, hijos, sobrinos, nietos, y el grupo familiar está conformado principalmente por mujeres, son ellas quienes asumen esta labor a partir de la adolescencia, tal como sucede en la trayectoria de Sofía (18 años).

Por lo tanto, si bien, la organización del trabajo “esperada” corresponde la asignación de tareas de “campo” a los varones y, aquellas domésticas, de cuidado y en el corral a las mujeres, “en la cotidianeidad, por la dinámica propia de cada familia, estos roles y tareas no siempre se encuentran diferenciadas tangencialmente e incluso pueden superponerse” (Lamaison y Ejarque, 2023, p. 104). Estas variaciones, fueron posibles de constatar, debido a que, en la elección de la muestra intencional, se incorpora como criterio la conformación del grupo familiar, orientado a captar la diversidad experiencias. Contemplar este punto, permitió argumentar y comprender la organización de las unidades domésticas, develando prácticas recurrentes como también interrupciones –“excepciones a la regla”-. Cabe destacar que, ambos elementos (el género y la edad) operan de forma interrelacionada, al mismo tiempo que otros aspectos tales como la etnia y la clase social, lo cual posibilita reflexionar sobre los múltiples sistemas de opresión que atraviesan las puesteras.

También, se reafirma algunas premisas producto de la revisión teórica previa al trabajo de campo, que anticiparon una sobrecarga de trabajo en las figuras femeninas, es decir, se presenta una desigual repartición de las tareas. Las mujeres desempeñan actividades de cuidado, domésticos y algunas labores productivas, asociadas generalmente al trabajo en el corral. Estas actividades suelen funcionar a la par y, frecuentemente convergen en un mismo espacio, debido a que en las comunidades campesinas no se manifiesta una división tajante entre los ámbitos productivos y reproductivos. Por lo que categorías dicotómicas o binarias (por ejemplo, producción/reproducción) son inadecuadas para estos grupos domésticos (Pessolano, Linardelli y Agüero, 2021). Asimismo, se percibe que, en general, las zonas rurales están asociadas a valores “masculinos”, especialmente aquellas donde se desarrolla la ganadería extensiva, repercutiendo de manera diferencial en varones y mujeres sobre las formas de trabajo, producción y desarrollo de la vida cotidiana, como también en la permanencia en el territorio.

Finalmente, en el *Capítulo III*, a partir del análisis situado de los cursos de vida de las jóvenes y los deseos, proyectos y tensiones que se vinculan con la permanencia en el territorio, se evidenció que los aspectos económicos constituyen uno de los factores más relevantes, debido a los ingresos insuficientes e inestables de la producción caprina. Esto implica que las unidades domésticas opten por la pluriactividad para solventar los gastos requeridos para la reproducción de la vida cotidiana. De esta manera, la diversificación de ingresos se presenta como una estrategia para los grupos familiares. Para algunas de las jóvenes entrevistadas, se presentan proyectos a futuro en la zona rural asociados con emprendimientos turísticos, comerciales y la prestación de servicios profesionales, en tanto contemplan las dificultades para “vivir solo del campo”, lo cual no implica abandonar la actividad pastoril.

Asimismo, los factores educativos cobran especial relevancia ya que la educación superior se presenta como una vía para acceder a una mejor calidad de vida, en tanto se asocia con mejores oportunidades laborales (estables y mejor remuneradas), en comparación con las ganancias obtenidas por la venta de caprinos. Este elemento es considerado como fundamental para la mayoría de las mujeres entrevistadas y sus grupos familiares, no necesariamente asociado con la posibilidad de permanecer en el campo. Sin embargo, se presenta como un hallazgo que el acceso a la educación superior, es

concebida por algunas jóvenes como una oportunidad para regresar a la zona rural con más herramientas que posibiliten sostener ese modo de vida.

Es importante distinguir que, en la reflexión de ambos puntos, la educación y la pluriactividad, se observan diferencias de género. Se constata un sostenido éxodo de jóvenes en la zona de estudio, a partir de datos poblacionales proporcionados por el Área Sanitaria Malargüe (2024), donde si bien los varones que se quedan continúan desempeñando la actividad ganadera en conjunto con otras fuentes laborales (turismo, operario en empresas, peón rural), se puede inducir que por distintos motivos no colocan las mismas expectativas sobre la formación profesional. Esto, se visualiza en un menor porcentaje de población masculina rural que continúan sus estudios de nivel superior, con respecto a sus pares femeninos. Por otro lado, si se considera que la zona rural está asociada a valores “masculinos”, que la actividad ganadera desempeñada a campo abierto, es ocupada mayoritariamente por hombres, al igual que la posibilidad de ser contratado como peón, ayudante o castronero y, que algunas fuentes laborales disponibles en la zona están asociadas a la actividad extractiva (petrolera y/o minera), genera como consecuencia que la oferta laboral sea notoriamente más limitada para mujeres jóvenes. Lo cual repercute sobre la posibilidad que presentan las puesteras para asumir la pluriactividad.

Por otro lado, se resalta que aparecen condicionantes jurídicos que deben ser contemplados debido a que la precariedad en la tenencia de la tierra, es una problemática recurrente en los campos malargüinos (Mamaní, 2013). Este conflicto, identificado en una de las jóvenes, trae como corolario la gestación de estrategias de persistencia colectivas en pos de la defensa del territorio, mediante la participación y agrupación de su núcleo familiar en organizaciones de pueblos originarios. Punto nodal, en tanto, la permanencia en el espacio depende en gran medida, de la ocupación del territorio.

Además, aparecen factores vinculados a la socialización, su análisis permite desentrañar las experiencias singulares que atraviesa cada joven y las formas de conciliación frente a las tensiones y/o conflictos que se les presentan, en el que la conectividad y los territorios virtuales adquieren especial relevancia. Frente a ello, la brecha digital repercute de manera disímil en la cotidianidad de las jóvenes puesteras, según el alcance, calidad y tipo de conexión disponible, como también en los proyectos a futuro que incluyen la formación profesional y actividades comerciales.

Se identifica que los factores familiares presentan gran relevancia sobre los cursos de vida de las jóvenes repercutiendo en sus deseos, proyectos y vivencias, como así también en la posibilidad de permanecer, irse y/o regresar a la zona rural. Por lo tanto, si bien se presentan una multiplicidad de factores, los condicionamientos de la familia de origen repercuten fuertemente.

Los aspectos identitarios y culturales juegan un rol trascendental porque se manifiesta un fuerte sentido de pertenencia, valoración positiva de lo que implica ser puestero/a, junto con las ventajas que brinda la zona rural. Esto puede motivar la residencia en el lugar, sin desconocer las problemáticas que atraviesan estas comunidades. Este punto resulta relevante y se presenta como un hallazgo significativo, dado que previo a la realización de las entrevistas se esperaba encontrar recurrentes pensamientos y/o deseos asociados al abandono de la zona rural, debido al éxodo de la juventud planteado al inicio de la tesis. Sin embargo, los relatos develan el arraigo que presentan las jóvenes, algunas ideas claras sobre el futuro y, en determinados relatos, “estrategias” sobre cómo permanecer en el territorio.

Cabe destacar que, la diversidad de experiencias demuestra que, el punto anteriormente planteado, no se identifica en la totalidad de las jóvenes. Tal es el caso de una de las entrevistadas que expone las tensiones que atraviesa en su vida cotidiana y que no se vinculan con deseos y/o proyectos por permanecer o abandonar el campo, destacando aspectos positivos y, en particular negativos de la zona rural, donde se conjugan dinámicas del grupo familiar, su trayectoria educativa, la brecha digital, los espacios de socialización disponibles, el deseo personal, etcétera.

También, se visualiza que los estereotipos y desigualdades de género impactan en las posibilidades de permanencia, aunque con diferencias entre las jóvenes, debido a que en algunas unidades domésticas se acentúan más que en otras, es decir, son más rígidos los roles de género. Esto difiere en la situación de Ana (26 años), quien reside en el poblado de Bardas Blancas y es independiente económicamente, al igual que Micaela (29 años), docente en los establecimientos educativos de dicho lugar. Ambas experiencias refieren a trayectorias distintas de lo que suele ser considerado como “puestera”.

Otro punto significativo, alude a que los/as jóvenes de la zona rural de Malargüe pueden ser consideradas dentro de lo que se denomina como “juventudes intersticiales”

(Roa, et al., 2023), donde las nociones de multiterritorialidad (Haesbaert, 2005; Benedetti, 2011) o territorios red (rural-urbano-virtual), configuran y atraviesan los procesos identitarios, ya que las fronteras entre lo rural y lo urbano son dinámicas, lo cual genera otras modalidades de interacción y socialización. Es decir, las juventudes puesteras son diversas y singulares. Debido a la complejidad que requiere su abordaje, es importante considerar este punto en la formulación de políticas públicas que se orientan a los sectores juveniles, considerando los distintos espacios que frecuentan y son (re)apropiados por estos grupos, tales como la invernada, la veranada, las instituciones educativas, la ciudad de Malargüe y los territorios virtuales. Este punto, adquiere relevancia ante los escasos proyectos o acciones estatales destinadas al sector, lo cual repercute e incrementa la desigualdad con respecto a las juventudes urbanas, debido a los limitados espacios de recreación, ocio, acceso a la información, formación profesional, laborales, de participación, entre otros. Como consecuencia, incide en los proyectos y deseos en torno a la permanencia en la zona rural en la juventud en general y, de las mujeres en particular, por lo que cualquier intervención estatal debería incorporar como eje la perspectiva de género. Contemplar a este sector poblacional, se considera trascendente frente a las investigaciones de Ruiz Peyré (2019) en el departamento sureño, donde estima que la mitad de los/as jóvenes de la ruralidad malargüina desea una permanencia en el campo.

En otro orden de ideas, se observan cambios generacionales entre las jóvenes y sus madres/abuelas (intergeneracionales), como también entre sí. Para el primer caso, se visualizan transformaciones socioculturales que se traducen en el acceso efectivo a derechos, más oportunidades y la construcción de otros proyectos de vida, por ejemplo, mayor nivel de instrucción. En cambio, para el segundo, se identifican diferencias entre las entrevistadas que transitan la educación media y aquellas de mayor edad, tales como la posibilidad de percibir becas educativas y la conectividad digital.

A partir de las conclusiones expuestas, se sostiene que, si bien cada uno de los factores identificados presenta múltiples causas, donde se conjugan aspectos ambientales, geográficos, sociales, culturales, familiares, estructurales y coyunturales; resulta indispensable considerar el rol del Estado y las políticas públicas destinadas a la zona rural. Se percibe en las entrevistas los impactos significativos que generan este tipo de intervenciones, por ejemplo, en el ámbito educativo, tales como la Beca Progresar o el

acceso a servicios básicos, que incluyen la red de agua potable en los pequeños núcleos urbanos rurales o prestaciones médicas en el centro de salud de referencia.

A raíz de lo anterior, se infiere que, en gran medida, los factores identificados se vinculan y/o profundizan frente a acciones estatales ineficaces, insuficientes y/o irregulares, ya que el campo no es considerado como un sector prioritario frente a otras actividades que configuran la matriz productiva del departamento. De hecho, nos encontramos frente a un contexto que promueve la precariedad y privatización de la tierra (Mamaní, 2013) y de los bienes comunes, como también el fomento de los mercados inmobiliarios y el extractivismo (megaminería, fracking).

Considerar este escenario y las conclusiones expuestas, invita a pensar investigaciones futuras que contemplen estas aristas de las cuales surgen algunos interrogantes: Frente a un contexto “desalentador” y que expulsa ¿Qué posibilidades a largo plazo presentan las juventudes rurales para gestar estrategias de permanencia? ¿Cómo repercuten las actividades extractivas en los modelos de ganadería extensiva y, de qué manera podría incidir sobre el éxodo de los/as pobladores/as? ¿Qué políticas públicas con perspectiva de género pueden impactar positivamente en la zona rural? ¿Qué factores inciden en el menor porcentaje de varones jóvenes de la zona rural que deciden no continuar sus estudios de nivel superior, con respecto a sus pares femeninos? ¿Qué lugar desempeñan las mujeres en la construcción de estrategias de permanencia?

Finalmente, se estima relevante y como una vacante posible a ser considerada en otros análisis, las diferencias intergeneracionales entre las mujeres puesteras, a raíz de los cambios socioculturales acontecidos en las últimas décadas, tales como la formación profesional o el acceso a derechos sexuales y reproductivos. Como así también, aquellas indagaciones que contemplen la adquisición y manejo de bienes en las unidades domésticas pastoriles. En este estudio no se incorporan dimensiones vinculadas a esta temática o que posibiliten un análisis detallado de la misma, resultando pertinente analizar, por ejemplo, los espacios de decisión que presentan las mujeres sobre la producción y los bienes adquiridos. Se presentan algunos antecedentes en la región mendocina, plausibles de ser contemplados y que fundamentan la importancia de indagar sobre el tema, como la tesis de la autora Díaz Valentín (2023) sobre mujeres en la zona rural del departamento de Lavalle, que presenta algunas similitudes con el sur mendocino. Quien sostiene que las

puesteras quedan al margen de los registros de propiedad de los bienes productivos o de las ganancias obtenidas de la comercialización. Además, en cuanto a la titularidad de los animales, los registros de marca, señal y RENSPA (Registro Nacional Sanitario de Productores Agropecuarios), se identifica que están a nombre de los varones, a pesar de participar todo el grupo familiar en la actividad caprina. Situación similar, acontece con la titularidad de los vehículos. Cabe preguntarse e indagar cómo operan estas variables en las comunidades puesteras de Malargüe, como también singularidades y similitudes con otras regiones dedicadas a la ganadería extensiva.

Referencias bibliográficas

Aguiló, J. C., Lobos, N. A., Neri, L. & Rubio, R. H. (2013) "La asignación universal por hijo para protección social (AUH): su lugar en la lucha ideológica en la Argentina actual". *Confluencia*, 6 (13), pp. 173-198. Recuperado de <https://bdigital.uncu.edu.ar/5642>.

Amaya, P. (2023). *Sistema Nacional de Becas de acompañamiento a las trayectorias educativas: resultados y desafíos para su fortalecimiento*. Secretaría de Cooperación y Acciones Prioritarias. Coordinación general de Amaya Paula, Investigadores / as: Laya, F. y Deldivedro, V.

Angulo, S. & Alberti, A. (2022). *Estado del arte sobre cuidados en contextos de ruralidad en América Latina y El Caribe*. Coordinación general de Paola Mascheroni. 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; Nueva York: ONU Mujeres

ANSES (2021, abril). "Conectar Igualdad a 11 años de su creación. La consagración del derecho a enseñar y aprender", Serie Estudios de la Seguridad Social, Dirección General de Planeamiento – Observatorio de la Seguridad Social.

Anzorena, C. (2013) "División sexual del trabajo: varones públicos, mujeres domésticas", en *Mujeres en la trama del Estado. Una lectura feminista de las políticas públicas Mendoza "UDIUNC"*.

Alegre, S., Lizárraga, P. & Brawerman, J. (2015). *Las nuevas generaciones de mujeres rurales como promotoras de cambio. Un estudio cuanti-cualitativo de la situación de las mujeres rurales jóvenes, de sus necesidades y oportunidades en Argentina*. Coordinación general de Josette Brawerman. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación. MAGyP., Unidad para el Cambio Rural, UCAR.

Aparicio, P. C. & Peyré, F. R. (2011). «Jóvenes, migración y procesos de integración socioeducativa en Argentina. La ruralidad como estigma y fractura de la cohesión social », *RITA* ,5. Recuperado de <http://www.revista-rita.com/notes-de-recherche-60/jovenes->

[migracion-y-procesos-de-integracion-socioeducativa-en-argentina-la-ruralidad-como-estigma-y-fractura-de-la-cohesion-social.html](https://www.uncuyo.edu.ar/revistas/estudios-sociales/migracion-y-procesos-de-integracion-socioeducativa-en-argentina-la-ruralidad-como-estigma-y-fractura-de-la-cohesion-social.html)

Arias, F. (2021) "El Trabajo en las Infancias: de la Prohibición a la Protección, Abordajes Posibles desde El Trabajo Social". Trabajo de Adscripción. Problemática del Trabajo y la Seguridad Social. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNCuyo

Balardini, S. (2008). Impacto y transformaciones de la cultura escolar ante la inclusión de las tecnologías de la información y la comunicación. *Subjetividades Juveniles y Tecnocultura*

Barés, A., Roa, M. L. & Hirsch, M. (2024). Juventudes rurales intersticiales. Aportes para un enfoque etario en la ruralidad argentina. *Mundo Agrario*, 25(58), e237. <https://doi.org/10.24215/15155994e237>

Blanco, M. & Pacheco, E. (2003). "Trabajo y Familia desde el enfoque de curso de vida". *Papeles de población*, 9 (38), pp. 159-165. Toluca, México. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/112/11203805.pdf>

Bendini, M. & Steimbregger, N. (2013). Territorialidad campesina en el sur de Argentina. Cambios productivos y laborales como formas de resistencia. *EUTOPIA*, 4, pp. 25-44

Bocco de Abeyá, A. (1988). Contribución al conocimiento del espacio social pastoral de subsistencia. Estudio de caso: los puesteros transhumantes del departamento de Malargüe. Mendoza

Bozzano H. (2019). Territorios Rurales en Argentina. El método stlocus: qué ruralidad, qué lugares, qué ciencia, qué política. Cerdá, J. M.; Mateo, G. (coordinadores) *La ruralidad en tensión*, (pp. 25-74). Buenos Aires. Recuperado de <https://www.teseopress.com/ruralidad/chapter/territorios-rurales-en-argentina-el-metodo-stlocus-que-ruralidad-que-lugares-que-ciencia-que-politica/>

Brusadin, P., Quintana, B., Vera, A. & Viola Merino, L. (2024). El fortalecimiento de lo comunitario como vanguardia. Un puente entre la construcción de sentido y las políticas públicas de género. *Situación de los Derechos Humanos en Mendoza. Informe anual 2024.* (pp. 26-36). Asociación para la promoción y protección de los derechos humanos XUMEK, Mendoza, Argentina

Bruniard R., Jabif L., Bresson A., Palamidessi M. & Kessler G. (2007). *Educación, desarrollo rural y juventud. La educación de los jóvenes de provincias del NEA y NOA en la Argentina.* Secretaria de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos. Ministerio de Economía y Producción. Organización de las Naciones Unidas, para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Cáceres, D. M. (2014) Amenazas y desafíos que enfrenta el campesinado en Argentina. ¿Descampesinización o Persistencia?. En C. Craviotti (Ed.) *Agricultura Familiar en Latinoamérica. Continuidades, Transformaciones y Controversias*, (pp. 205-232). Editorial Ciccus, Buenos Aires.

Camus, F. (27 de septiembre de 2022). ¿Qué es un grupo electrógeno? Heitmann Ingeniería y Asesoría Limitada. <https://heitmann.cl/que-es-un-grupo-electrogeno/>

Caputo, L. (2006): “Estudios sobre juventud rural en América Latina. Limitaciones y desafíos para una agenda de investigación sobre juventud rural”, en Seminario Internacional: Investigación sobre juventud y políticas públicas de Juventud, *FLACSO sede Argentina/CEPAL/UNESCO*.

Carballeda, A. (2002). *La intervención en lo social.* Editorial Paidós. Buenos Aires.

Chaves, M. (2006). “Investigaciones sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales 1983-2006”. Con la colaboración de María Graciela Rodríguez y Eleonor Faur, En *Papeles de trabajo*, 5, Buenos Aires, IADES.

Cepparo, M. E., Gabrielidis, G. & Prieto, E. B. (23 de mayo 2011) "Malargüe: un territorio vulnerable frente a la dinámica del siglo XXI". Plataforma de información para políticas

públicas de la Universidad Nacional de Cuyo. Recuperado de <http://www.politicaspUBLICAS.uncu.edu.ar/articulos/index/malarge-un-territorio-vulnerable-fre-nte-a-la-dinamica-del-siglo-xxi>

Celsia, (05 de junio de 2018). Paneles solares ¿Cómo funcionan y qué son? <https://www.celsia.com/es/blog-celsia/paneles-solares-como-funcionan-y-que-son/>

Cepparo, M. E. (2014). La complejidad de la marginalidad y sus derivaciones en el marco de las economías regionales: El caso de la producción caprina en el extremo sur de Mendoza. *Geograficando* 10(2), pp. 1-30. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6465/pr.6465.pdf

Chachagua, M. R. (2021) Inclusión digital en las escuelas rurales: juventudes y desigualdades. *Usos y representaciones de las TIC en el agro argentino: repensar el espacio desde la virtualidad* / Marina Poggi... [et al.]; coordinación general de Marina Poggi; Ximena Carreras Doallo. – 1a ed. – (pp. 159 - 187). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Teseo, 296 p.; 20 x 13 cm.

Comas-d'Argemir, D. (1995). Trabajo, género y cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres. Capítulo I y II. *Icaria editorial*, s.a. Barcelona, España.

Comerci, M. E. (2012). "Estrategias campesinas, tensiones y redefiniciones en espacios revalorizados por el capital". *Cuadernos de Geografía*, 21 (1), pp. 131-146.

Comerci, M. E. (2017). Territorialidades campesinas, los puestos en el oeste pampeano. *Revista de Geografía Norte Grande*, 66, pp. 143-165.

Comerci, M. E. & Mostacero, A. (2021). Territorialidades campesinas, movilidades y doble residencia. Estudio de caso en el oeste de La Pampa (Argentina). *Revista Transporte y Territorio*, (24), pp. 8-31. <https://doi.org/10.34096/rtt.i24.10225>

Cubillos, A. J. (2017) Reflexiones sobre el proceso de investigación. Una propuesta desde el feminismo decolonial. Athenea Digital. *Revista de pensamiento e investigación social*, [S.l.], 14 (4), p. 261-285. ISSN 1578-8946. Disponible en: <<http://atheneadigital.net/article/view/v14-n4-cubillos/1343>>. Fecha de acceso: 29 mar. 2017 doi:<http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1343>.

Cuche, D. (1999). La noción de cultura en Ciencias Sociales. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

Cuevas Valdés, P. (2022). Patrones de unidades domésticas (UDs) rurales: su estructura territorial diferenciada en zonas agropecuarias y forestales en Chile centro-sur. *Mundo Agrario*, 23 (54), pp. 1-18. Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=84574653001>

Delprato, M., Perusia, J.C. & Paparella, C. (2023, Septiembre). Diagnóstico del abandono escolar en la educación secundaria en la provincia de Mendoza. Documento de Trabajo N°221. Buenos Aires: CIPPEC.

Díaz Méndez C. (2005). Aproximaciones al arraigo y al desarraigo femenino en el medio rural: mujeres jóvenes en busca de una nueva identidad rural. *Papers* 75, 2005, 63-84. Universidad de Oviedo. Área de Sociología

Díaz Valentín, M. (2023). *Construyendo estrategias de igualdad económica y sostenibilidad de la vida con las mujeres campesinas de Lagunas del Rosario, Lavalle, Mendoza*. Tesis de Maestría en Extensión y Desarrollo Rural, FCA-Universidad Nacional de Cuyo

Dillon B., García L., & Cossio B. (2003). Trabajos y espacios de mujeres: la unión de los procesos de producción y producción en las unidades familiares rurales del oeste de la Provincia de La Pampa. *La Aljaba. Segunda Época*, 8, pp.139-156. Instituto y Departamento de Geografía. Universidad Nacional de La Pampa (UNLPam)

Domínguez, D. (2008). La trashumancia de los campesinos kollas: ¿hacia un modelo de desarrollo sustentable? En Alimonda, H. (coord.) *Gestión ambiental y conflicto social en América Latina* (pp. 137-192). CLACSO.

Durston, J. (1998). “Juventud y desarrollo rural: marco conceptual y contextual”, en *Serie Políticas sociales*, 28, Chile: CEPAL- Naciones Unidas.

Escolar, D. (2007). *Dones étnicos de la Nación. Identidades huarpe y modos de producción de soberanía en Argentina*. Editorial Prometeo

Galer A., Ejarque M., Mathey D. & Muscio L. (2023). *Arraigo Rural. Condiciones de vida, políticas y estrategias de las familias productoras en Argentina*. – 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Teseo.

Gebara, I. (2000): *Intuiciones ecofeministas. Ensayos para repensar el conocimiento y la religión*. Madrid: Trotta.

Guiskin, M. (2019) “Situación de las juventudes rurales en América Latina y el Caribe”, serie Estudios y Perspectivas-Sede subregional de la CEPAL en México, N° 181 (LC/TS.2019/124-LC/MEX/TS.2019/31), Ciudad de México, *Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)*.

González Cárdenas, C. (2015). *Masculinidades rurales: continuidades y transformaciones generacionales en las identidades de género en la localidad de Nilahue*. Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Escuela de Postgrado. Programa de Magíster en Estudios de Género y Cultura. Recuperado de <https://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/130614/Tesis%20Carolina%20Gonzalez%20Masculinidades%20Rurales%20Continuidades%20y%20Transformaciones%20Generacionales%20en%20las%20Identidades%20de%20G%C3%A9ne~1.pdf>

González Fernández, M., Contreras Molotla F., Contreras Suárez E. Navarro Ardoy L. (2021). «Formación, arraigo y movilidad rural–urbana en la juventud mexicana y española.»

Interdisciplina 9 (25), pp. 139-155. doi:
<https://doi.org/10.22201/ceiich.24485705e.2021.25.79971>

Herrero López, Y. (2015). Tema Central: Apuntes introductorios sobre el Ecofeminismo. *Boletín de recursos de información de Hegoa*, (43). Recuperado de <https://publicaciones.hegoa.ehu.es/publications/334>

Hocsman, L. (2000). Trashumancia y sistema de uso común del territorio en la cordillera oriental (Salta). [Ponencia] Actas de las IV Jornadas Rosarinas de Antropología Social. Rosario. Recuperado de <http://www.ceil-conicet.gov.ar/ojs/index.php/revistaalasru/article/view/888>

Hocsman, L. (2011). Estrategias territoriales, recampesinización y etnicidad en los andes de Argentina. Universidad Autónoma Metropolitana.

Jelin, E. (1984). *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. Buenos Aires: CEDES. Recuperado de <http://repositorio.cedes.org/handle/123456789/3500>

Kay, C. (2009). Estudios rurales en América Latina en el periodo de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad? *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 71, núm. 4, octubre-diciembre, 2009, pp. 607-645 Universidad Nacional Autónoma de México Distrito Federal, México

Kessler, G. (2006). La investigación social sobre juventud rural en América Latina. Estado de la cuestión de un campo en conformación. *Revista Colombiana de Educación*, 51, pp. 16-39. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=413635245002>

Kelly, C. (2024). El cuidado como derecho humano: un cruce necesario entre la agenda de género y de la niñez. *Situación de los Derechos Humanos en Mendoza. Informe anual 2024*. (pp. 71-81). Asociación para la promoción y protección de los derechos humanos XUMMEK, Mendoza, Argentina

Lamaisón M. & Ejarque M. (2023). Calidad de vida y estrategias de familias ganaderas en la meseta central de Chubut. Capítulo 4. *Arraigo Rural. Condiciones de vida, políticas y*

estrategias de las familias productoras en Argentina. – 1a ed. – (pp- 99- 122). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Teseo.

Lana, S. (2024). «La sierra siempre ha sido habitada»: entre minería, glaciares, y la cuestión territorial en Malargüe, Mendoza. *Situación de los Derechos Humanos en Mendoza. Informe anual 2024*. (pp. 139-151). Asociación para la promoción y protección de los derechos humanos XUMEK, Mendoza, Argentina

Linardelli M., Pessolano D. & Agüero L. (2021). Entre fincas y puestos: trabajadoras rurales del agro de Mendoza, 1960-2020. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: *Grupo Editor Universitario*, 2021. (Puntos de fuga. Historia de las mujeres y estudios de género)

Lojo Suárez, M. S. (2009). PERSPECTIVA DE GÉNERO EN EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 2 (1), pp. 727-731. Asociación Nacional de Psicología Evolutiva y Educativa de la Infancia, Adolescencia y Mayores Badajoz, España <https://www.redalyc.org/pdf/3498/349832321078.pdf>

Mamaní A. (2013) Políticas neoliberales y conflictos territoriales en Malargüe. Mendoza

Margulis, M. y Urresti M. (2008) “La juventud es más que una palabra”. Ensayos sobre cultura y juventud. -3a ed.- Buenos Aires. *Editorial Biblos*

Mendizábal, N. (2006) Los componentes del diseño flexible en la investigación cualitativa. En: Vasilachis de Gialdino, Irene. (coord.). *Estrategias de investigación cualitativa*. (pp. 90-96). Barcelona, Gedisa.

Montes, L. B. & Rodríguez, M. E. (2015, diciembre) “Políticas públicas, familias y enfoque de género”. Cuaderno de Trabajo Social. Nº 1. Pp. 13-25- Mendoza, Dirección de Carrera de Trabajo Social- CIC. FCPyS. Universidad Nacional de Cuyo

Mostacero, A. L. & Comerci, M. E. (2019). La vivienda como estrategia de reproducción social. El caso de los puestos de La Puntilla (La Pampa, Argentina). *AREA*, 25 (1), pp. 1-14.

Neiman, G. y Quaranta, G. (2006). Los estudios de caso en la investigación sociológica. Coordinación general de Irene de Vasilachis de Gialdino. *Estrategias de investigación cualitativa*. (pp. 213-237). Barcelona, España: Editorial Gedisa, S.A.

Neri, L. (2023); " Interrogantes sobre el Estado de Bienestar en América Latina. Reflexiones sobre su posibilidad histórica"; Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNCuyo.

Nucci, Crosetto, Bilavcik & Miani. (2018). La intervención de Trabajo Social en el campo de la salud pública. *ConCiencia Social Revista digital de trabajo social* 1(2). Recuperado de: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/ConCienciaSocial/article/view/19938/19633>

Orellana Almarza, M. J. (2015). *Maternidad y ruralidad: Experiencias de ser madres en un sector rural*. Universidad del Bío-Bío. Facultad de Educación y Humanidades, Departamento de Ciencias Sociales. Escuela de Psicología. Chile

Ovando, E.; Ramires, A. & Salgán, L. (2008). Contextos Culturales de Malargüe, Una mirada a la dinámica cultural de Malargüe. (Inédito).

Ovando, E. (2011). Señores de la Sierra, los Cartoneros de Malargüe. Aproximaciones a su conocimiento desde la Historia Oral. X Encuentro Nacional y IV Congreso Internacional de Historia Oral "Esas voces que llegan del pasado". Universidad Nacional de San Luis, San Luis, Argentina.

Paz, R. G. & Jara, C. E. (2020). Danzando en el tiempo: Transformaciones agrarias y persistencia del campesinado en Argentina. *European Review of Latin American and Caribbean Studies / Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 110, (pp. 21-38). <https://www.jstor.org/stable/26979872>

Peralta, H. D., Saba, M. M., Meschini, P. A. & Dahul, M. L. (2020). "Llevar un poco de ruralidad a la Universidad" Estudiantes viajeros y acceso a la educación superior. Facultad de Ciencias de la Salud y Trabajo Social. Universidad Nacional de Mar del Plata. Argentina. *MILLCAYAC - Revista Digital de Ciencias Sociales*, 7 (13). ISSN 2362-616x. pp. 345-366.

SIPUC. FCPyS. UNCuyo. Mendoza <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/millca-digital/article/view/3531/2755>

Pessolano, D. (2018). *Puesteras, economía de la vida y persistencia campesina en territorios no irrigados. Un estudio de caso en el Este de Mendoza*. Tesis de Doctorado. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina

Pessolano, D. (2020). Sistema pastoril y división sexual del trabajo en el Este de Mendoza. *Revista Huellas*, 24 (1), pp. 175-194. Instituto de Geografía, EdUNLPam: Santa Rosa. Recuperado de <http://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/huellas>

Poggi, M. y Neubauer, D. (2021). Brecha digital rural (América Latina, comienzos del siglo XXI). *Diccionario del agro iberoamericano* / José Muzlera; Alejandra Salomón. – 5a ed. ampliada. (pp. 207-213). Quilmes: Alejandra Laura Salomón, 2024. TeseoPress. DOI: 10.55778/ts878866925

Ramires, A. (2013). *“Riesgo por caída de tefra en la cuenca alta y media del Río Grande y su impacto en el modelo ganadero de la región. Aportes al Ordenamiento Territorial. Departamento de Malargüe”*. Tesis inédita de maestría. Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Mendoza, Argentina.

Rausky, M. E. (2009). ¿Infancia sin trabajo o Infancia trabajadora? Perspectivas sobre el trabajo infantil. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 7 (2), pp. 681-706

Roa, M. L. (2017). *Juventud rural y subjetividad: la vida entre el monte y la ciudad* / María Luz Roa. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Grupo Editor Universitario, CLACSO. Recuperado de <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/16730/1/Juventud-rural-y-subjetividad.pdf>

Roa, M. L., Hirsch, M. & Barés, A. (2023). Juventudes rurales intersticiales: Aportes desde una somática del arraigo. *Debates en sociología*, 57, pp. 349-379. Recuperado de <https://doi.org/10.18800/debatesensociologia.202302.014>

Román, M. (2003) “Los jóvenes rurales en Argentina. Elementos para una estrategia de desarrollo rural”, en Román, Marcela (coord.): Serie Estudios e Investigaciones, nº 4, Buenos Aires, Dirección de Desarrollo Agropecuario. Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos, Ministerio de la Producción, disponible en: <http://www.sagyp.mecon.ar>

Ruiz Peyré, F. (2008). ¿NACER EN EL CAMPO - MORIR EN LA CIUDAD? EXCLUSIÓN Y EXPULSIÓN DE LOS JÓVENES DE ÁREAS RURALES DE AMÉRICA LATINA. Teoría de la Educación. Educación y Cultura en la Sociedad de la Información, 9(2), pp.181-195.

Ruiz Peyré, F. (2010). Espacios de acción, perspectivas de vida y desigualdades de género de jóvenes rurales del oeste argentino. *RITA*, 4. Disponible en línea bajo: <http://www.revista-rita.com/dossier-thema-61/espacios-de-accion.html>, consultado 12/12/2018

Ruiz Peyré, F. (2019). “Juventud rural, trabajo y migración. Éxodo rural en Malargüe, Mendoza, Argentina”. *Boletín De Estudios Geográficos*, 111, pp. 9-33. <https://bit.ly/3GU0J0Q>

Ruiz Rivera, N. y Delgado Campos, G. (2008). Territorio y nuevas ruralidades: un recorrido teórico sobre las transformaciones de la relación campo-ciudad. *Revista Eure*, 34 (102), pp. 77-95, agosto 2008. Pontificia Universidad Católica de Chile. Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos. Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales.

Salomón, A. & Muzlera, J. (2020). *Diccionario del Agro Iberoamericano*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Teseo.

Samchuk, R. (2023). Ruralidad y Derechos Humanos: comunidades puesteras de Malargüe. 9no Certamen de Producción Escrita sobre Derechos Humanos. Facultad de

Ciencias Políticas y Sociales, UNCuyo. Recuperado de:
<https://fcp.uncuyo.edu.ar/upload/ruralidad-y-derechos-humanos-comunidades-puesteras-de-malarge1.pdf>

Sasbón, C. (2023). “De reinas a embajadoras : un estudio sobre tradiciones populares y la configuración de feminidades,” Repositorio Digital Institucional Facultad de Ciencias Sociales-UBA, consulta 15 de enero de 2025, <https://repositorio.sociales.uba.ar/items/show/3963>.

Soto, O. H. (2021). Modo de vida puestero, Estado y capitalismo: inconclusión en los bordes abigarrados de lo nómade y lo trashumante. *Tabula Rasa*, 37, pp. 127-150. <https://doi.org/10.25058/20112742.n37.06>

Soto, O. (2023). Neoextractivismo y reorganización indígena: nuevos cercamientos en el espacio rural de Malargüe, Mendoza - Argentina (1990-2021). *Mundo Agrario*, 24(55), e202. <https://doi.org/10.24215/15155994e202>

Soto, O. (2024). *Modo de vida puestero, estatalidad y subjetivación política a comienzos del siglo XXI: ¿ocaso o permanencia campesina en Malargüe? (Mendoza-Argentina, 2000-2020)*. Tesis inédita de doctorado. Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Mendoza, Argentina.

Soto, O. & Martínez-Navarrete, E. (2020). Espacio rural e implicaciones territoriales de la acción estatal: identidad, persistencia y derechos campesinos en Malargüe, Argentina. *Eutopía, Revista de Desarrollo Económico Territorial*, 17, pp. 59-80

Soto, O. & Martínez-Navarrete, E. (2020). Jóvenes del campo y colonialismo interno. Notas para una mirada actual de ruralidad y juventud a partir de Malal-Hue. *MILLCAYAC - Revista Digital de Ciencias Sociales*, 7 (13), pp. 107-140. ISSN 2362-616x. SIPUC. FCPyS. UNCuyo. Mendoza

Sunkel, G. (2006). El papel de la familia en la protección social en América Latina. *Naciones Unidas-CEPAL*, Chile. Serie Políticas Sociales 120. Pp. 7-25; 49-56.

http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/6121/S0600306_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Torres, L. (2008). Nueva ruralidad en territorios periféricos: los productores caprinos del noreste de Mendoza (Argentina). *Universitas humanística*, 66, pp. 199-218.

Torres, L. (2010). Claroscuros del desarrollo sustentable y la lucha contra la desertificación: las racionalidades económicas en el ojo de la tormenta. Estudio de caso con productores caprinos de tierras secas (Mendoza, Argentina). *Mundo Agrario* 11(21), pp. 1-42.

Valles, M. (1997). Diseños y estrategias metodológicas en los estudios cualitativos. En: Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional. Madrid: Síntesis. Apartado 3.2.2, pp.89-96.

Ynoub, R. (2011). El proyecto y la metodología de la investigación. Buenos Aires: Cengage Learning. Capítulo 4: *Conjeturas e hipótesis: destinos y metas del proceso de investigación*. (pp. 51-66).

Zapata Donoso, S. (2001). Conociendo a la joven rural. Santiago de Chile: iica-Agencia de Cooperación en Chile. (2003, mayo). Aproximaciones a las mujeres jóvenes campesinas. Chile. Ponencia presentada en el Seminario Internacional Virtual: Juventud Rural en el Cono Sur. Extraído el 20 de junio de 2005 del sitio web de la Biblioteca Virtual del Instituto Interamericano de Cooperación para la agricultura: <http://www.iica.org.uy/redlat/biblioteca.htm>

Zonana, M. I., Gasco, A., Durán, V. A., Piazze, L. & Paiva, G. (2022). Vivencias, comidas y otros relatos de una familia de puesteros en una localidad Malargüina (Mendoza, Argentina) Pensando las prácticas culinarias como parte del patrimonio inmaterial. *Revista de Turismo e Identidad*, 3 (2), pp. 236-265. Mendoza, Argentina ISSN 2718 - 8205, Instituto de Investigaciones en Turismo e Identidad (IITI) - Departamento de Turismo - Facultad de Filosofía y Letras - Universidad Nacional de Cuyo. <http://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/turismoeidentidad>

Otras fuentes consultadas:

Área Sanitaria Malargüe (2024). Datos sociodemográficos de la población rural del distrito Río Grande. Hospital Regional Malargüe

Archivo Histórico Malargüe (s/f.)

Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Campesinos y de Otras Personas que Trabajan en las Zonas Rurales (2018). Asamblea General de Naciones Unidas. Recuperado de: <https://documents-dds-ny.un.org/doc/UNDOC/GEN/N18/449/03/PDF/N1844903.pdf?OpenElement>

Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948). Asamblea General de las Naciones Unidas. Recuperado de: <https://www.un.org/es/about-us/universal-declaration-of-human-rights>

Informe Anual Encuesta de Condiciones de Vida Mendoza (2017). Dirección de Estadísticas e Investigaciones Económicas. Ministerio de Economía, Infraestructura y Energía. Gobierno de Mendoza

Informe Anual Encuesta de Condiciones de Vida Mendoza (2022). Dirección de Estadísticas e Investigaciones Económicas. Ministerio de Economía y Energía. Gobierno de Mendoza

Plan de Cuenca Caprina Sur (2019). Ministerio de Economía, Infraestructura y Energía Subsecretaría de Agricultura y Ganadería. Dirección Provincial de Ganadería. Gobierno de Mendoza

Portal Oficial del Estado Argentino (s.f.). Eje: reconocer la perspectiva de género. Recuperado a partir de: <https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/eje-reconocer-la-perspectiva-de-genero.pdf>

Programa Salud Comunitaria y Agentes Sanitarios (s.f.). Ministerio de Salud y Deportes del Gobierno de Mendoza

Reglamento Escuelas Albergues (2019). Ministerio de Gobierno, Trabajo y Justicia de la provincia de Mendoza

UNICEF-FLACSO (2020). Mapa de la educación secundaria rural en la Argentina: modelos institucionales y desafíos. Serie: Generación Única. Buenos Aires.